

DANIEL OVEJERO

HUAIRA PUCA

(El Viento Rojo)

Episodios de la Guerra Gaucha

Hoc Erat In Votis

VOL. III

OBRAS LITERARIAS DE DANIEL OVEJERO

EL TERRUÑO (Vida Jujeña)

LA FONTANA DEL SANTO - Relatos

HUAIRA PUCA (El Viento Rojo) - Novela Histórica

EL RUEGO DE LAZARO Y OTROS CUENTOS

La compilación, preparación y revisión de los textos ha sido realizada por ROBERTO GARCIA PINTO, con la cooperación del INGENIO SAN MARTIN DEL TABACAL, S. A.

DANIEL OVEJERO

HUAIRA PUCA

(El Viento Rojo)

Episodios de la Guerra Gaucha

III

Edición de la

FUNDACION MICHEL TORINO

Salta

Impreso en la Argentina — Printed in Argentine

Nota Preliminar

por
ROBERTO
GARCIA PINTO

En la correspondencia de Ovejero, que por su valor e importancia tanto nos ha servido para el estudio de su obra, existe una carta que aclara el origen y el propósito del libro que hoy por primera vez se edita. En abril de 1947 se dirige a su amigo Juan Carlos Dávalos y le anuncia que está "trabajando en un libraco que comprende una serie de cuadros o estampas de la invasión realista de 1817" (a Salta y Jujuy que entonces formaban una sola jurisdicción política). "Me dio la idea de escribirlo —continúa— La Guerra Gaucha de Lugones, que es un verdadero engendro de inexactitud histórica y de errores psicológicos. Imagínese que nos pinta una escena en que se aparece un ciego a un campamento de gauchos, y éstos, al compás del violín, cantan el Himno Nacional. Si ahora mismo nuestros gauchos ignoran el Himno, es de conjeturar que en 1817, cuatro años después de haber sido escrito, no lo conocieran ni de mentas. También estos gauchos lugoneanos nos encajan de vez en cuando discursos patrioteros en estilo francés decadente"...

Los libros de los predecesores pueden influir por incitación admirativa o por reacción crítica. Esta segunda tesitura movió, por lo visto, la pluma de Ovejero, quien tenía un categórico y alto respeto por la personalidad y el valor del resto de la obra de Lugones.

La severidad del juicio no anulaba su acción inspiradora. En el prólogo de La Guerra Gaucha se dice "que no es una historia aunque sean históricos sus conceptos y su fondo". La escena incri-

minada puede considerarse como simbólica, tanto como otras fueron reales o probables. Desarróllase el relato según una original estructura, que tenía ya ciertos precedentes, puesto que George D'Esparbés la había empleado en un libro hoy totalmente tirado en el olvido, que Rubén Darío elogió desmesuradamente en Los raros*. Se repetía el caso, frecuente en Lugones, de que su talento creador superaba por lejos a los modelos que a veces le sirvieron de referencia. Los sucesivos episodios son pura invención literaria, sin mención de nombres, ni de fechas, ni de ubicación geográfica. La obra iniciaba esa gran tarea que el autor se propuso a partir de ese momento de su vida: valorar los grandes sucesos del pasado argentino y adelantar uno de los pilares de un plan destinado a crear una épica nacional, uno de tantos fundamentos para "la patria fuerte" y para el programa de ejemplaridad ética y heroica que ampliaría en sus estudios y libros ulteriores.*

Insinúa también que primeramente había pensado dar a su obra forma novelística, cosa que desechó a causa "del exceso de material narrativo y del gran número de personajes que intervinieron en la lucha, lo cual le hubiera obligado a escribir varios volúmenes".

Lanzado en su tarea, Ovejero precisa en carta posterior, que no pretende entablar polémica ni ensayar una réplica. Su trabajo "no coincide sino en el tema, y eso es muy relativamente, pues yo encaro la guerra gaucha desde otro plano"...

En efecto los cuadros o estampas de El Viento Rojo *están compuestos como novela histórica. Sabia y ajustadamente documentada, adopta el método que Lugones dejó de lado; en lugar del "abuso de la ficción" se atiene a las fuentes históricas, a García Camba —el principal cronista español de las Guerras de la Independencia en el Alto Perú—, a los estudios de los especialistas, a las tradiciones regionales de Jujuy. De estos veneros extrajo, entre los hombres empeñados en la dura guerra, recias figuras varoniles y retratos conmovedores*

de mujeres dominados en lo más hondo por los conflictos y pasiones, que viven en sus páginas con auténtica fuerza dramática.

En años posteriores volvió repetidamente a retocar y corregir su obra, trabajando intensamente en perfeccionar su estilo, en traducir con exactitud las variantes lingüísticas con que se expresan los protagonistas, reproducidas con fidelidad. Tenía un extraordinario don de captación del habla regional, servida por una memoria notabilísima. Como en sus otros libros cabe señalar la riqueza del léxico, que si no llega al prodigioso despliegue verbal de Lugones en el libro citado —que a veces llega a abrumar al lector— demuestra como supo calar hondo en el dominio del castellano y en los modismos del lenguaje coloquial.

La obra acentúa la descripción del paisaje, la magnificencia de los panoramas de valles y montañas jujeñas, la modulación de la luz y de los colores, que surge del permanente y deleitable amor a su tierra, de tan hondo arraigo en el corazón del escritor. Sobresale por último —y no es mérito menor— la amenidad de la prosa, el talento narrativo que emerge de la fluencia del relato y nos impone el grato descanso de la buena prosa de resabios cervantinos, ajena por completo a las contorsiones, violencias y retorcido empeño que tanto aflige a la literatura contemporánea, inficionada del prurito de trastornar las formas y las estructuras novelísticas para asegurarse la atención del esnobismo del día. Estas páginas nos sumergen con perfecta naturalidad en la vida de otra época, perdida en el tiempo, en un vasto fresco histórico que Lugones encontró tan difícil de reducir a los términos de un solo volumen. Ovejero resuelve el caso con maestría. Debemos lamentar que su alta calidad haya permanecido tan largo tiempo desconocida. También nos complacemos altamente ahora de colocarla en manos de los lectores.

R. G. P.

PARA ECA
A CUYA LEALTAD CONFIO, SIN
VACILACION, LA ULTIMA ILUSION
DE MI VIDA

I

El día había sido caluroso, húmedo, sofocante. Al atardecer los vecinos salieron de sus recalentadas casonas, deseosos de gozar de la brisa fresca que venía de los campos aledaños.

Todos llevaban el mismo rumbo. Se dirigían al atrio de la Iglesia Matriz, y entre las cruces y lápidas del cementerio, era costumbre en el verano reunirse a comentar la última noticia, chismorrear y reír, hasta la hora del ángelus.

El primero en llegar, fue don Joseph Ramírez de Ovejero. Era pequeño, enjuto, tieso. Al comprobar que se hallaba solo, se encogió levemente de hombros y sus ojos grises miraron distraídos a su alrededor. Comenzó a recorrer la avenida que cortaba al cementerio por el centro, luego se dirigió al porche donde permaneció, malhumorado, apoyado en el muro. Iba a marcharse, cuando alguien lo saludó:

— Buenas tardes, don José.

— Buenas se las dé Dios, don Gregorio.

Los dos hombres se estrecharon las manos, estirados y señoriales.

El recién llegado, don Gregorio de Zenarruza, accionaba y hablaba con vehemencia:

— Esta vez las cosas no van de burlas. Las

tropas del Rey, triunfantes en Yavi, están próximas a Humahuaca. ¡Y qué tropas don José! ¡Las mejores de España, El Extremadura, El Gerona, Los Húsares de Fernando, Los Dragones de la Unión.

— Como una mal entendida clemencia no lo eche todo a rodar según ha pasado otras veces...

— ¿Clemencia? Pezuela tiene la mano dura. ¡Esta vez habrá palos y de firme! ¡Sí señor, palos! — vociferaba Zenarruza, y levantaba el brazo en alto, con el puño amenazador.

En ese momento llegaron algunos vecinos: don Prudencio de Zamalloa, don Juan Esteban de Iriarte, don Manuel de Tezanos Pinto y don Ramón de Lizárraga. Con ellos venía un fraile muy alto, magro, reseco, con rostro desmendrado y enfermizo.

— ¡Albricias, señores! ¡Buenas noticias traigo! — gritó con voz de trueno Zamalloa.

— ¿De la guerra? — preguntó Zenarruza.

— Pues ¿de qué otra ha de ser? Sí señor, de la guerra.

Calló unos instantes para dar más importancia a sus revelaciones y añadió:

— El famoso Marqués — dijo apoyando en tono de burla la voz en la palabra marqués —, ha sido sorprendido y hecho prisionero en Yavi. El raposo ha sido cogido en su propia madriguera.

— Eso implica la caída de la Puna en manos leales — observó Iriarte.

— El ejército real avanza a marchas forzadas sobre Humahuaca, y en unos días lo tendremos aquí, acampado en la plaza de Jujuy — concluyó Zamalloa.

— ¿Acabarán alguna vez el desorden y la anarquía? — preguntó Ovejero como hablando consigo mismo.

— ¿Acaso lo duda usted? ¡Pronto lo verá! — respondió Zamalloa con vehemencia.

Hablaron todos a la vez. Algunos recordaban

la defección del Marqués de Campero el día de la batalla de Salta y lo acusaban rencorosos, de esa humillante derrota; otros deseaban que se diesen garrotes al prisionero lo antes posible; hacía falta un escarmiento ejemplar; varios calculaban el día en que, con la llegada del ejército español, Jujuy se vería libre de las partidas de gauchos que aún permanecían allí o merodeaban por los alrededores.

La voz recia de Zamalloa, se levantó dominando las otras:

— ¡Lo sé de buena tinta, caballeros! La derrota y captura del Marqués me han sido comunicadas por el propio párroco de Yavi, hombre veraz si los hay.

— No solamente veraz, sino decidido partidario de la buena causa.

Por el arrabal de la Tablada se levantó de pronto una densa columna de polvo, en cuyos bordes el crepúsculo encendía dorados resplandores. Uno de los contertulios lo advirtió y dijo:

— ¿Qué puede ser aquello?... Es raro...

Pronto quedó aclarado el misterio. Un sordo tropel de caballerías en marcha llegaba, cada vez más distinto, y el eco agudo, de un clarín, desgarró de pronto el callado atardecer.

El grupo, entre curioso e intranquilo, no tardó en avistar una columna de jinetes que comenzaba a entrar en el pueblo.

Encabezábala un escuadrón de gauchos formados en líneas de cuatro, que conservaba un perfecto orden militar. Eran vaqueros de las selvas de Orán que se habían corrido a la Quebrada de Humahuaca por el Abra de Zenta, para reforzar a los puneños que trataban de contener las primeras oleadas de la invasión.

Hombres blancos, de ojos claros, encendidos de belicoso fulgor.

Traían la fatiga y el polvo de cien leguas de

camino; revueltas y sucias las barbas; sujetos sobre la frente los renegridos aladares nazarenos por vinchas rojas que parecían de sangre, los rostros tiznados por los continuos tiroteos. Cuando desfilaron frente al grupo de señores, que adivinaban hostiles, sus rostros se tornaban más duros, más graves y ceñudos. Mirábanlos al pasar, con el rabillo del ojo, guardando un silencio huraño y centelleando en sus miradas una resolución fría e implacable; algunos, acaso como inconciente gesto de desafío hacía detonar sus anchos guardamontes dándoles lonjazos; otros llevaban el compás de la marcha golpeando suavemente con el cabo de los rebenques los zahones de suela que usaban para proteger los muslos de las espinas y garfios del bosque. Al lado de un patriarca de barbas blancas, que llevaba un retaco a la bandolera, marchaba un adolescente, casi un rapaz, de rostro redondo y moreno, acariciando la empuñadura de un viejo sable colgado de una chapa herrumbrosa; la mayoría sólo iba armada de lanzas enhastadas de cuchillos o machetes de monte; y todos de lazos arrollados a la grupa de los caballos y boleadoras colgadas al arzón, ocultas bajo los pellones del apero.

Seguíanlos unos quinientos quebradeños, hombres de poca talla, de origen indio, aunque se advertía su encaste con el blanco en el cobre pálido de sus rostros y en los ojos vivaces y rectos. Eran agricultores, alfareros, tejedores, arrojados de sus hogares por la invasión. Al llamado de Güemes, se dirigían rumbo al sur, disputando paso a paso el terreno a las avanzadas del ejército de La Serna. Dotados de la vista de los cóndores y tercos e impávidos bajo el fuego, eran tiradores formidables, y habían dejado los caminos de la quebrada sembrados de cadáveres realistas. No tenían más calzado que las ojotas ni más vestimenta que una camisa de lienzo burdo, gruesos pantalones de picote y vistosos ponchos de lanas; algunos lucían una

descolorida chaqueta militar llena de parches y remiendos; eran veteranos de Suipacha, de Tucumán, de Vilcapugio y Ayohuma, que habían conservado en el fondo de una petaca, como reliquia sagrada, sus viejas prendas guerreras.

Cerraban la marcha los contingentes de la Puna. Indios de pura cepa, enjutos, herméticos; venían entre ellos viejos rebadanes de llamas, cazadores de chinchillas y de cóndores, mineros que parecían conservar en las grietas y pliegues de su piel acartonada el polvillo de los socavones y en sus miradas el parpadeo inquieto de los ojos desacostumbrados de la luz. No se advertía en sus rostros impávidos otra emoción que la del cansancio y una tristeza profunda al mirar, como si sus obscuras pupilas retuvieran la desolación de los páramos del altiplano. Muy pocos traían fusiles o lanzas, pero todos llevaban arrolladas a la cintura hondas, arma terrible en sus manos.

Los señores realistas contemplaron el desfile con irónica sonrisa y un mal disimulado gesto de desdén. El vozarrón de Zamalloa sintetizó y expresó el pensamiento de todos:

— ¡Y estos zaparrastrosos, que van de huída, piensan oponerse a las fuerzas del Rey!

— ¡A tropas que hicieron morder el polvo a Napoleón! — añadió otro.

Alguien mencionó a Güemes y las voces se empaparon de odio.

— ¡Mequetrefe!

— ¡Anarquista!

— ¡Salteador!

Se quitaban la palabra, para desahogar su resentimiento y contar agravios. Don Joseph relató, indignado, que hacía cosa de un mes una partida de gauchos había arreado sus ganados de Ledesma, por orden de Güemes. ¡Ya en este desgraciado país no había propiedad ni derechos! ¡La arbitrariedad y la anarquía

estaban devorándolo todo! ¡Bonita libertad que se traducía en desmanes y saqueo!

Todos se quejaban de las pesadas gabelas que el jefe patriota había impuesto a Jujuy. De pronto Zenarruza, exclamó con voz estremecida:

— ¡A mí me ha robado más que a vosotros! ¡Me ha robado a mi hijo! Sí señores, Pablo está decidido a unirse a esos foragidos. Tal vez lo haya hecho ya...

Un murmullo de condolencia acogió estas palabras. La revolución — dijo Lizárraga — después de haber destruído la propiedad y acabado con el orden, estaba concluyendo con la familia.

Los hijos se rebelaban contra los padres; las mujeres contra los maridos, y ya habían ocurrido muchos casos en que, embanderados en partidos opuestos, combatían hermanos contra hermanos.

Un mendigo, apoyado en un garrote, se acercó cojeando al grupo. Estaba cubierto de harapos, y por entre los agujeros de la camisa, dejaba ver úlceras y escoriaciones repugnantes. Estiró una mano rígida engarrotada, y con voz lastimera pidió:

— ¡Unos centavitos para este pobre, en nombre del Señor!

Zamalloa le arrojó una moneda y el hombre, después de recogerla en el aire, se alejó hablando consigo mismo.

— ¡Este sí que está ni que pintado para capitán de rebeldes! — dijo Iriarte — ¿Por qué no se lo enviamos al "gangoso"? — Era el apodo que daban al general Güemes. Rieron, y cada uno quiso anotarse una pulla o un chiste. Sólo el fraile no dijo una palabra. A unos pasos un grupo, ensimismado, miraba la polvareda levantada por la columna que, al parecer, estaba llegando a la bajada de San Pedrito. Su silueta se recortaba, nítida, en el fondo claro de la calle.

Las campanas de la Matriz tañeron el ángelus.

Sonaban lentas, quejumbrosas, cascadas. Varias lechuzas escaparon del torreón y giraron a su alrededor con vuelo fatigado, indeciso y volvieron a ocultarse bajo el alero del campanil. Los vecinos se descubrieron y algunos se santiguaron. El fraile masculló una oración.

— Es hora de retirarse — dijo uno, y, después de desearse las buenas noches, el grupo se dispersó.

El fraile permaneció inmóvil. Cuando la oscuridad cubrió al pueblo sacudió la cabeza, y con pasos apresurados, tomó hacia el río Chico. Al filo de la barranca se detuvo y escuchó.

En el silencio de la noche sólo se oía el gorgoteo de la corriente.

— Se los recibirá con todos los honores — murmuró pensando en los españoles, que avanzaban sobre Jujuy — y sonrió.

Luego bajó al cauce por un sendero cavado en la barranca, se ocultó debajo de un árbol, y, por tres veces, silbó largamente de una manera especial. Desde el saucedal de la ribera de Cuyaya le respondieron en la misma forma y, de inmediato, una sombra cruzó el río saltando sobre las piedras. A unos pasos del fraile, alguien preguntó:

— ¿Quién vive?

— ¡La Patria!

— ¿El pagre Fidelio?

— El mismo, acércate.

Un gaucho en cuya diestra brillaba un puñal se acercó, cauteloso, hasta cobijarse en la sombra del barranco.

— ¿A qué tropa perteneces? — preguntó, volviéndose hacia él, el padre Fidelio.

— Al escuadrón del teniente Rojas.

— ¿Tuvieron buen viaje?

— Duro, pagre; pero más de un godo ha que-

dao panza arriba en la Quebrada.

— ¿En dónde acampan ahora?

— Al pie de la loma del Comedero.

— Bien, dile a Rojas que esté alerta. Yo tocaré las campanas no bien entren los realistas al pueblo, seis golpes con la campana mayor. Cuando salga algún destacamento de la ciudad repicaré a gloria. ¿Has comprendido?

— Sí, pagre.

— ¡Vete!

El gaucho desapareció en la obscuridad. Momentos después, se oyó el tropel de un caballo que se alejaba al galope en las tinieblas.

El pueblo dormía, como amortajado, en la paz de la noche tibia y estrellada. No se oía ni el más leve rumor en el aire inmóvil. En las colinas cercanas comenzaban a encenderse, uno a uno, los fogones de los campamentos gauchos, que brillaban en la sombra como rojas pupilas de fieras en acecho.

II

El capitán José de Arregui, de los Húsares de Fernando VII, avanzaba al lento paso de su cabalgadura, enfurruñado y hosco. La marcha fatigosa y el viento áspero y continuo, cuya sequedad le hacía llorar los ojos y le escoriaba la piel del rostro, traíanlo de pésimo talante. Apenas si contestaba con gruñidos al alférez Daniel Aráoz, que marchaba a su lado y que parecía asombrarse y gozar de todo. Era el alférez casi un adolescente y entusiasmábalo la aventura de su primera campaña.

Habíanse rezagado, hacía pocos días, después del encuentro de las avanzadas del ejército de La Serna con las partidas gauchas apostadas en Yavi, y marchaban, al frente de un pelotón de caballería, en procura de su regimiento, al que suponían en las cercanías de Jujuy. Acababan de atravesar la Puna desierta e inclemente y bajaban, ahora, por la Quebrada de Humahuaca, al filo del río Grande, rumbo al sur. Por ambos lados del cauce, a una distancia de unos doscientos o trescientos metros, se elevaban altos cerros desolados, color de chatarra, erizados de cardones. La estrechez de la Quebrada y la proximidad de las serranías, oprimían al capitán como una angustiosa

sensación de ahogo, y el eterno murmullo del río, al que debían cruzar y recruzar a cada instante, le irritaba los nervios.

— ¡Maldito país! — murmuraba por momentos apretando los labios.

El guía, un arriero peruano que había recorrido muchas veces el camino, anunció que estaban próximos al Estrecho del Perchel, y que en una hora más llegarían a Tilcara.

Arregui, jefe cauteloso y prudente, dio la voz de alto y ordenó que la columna se concentrase, y apercibiera a combatir. Un gollizo como el que iban a cruzar, era sitio ideal para una emboscada, y el capitán consideraba vergonzoso para él dejarse sorprender por guerrilleros indios, o gauchos, por los que sentía un desprecio que rayaba en asco. Sus tropas no habían topado enemigos después del encuentro de Yavi, pero una amenaza indefinida, una hostilidad sorda, parecía flotar en el silencio de la Quebrada, exhalarse de los cerros inmóviles y las hondonadas sombrías, vocear entre los silbidos del viento entre los cardones o volar en la tenue humareda de las chozas y alfalfes incendiados a la vera del camino. A veces la silueta de un hombre se recortaba en el fondo claro del cielo, sobre el filo de un barranco o la cumbre de un cueto, permanecía unos momentos inmóvil y, no bien se acercaba la columna, huía saltando como una cabra entre los riscos y desaparecía en alguna de las innumerables quiebras de los cerros. Por la noche, ángaros misteriosos llameaban en las alturas y parecían trasmitirse secretos mensajes a través de las tinieblas.

Pasaron el desfiladero sin que nada ocurriese y continuaron por la Quebrada, que retomaba su anchura normal después del hocino llamado de El Perchel. La soledad tornaba más silenciosa e inmóvil el paisaje. A trechos el camino corría entre tapiales e-

nanos que encerraban tierras labrantías abandonadas. Arriba, en las laderas, columbrábase el rasgo de una acequia y en los rellanos el trazado de haces convertidos en gándaras desiertas. Todavía se respiraba el olor acre de los incendios de chozas y sementeras. No se veía un alma; los hombres habían huído hacia el sur al llamado de Güemes, dejando tras ellos la desolación y la ruina, a fin de privar de recursos al invasor.

Caía la tarde cuando entraron en Tilcara. Unas cuantas casuchas de tierra sin revocar, con techumbre de paja cubierta de barro se apeñuscaban alrededor de la plazuela frontera a la iglesia, una pobrísima construcción de adobes, con dos torres cuadradas, las que conservaban, como reliquia de un antiguo enjalbegado, algunos lamparones de cal. El alférez advirtió que las campanas habían sido retiradas y experimentó una sensación de angustia e inquietud ante esos campanarios que callaban, hoscos y rencorosos, ante la sola presencia del odiado español.

En el caserío sólo encontraron viejos mendigos que, acuclillados en el borde de las aceras o tendidos debajo de los molles que rodeaban la plazoleta, no cambiaron de actitud, ni levantaron la vista al paso de las tropas. Grupos de chiquillos, extenuados y famélicos, agolpábanse en las esquinas y miraban azorados desfilar la columna. En las casuchas, asomaba una que otra india vieja, que espiaba unos segundos a los soldados con ojos turbios y recelosos; volvía luego las espaldas, y desaparecía, como una bestezuela asustada que buscase refugio en su cubil.

Nada encontraron los españoles que pudieran comprar o apropiarse en el pueblo. Reinaba en él una pavorosa miseria. Como el capitán fuese informado por el baqueano de que, a unas dos leguas abajo, en un lugar llamado "La Playa de Hornillos", existía un ranchería donde podría hacer noche, ordenó dirigirse a ese punto. A la salida del villorio, cruzaron algunos

manzanares y acequias por las que corría un agua bullente y clara.

El ceño del capitán Arregui se desarrugó y, por primera vez desde que había comenzado el viaje, sonrió. El alférez lo miró lleno de curiosidad.

— A lo que se vé — dijo el capitán — estos valientes gauchos, que hasta ahora sólo hemos visto desde muy lejos y de espaldas, piensan retornar — Y con un gesto señaló a los árboles.

— ¿Por qué lo dice usted?

— Porque, de otro modo, hubieran talado estas huertas y cegado estas acequias. ¡Ya nos ocuparemos de que no retornen jamás!

El alférez calló. El camino se recostaba hacia la derecha, para sortear una estribación de los cerros que penetraba casi hasta el cauce del río y corría muy cerca del pie de las montañas que cerraban la quebrada por el lado opuesto. Eran éstas de un gris amarillento, estriadas de vetas de pedriza verdosa y cortadas por peñascos de azul acerado. Hacia levante, lindaba con la carretera un farallón cortado a pico, en cuyo flanco, liso como una pared, se superponían capas multicolores, que semejaban las gruesas hojas de un libro formado de rocas. Estaba escrita allí la historia de la tierra. Drusas coronadas por diminutos obeliscos obscuros, rememoraban cristalizaciones cuajadas en el légamo ardiente de los primeros océanos; cantos formados por conchillas aglutinadas, reliquias de mares desecados; improntas de helechos gigantescos; restos de junglas desaparecidas en el misterio de los tiempos. Era un mundo muerto que, al resplandor crudo de la luz, parecía vibrar en un misterioso anhelo de renacer.

En Hornillos apenas si existían unas chozas miserables. A excepción de una que se encontraba sobre un morro, algo apartada de las demás, estaban desiertas y casi totalmente destruídas. Desde el sitio

podía columbrarse, en el confín de la tarde, los campanarios de la Iglesia de Maimará.

El capitán, seguido del alférez, el sargento y el guía, trepó lentamente en dirección a la choza habitada. Una vieja arrugada y reseca como un orejón, cubierta de sucios harapos, hilaba sentada en un banquillo, a unos pasos del rancho. Cuando los recién llegados se apearon y avanzaron hacia ella, continuó su tarea sin dar señales de que hubiera advertido la presencia de extraños a su alrededor. Arregui ordenó al guía que le preguntara, en quichua, si podía proporcionarles alimentos: maíz o corderos. Dialogaron la vieja y el guía en un idioma que parecía áspero y salvaje al capitán, y dulce, extrañamente sonoro, al alférez.

— Dice que no tiene nada — informó el guía — que todo se lo llevaron los hombres, cuando huyeron pa abajo con sus familias, hará cosa de un mes.

— Sin embargo — replicó Arregui irritado — de algo tiene ella que vivir. Dígale que la haré fusilar si se niega a prestar auxilio a las tropas de su legítimo soberano.

Tornaron a dialogar la vieja y el guía. La india no dejaba traslucir emoción ni temor. Continuaba haciendo girar velozmente la "puiscana" entre sus dedos sarmentosos, erguida y tiesa en su banquillo. Hubo un momento en que alzó la vista y miró al capitán con ojos blancuzcos, acuosos, en los que no se distinguían las pupilas, como si fueran los de una ciega. Luego volvió, impasible, a su hilado, farfullando algunas palabras atropelladas.

— Insiste en que no tiene nada — dijo el guía.

— ¡Maldición! — gritó Arregui — ¡Tentado estoy de hacer ahorcar a esta bruja! — y dio, enfurecido, unos pasos hacia ella. La india permaneció impasible, absorta en su labor.

En ese momento llegó al rancho un personaje

singular. Era un muchachón alto, esmirriado, esquelético. Cubríanlo inmundos guiñapos por entre cuyos rasgones mostraba parte del pecho y de las piernas magras y descoloridas, como las de un cadáver. En su rostro largo dormíanse unos ojuelos negros, sin expresión ni brillo. Era barbilampiño, aunque en el extremo del mentón se advertía la sombra de una pelusa bermeja. Seguíalo una ovejilla añal que, cuando el muchacho se detuvo a unos pasos de la vieja, se restregó la cabeza en sus piernas.

— ¿Conque no habían ovejas, eh? — preguntó sarcástico, Arreguí — Esta gente lleva la mentira y el tapujo en la masa de la sangre. ¡Agarre ese animal y degüéllelo! — añadió dirigiéndose al sargento.

Era este un catalán de corta estatura, ancho y recio. Parecía no tener cuello y llevar la cabezota rojiza atornillada entre los hombros. Una mirada insolente y dura, unas mandíbulas fuertes y pesadas, dábanle un aire de ferocidad brutal. Llamábase Miguel Bofarrull y se había criado en el ejército. No se recordaba batalla de importancia en la guerra de la independencia española en que no se hubiese encontrado y dado prueba de su valor temerario y de un cruel ensañamiento con el enemigo. Murmurábase, aunque fue absuelto por el tribunal militar que lo juzgó, que fue autor o cómplice de degollinas y torturas horrendas de prisioneros, después de la victoria de Bailén.

El sargento, de un salto, cogió a la oveja por una pata delantera y llevándosela bruscamente hacia atrás, tumbó la animalito de espaldas. El guía le ofreció un largo puñal afilado que centelleó a la luz. La res trataba de escapar pataleando, mientras lanzaba temerosos balidos que fueron contestados por otros, cuyos ecos llegaban desde la parte trasera de la choza. Allí se dirigió Arreguí a grandes pasos y descubrió, una manada de cabras y ovejas, ocultas en un aprisco de piedra.

Iba el sargento a hundir el puñal en la palpitante gorja del animal, cuando fue distraído por un grito pavoroso. La vieja, como movida por un resorte, se había puesto de pie y gritaba en español.

— ¡No la matís, patrón! ¡Es la illa!

— ¿La illa, eh? — dijo Arregui, que acababa de volver — ¡Ni que fuera la Infanta de España! Deja de chillar, bruja o...

— ¡Acabemos! — gritó el capitán iracundo — ¡Degüelle de una vez a esa oveja! — ordenó al sargento. — Y vosotros — añadió dirigiéndose a un grupo de soldados que se habían aproximado al rancho atraído por los gritos de la vieja— id al corralito que está en un bajo detrás de la choza y traed las reses que necesiteis.

Bofarrull apresuróse a cumplir la orden. La sangre borboteó, roja y cálida, y corrió por entre las guijas, reflejando el oro del crepúsculo.

Llegaba la noche. La Quebrada iba anegándose en sombras, en una penumbra dorada que se tornaba, por instantes, fosca y azul. En las cumbres de oriente aún brillaba un resplandor pálido que coloreaba los últimos picachos de las cimas de un tinte rojizo. Los soldados, encendían hogueras para aderezar la cena. El viento había cesado por completo y una calma densa, impresionante, inundó el ambiente. Del lado de una fogata, voló el eco melancólico de un tímido punteo de guitarra; en las aguas claras del río se reflejaron las primeras estrellas.

Tanto el capitán como el alférez, terminando el parco yantar, resolvieron dormir al aire libre. Estaban ya acostumbrados a pasar las noches al sereno, y el cuartujo único de que se componía el rancho de la vieja, era un cuchitril lóbrego y apestoso. En las acémilas cargueras traían los oficiales catres de campaña, sábanas, almohadas y cobijas. Armáronlos prontamente los soldados debajo de un molle y los dos ofi-

ciales decidieron acostarse, entumecidos por la macurca de la marcha.

Quiso Arregui, sin embargo, echar un vistazo al campamento antes de recogerse y seguido de Aráoz, bajó del altozano en que estaba el rancho y se dirigió a la playa. Los soldados encontrábanse tendidos a lo largo del río. Los americanos, cubiertos por sus ponchos, reposaban en camas improvisadas con las jergas y pellones de sus monturas. Los españoles dormían arrebozados en sus capotes, sobre yacijas hechas de juncos cortadas en las ciénagas vecinas. A trechos, los restos de las hogueras, humeantes y rojos, brillaban en las tinieblas. El capitán organizó personalmente el servicio de centinelas, ordenó que se extinguieran totalmente los fuegos, dio el santo y seña, e impartió al sargento las instrucciones para que se reanudase la marcha al amanecer. Iba a recogerse, cuando Bofarrull le dijo:

— La vieja y el mudo han desaparecido.

— Buen viaje.

— ¿No cree usted que puedan informar de nuestra situación al enemigo? — preguntó el alférez.

— ¡Pues que lo hagan y que venga! Será bien recibido. ¡Bonito enemigo! ¡Valientes gauchos! Me está resultando nauseabunda esta campaña. Es indigno de españoles andar a la caza de liebres. No tema al famoso Güemes, amigo alférez. Vamos a reposar, y deje que a la vieja y al idiota se los lleve el diablo, si es que quiere cargar con ellos. Vamos.

Momentos después, el campamento dormía perdido en la noche.

Cuando el alférez despertó aún estaba oscuro, pero comenzaba a levantarse viento, lo que hizo que supusiera que estaba próxima la aurora. En la Quebrada de Humahuaca, por la noche, el aire reposa en maravillosa quietud, y, a la madrugada, empieza la ventolina para no cesar hasta la llegada del crepúscu-

lo. El alférez sentía una desilusión, un cansancio y un desaliento abrumadores. Cuando ingresó en el ejército, los españoles luchaban contra Napoleón por su independencia; ahora — tenía que confesárselo a pesar suyo — se batían para imponer el yugo a pueblos de la misma sangre que deseaban ser libres. Y luego la guerra, tal como la había soñado en su entusiasmo de adolescente: batallas espectaculares y grandiosas, desfiles marciales, lances heroicos, resultaban embeleco y quimera. La guerra era algo mezquino, soez, repugnante: marchas penosas en pos de un enemigo inalcanzable, suciedad, cansancio, piojos, brutalidades sórdidas como la cometida esa tarde con la vieja y el idiota... En ese momento creyó oír, por el lado de los cerros, una especie de golpeteo metálico, como si alguien cavase en un suelo pedregoso. Sentóse en la cama y escuchó. Nada. La noche callaba, inexcrutable. Sólo el río dejaba oír por momentos, el manso rumor de su corriente.

El capitán se incorporó, de súbito, y, sobresaltado, preguntó:

— ¿Qué ocurre? ¿Ha oído usted algo?

— Se me figuró que alguien golpeaba con un pico o una pala en el cerro que tenemos a la espalda, pero no puedo asegurarlo porque estaba medio dormido.

— ¡Sargento! — gritó Arregui.

Bofarrull, se presentó casi en el acto. Nada había oído. Según los partes de los centinelas, ninguna novedad digna de mención había ocurrido durante la noche. De la vieja y el idiota no se tenían noticias. Parecía habérselos tragado la tierra.

A esas horas aquellos se encontraban lejos. La vieja, aprovechando el descuido de la tropa, ocupada en carnear, se había alejado del campamento llevándose al mudo, que la seguía como un gozque. Echaron cerro arriba ocultándose en las quiebras, detrás de

los cardones y los pedregones enterrados a medias en la ladera.

Cuando cerró la noche, se guiaron por el resplandor de las estrellas. Conocían la montaña palmo a palmo y, a ser necesario, hubieran encontrado su camino en las más profundas tinieblas. La vieja llevaba una barreta al hombro como si fuera un fusil.

A mitad de la falda la anciana se detuvo e hizo señas al muchacho que se aproximara. Le puso una mano sobre el hombro y con la otra le señaló un alto barranco próximo a la cumbre. En el filo del tajo columbrábase un peñasco, en parte encajado en la muralla, en parte pendiente sobre el vacío. La vieja, en una rápida pantomina, hizo como si cavara y luego como si diese un empellón a un obstáculo invisible. El mudo meneó la cabeza asintiendo y en sus ojos opacos brilló una chispa de inteligencia. Hizo algunas cabriolas y gritó:

— ¡Huac! ¡huac!

— ¡Chit! — murmuró la vieja, cruzando el índice sobre los labios.

Continuaron, jadeantes, cuesta arriba y lograron trepar el barranco por un sendero de cabras que daba un largo rodeo. La vieja comenzó a cavar febrilmente alrededor de los bordes del pedrejón. Cuando se fatigaba, el mudo la reemplazaba en la faena. A ratos, se tendían de espaldas, y empujaban con los pies a la roca tratando de descuajarla; pero la enorme piedra resistía a todos sus esfuerzos. Entonces el muchacho volvía a la barreta y la vieja, ensangrentándose los dedos, arañaba el pedregullo con furor.

Por detrás de la línea de los cerros fronteros una angosta barra de cielo comenzaba a palidecer, luego a teñirse de rojo y expandirse en celajes de un suave relumbre dorado; de un pico lejano se desprendió un cóndor y, a inmensa altura, trazó lentos círculos en el lívido amanecer. Un viento glacial estreme-

cía los matojos de las laderas y un mirlo invisible silbaba un tono lento y triste. El río, allá abajo, era una cinta de oro velada por la neblina.

La vieja advirtió que el campamento se despertaba. Veíase a los soldados, en hilera como de hormigas, dirigirse al río para lavarse. Algunos traían de los rastrojos vecinos sus cabalgaduras del diestro.

El mudo gesticulaba y manoteaba desesperado, tratando de expresar que el enemigo iba a marcharse antes de que pudiera derrumbar el peñasco sobre su cabeza. Ahondaron la zanja. Entonces la vieja hundió en ella la barreta y, cogiéndola por el otro extremo se echó hacia atrás con todo el peso de su cuerpo. Se oyó un ligero crugido y la roca se desplazó unos centímetros. Después de forcejear un buen rato cedió otro tanto. Empujáronla entonces los dos y el peñón se desprendió.

Cayó algunos metros al pie del barranco con un golpe seco que hizo retemblar la montaña, y la galga rodó cuesta abajo dando tumbos y rebotes. En cada uno de sus formidables impactos arrancaba de cuajo pedregones de gran tamaño que se precipitaban, a su vez, por la ladera arrastrando otros menores. Algunos cardones derribados por los golpes, saltaban a increíbles alturas, impulsados por el resorte, de sus elásticas espinas. Levantóse una densa polvareda tras el argayo y éste avanzó por la falda cada vez más violento y veloz, con el ímpetu y el estruendo de un alud.

Iba a formarse el escuadrón para emprender la marcha, cuando alguien, con un grito de horror, anunció que el cerro parecía derrumbarse. Tras unos segundos de estupor, se produjo un desordenado desbande. Pero ya saltaban las albarradas que rodeaban el rancho, y éste mismo volaba por el aire, como soliviado por una explosión. Cayó una lluvia de cascajos y maderos, y el alud pasó arrollándolo todo hasta de-

tenerse con sordo chapoteo en las aguas del río.

Por brevísimo instante descendió sobre la tierra un silencio trágico. Después la Quebrada se llenó de confusión, imprecaciones y lamentos. Caballos sin jinetes huían enloquecidos; se daban de cabeza contra la barranca donde se detenían, atontados y temblorosos, resoplando. Seis soldados, con los cráneos convertidos en informes pulpas rojas y los cuerpos horriblemente machucados, yacían inmóviles en el pastizal de la ribera. Un cabo gallego, que desempeñaba las funciones de furriel, se quejaba con voz que parecía un gañido. En sus ojos, infantiles y aterrados, temblaba la pavorosa angustia de la muerte. Parpadeó varias veces, y, como se empaña el agua quieta de una alberca al paso de una nube, se velaron sus pupilas y se llenaron de sombra. Allí quedó inerte, con los ojos muy abiertos fijos en el cielo, y un gesto desolado en el rostro pálido. Arregui, ileso, se mordía los labios, furioso. Ordenó a un trompeta que se encontraba cerca de él que tocara a reunión, y la clarinada voló en la mañana como un clamor.

Al oírla, el alférez, que había sufrido fuertes golpes en el cuerpo, hizo un esfuerzo desesperado para incorporarse. Lo consiguió a medias, pero el agudo dolor de las heridas lo obligó a tenderse de nuevo de espaldas. Tenía fracturado el brazo izquierdo y magulladuras en las piernas y en el pecho. Experimentaba una gran lasitud, y aturdíalo un continuo abejorreo en el que se desvanecía su conciencia y se diluía su pensamiento, como alejándose, en una niebla espesa. Por momentos imaginaba oír el acompasado golpear de un instrumento metálico en el cerro. "Es la vieja que cava... que cava... — pensaba — ¡clac! ¡clac! Otra ola negra se llevó el sonido, y su cerebro se inundó de tinieblas; luego la ola retornó gris, zumbadora, trayendo de nuevo el rítmico golpetear metálico. "Es la vieja que caba... No; estoy oyendo los latidos de mi

corazón... tal vez estoy muriendo". Abrió los ojos. No veía más que un pedazo de cielo de color cobalto bruñido. Sintió en el rostro el sol tibio y el viento le refrescó la frente. En ese momento, unos soldados lo colocaron en una angarilla y lo depositaron a la sombra de un molle.

Desde allí escuchó las voces del campamento. Vibraba en el aire inusitada exaltación. Los soldados corrían de un lado a otro; dialogaban animadamente o lanzaban ternos y juramentos. De pronto, la voz enérgica y potente de Arregui gritó:

— ¡Que toquen alto, y si no se detienen, abrasadlos! ¡Inmunda canalla! — Sonó el clarín y se hizo un breve silencio.

— ¡Fuego! — ordenó el capitán.

Una descarga cerrada atronó el aire, y luego un tiroteo disperso crepitó a lo largo del río.

— ¿Nos han atacado? ¿Qué ocurre? — preguntó Aráoz a un soldado.

— No, mi alférez, son algunos peruanos que han desertado.

— ¡Alto! — gritó Arregui. Ya están fuera del alcance de nuestras armas.

El capitán se acercó al sitio en donde se encontraba el alférez. Venía furibundo. Parecía que las venas de la frente iban a estallarle. Tenía el rostro congestionado y le temblaba violentamente la barbilla.

— ¡Siempre me pareció una imbecilidad incorporar viles mestizos americanos a nuestras filas! ¡Como si necesitáramos de ellos para aplastar a esa morralla de gauchos cobardes! — Rió con una risa sin alegría, nerviosa, entrecortada. Advirtiendo que el alférez lo escuchaba asombrado, se contuvo y le preguntó:

— ¿Cómo se siente usted?

— Mejor, gracias. Creo que esto no será nada, un machucón.

El capitán ordenó enterrar los muertos. Hizo que un enfermero curase a los heridos y entablillase a los quebrados; pero, a pesar de su diligencia, sólo, pasado ya el mediodía, pudo la columna reanudar su marcha.

Descendió por la ribera lentamente, los hombres iban tristes, silenciosos, agobiados, como si adivinaran que llevaban clavadas en sus espaldas, las miradas, henchidas de odio, de las implacables Euménides de la tierra.

III

En casa de don Gregorio de Zenarruza celebrábase una reunión de los señores leales de Jujuy. La entrada a la ciudad de la vanguardia realista a las órdenes del brigadier Juan Antonio de Olañeta y el rápido avance del grueso del ejército a través de la Quebrada de Humahuaca, auguraban una pronta terminación de la lucha. De Güemes y sus gauchos poco o nada se sabía. De San Martín, que se preparaba a invadir Chile, tampoco se tenían noticias. Zenarruza, como muchos otros, daba por concluída la guerra, y festejaban por anticipado la victoria de las armas del rey.

En el salón, Andrea, hija del invitante, estaba rodeada de un coro de jóvenes de Jujuy y de oficiales del ejército de Olañeta, peruanos y altoperuanos en su mayoría. Era del mejor tipo español, rubia, alta, fuerte. Unos ojos adormilados de un violeta luminoso, daban al rostro pálido una expresión de tristeza y lejanía. Había mucha soledad y mucho misterio en esos ojos; la barbilla fuerte y la frente alta traslucían voluntad y energía y los labios finos y prietos, un temperamento reservado; tal vez ligeramente ascético. Se apoyó en el brazo que el comandante José Torres le o-

frecía y salió con él al patio. Bajo el emparrado se respiraba un aroma denso y cálido, que enervaba. Algunas parejas bebían sorbetes y hablaban en voz baja a la oscilante luz de los faroles colgados entre el follaje. Chinitas indígenas y negritos esclavos iban y venían llevando grandes bandejas, repletas de confituras y licores.

Sentáronse en un extremo del patio.

El comandante Torres era ayudante de campo del general La Serna y oficial bien acreditado en el ejército invasor. Los americanos sostenedores de la causa del Rey e incorporados a su ejército simpatizaban y confiaban en él más que en ningún otro español. Era valiente, tolerante, afable. Su jefe empleábalo a menudo como oficial de enlace con el estado mayor de Olañeta, hombre de trato áspero y difícil, dominado, según se decía, por su esposa, la bellísima Pepita Marquiegui, mujer entrometida y muy poco sensata.

No bien Torres hubo tomado asiento al lado de su compañera, cuando oyó una voz que decía:

— Nuestros camaradas de armas españoles son demasiado teóricos. No han comprendido, ni quieren comprender, que la guerra de América no es la guerra de Europa. No conocen el país ni sus costumbres.

Quien así hablaba era el capitán Valentín Amaya, potosino y veterano de los ejércitos de Pío Tristán y Joaquín de la Pezuela, actual virrey del Perú.

— Además — contestó un oficial que se adivinaba americano por el acento — son orgullosos. No ocultan su desprecio por todo lo nativo.

— Recibieron por ello — terció otro — una dura lección en Hornillos, pero dudo que les aproveche.

— ¿Cómo fue eso? — preguntó.

— Pues... casi nada — respondió el oficial — dejaron fugarse a una vieja y a un tonto creyéndolos

inofensivos, y entre los dos, les lanzaron desde el cerro un peñón que mató a seis soldados e hirió a más de veinte.

— Amén de que, en la confusión, desertaron unos cincuenta tarijeños.

— Las tropas venían mandadas por el capitán Arregui, de los Húsares de Fernando VII — informó otro oficial.

— ¿Ese que asegura que con su sola compañía llegará a Buenos Aires?

— El mismo.

Las voces se confundieron en un murmullo y se oyeron risas sofocadas. Torres, preocupado, se volvió disimuladamente al grupo de oficiales. Con excepción de Amaya todos le eran desconocidos. No ocultaban el regocijo que les producía el percance sufrido por Arregui. Torres pensó que era urgente informar a La Serna de lo que había oído y de la necesidad de extirpar de inmediato el desacuerdo que entre españoles y americanos comenzaba a surgir. Miró a Andrea. Esta, entrecerrados los ojos, escuchaba, absorta, con las manos cruzadas. Torres sintió un vago temor, una sensación de intranquilidad, pero todo muy impreciso, nebuloso, escondido en algún oscuro repliegue de la subconciencia.

— ¿Le interesa a usted la guerra? — le preguntó.

— ¡Cómo no ha de interesarme — respondió Andrea —, si desde el año diez no se habla ni se piensa en otra cosa!

— ¿Usted es realista o patriota, como se llaman a sí mismos los rebeldes? — insistió Torres sonriendo.

— ¡Ni una ni otra cosa! Cualquiera que sea la suerte de esta guerra, tendré que lamentarla por alguien. Mi padre, bien lo ha podido ver usted, es un realista a machaca martillo; mi hermano Pablo espe-

ra sus despachos de teniente... de rebeldes para incorporarse a las tropas de Güemes — recalcó intencionalmente el término.

— ¿Se ha ofendido usted? Le aseguro que...

— ¡Oh, no se preocupe!

Sentía que aquel hombre la impresionaba, como hasta entonces no lo había hecho ninguno. Emanaba de su rostro duro, del vigor físico que se adivinaba en él, una misteriosa atracción que la turbaba, sabía con la certeza absoluta de lo instintivo, que ella producía en él igual turbación. Había notado que sus miradas se dulcificaban en su presencia y su voz tomaba un tono cálido y acariciador cuando la hablaba.

Iba a decir algo, pero advirtió que la mama Encarnación, medio oculta detrás de un jazminero, gesticulaba para llamar su atención. Era una negra esclava que había sido su nodriza y la de Pablo, después de haber sido la de doña Beatriz, madre de ambos. La negra blanqueaba los ojos y juntaba las manos en actitud de súplica. Andrea, alarmada, se disculpó ante su compañero y entró en el segundo patio seguida de ella.

— ¿Está peor mamá? — preguntó angustiada.

— No preciosa — replicó la esclava —. La amita Beatriz está bien y tranquila.

— ¿Para qué me llamabas entonces?

— El amito Pablo, con el viejo Braulio, están en la puerta de la quinta. Tienen los caballos ataos en la esquina. El amito me mandó que te llamara.

La hora tan temida llegaba al fin. Pablo iba a desgarrarse del hogar, tal vez para siempre. Su padre se enfurecería. Al pensar en su madre, siempre enferma, se le cerró el corazón. Otra vez la guerra, entraba en su vida, para arrebatarle el hermano y dejar en su alma la congoja, la continua inquietud, la perenne amargura.

— Trae un farol — dijo a la criada.

La mama Encarnación volvió con uno en cada mano y marchó delante de Andrea para alumbrar el camino. La negra abrió sigilosamente la puerta que daba a la calle, y una silueta se acercó cautelosa.

— ¿Andrea?

— Sí, Pablo.

— Me ha llegado la orden del general Güemes de incorporarme a las tropas que a las órdenes del capitán Urdininea acampan en la Almona. Debo salir ahora mismo. He venido a decirte adiós.

— ¿Y no te despedirás de nuestra madre?

— Me había propuesto ahorrarle ese dolor.

— ¡Oh, Pablo, no hagas tal cosa! No se consolará nunca si te marchas sin verla. No hablaba más que de este momento todos los días. Lo esperaba con pena, pero resignada.

— ¿Y mi padre?

— Está en el comedor del segundo patio jugando al tresillo con el Dr. Trejo, Ovejero y el mayor Robledo. Si pasas con cuidado no te verá. Vamos — concluyó cogiendo a su hermano por un brazo.

Atravesaron la huerta. En el segundo patio, Pablo se deslizó a ras de la pared y pasó, frente al comedor, sin que su padre, ocupado en barajar, lo advirtiese.

Entró, conmovido, en el aposento de su madre que estaba casi a oscuras. Sólo lo iluminaban dos velones que ardían en una repisa, al pie de una imagen de la Virgen de las Mercedes. Doña Beatriz hallábase en el lecho, reclinada sobre una pila de almohadones. El asma y una dolencia misteriosa, desconocida por la ciencia de la época, la tenían desde hacía años casi continuamente postrada.

— ¿Te vas?

— Sí madre. Esta misma noche debo partir.

Doña Beatriz calló. No trató de disuadirlo ni le hizo ninguna observación. Las mujeres de aquella

generación, sentían y cultivaban con amor un patriotismo romántico, un tanto retórico, pero profundamente sincero. Jujeña era, como sus hijos, "patriota", y con sumo tino y prudencia, sabía evitar el choque con el terco y agresivo realismo de su esposo aragonés. El viejo hogar colonial empezaba a desarticularse. Hijos contra padres, hermanos contra hermanos, eran casos frecuentes, en aquellos tiempos de luchas sangrientas y pasiones exaltadas.

Pablo estrechó a su madre entre sus brazos.

— ¡Que Dios te bendiga y la santa Virgen te libre del mal! — exclamó ésta y le colgó al cuello un escapulario azul y blanco con la imagen de la Virgen de las Mercedes. Pablo lo besó devotamente y lo ocultó bajo su chaqueta.

Nadie habló más. En las separaciones en que existe la posibilidad de que sean eternas, instintivamente se enmudece. Acaso se teme hablando, despertar las fuerzas pavorosas del destino; acaso la sombra de la muerte acalla todo clamor humano en el seno de sus tinieblas.

— ¡Adiós! — dijo Pablo con voz ronca — y salió de la habitación, seguido por Andrea y la esclava.

Al llegar al segundo patio — ¡Pablo! — llamó don Gregorio.

— ¿Padre?

— ¿Conque te vas?

— Padre, habíamos convenido no hablar más de estas cosas.

— Pero ahora es necesario que hablemos. Esto de andar jugando a las revoluciones se acabó. Los españoles están en Jujuy, pronto estarán en Salta y en Tucumán y el castigo no ha de hacerse esperar.

— No le temo. En 1812 también estuvieron los españoles en Jujuy y volvimos a él con Belgrano. Esta vez volveremos con Güemes.

— ¡Güemes! es para reírse. ¿Crees tú que

esos gauchos haraposos van a batir a las mejores tropas de España? ¿Eres tan necio como para obstinarte en seguir luchando por una causa perdida? Pronto tendrás que arrepentirte.

— ¡Ni la causa está perdida ni me arrepentiré de nada! — Una luz de entusiasmo se encendió en los ojos de Pablo y exclamó con vehemencia:

— ¡La causa de la libertad no puede perderse! ¡La tierra, toda nuestra tierra, se levantará para hacerla triunfar!

— ¡Libertad! No sabeis más que cacarear libertad. ¡Bonita libertad que conduce a la ruina, al caos! Compara lo que era esto antes de la Revolución y lo que es ahora. Antes había orden, riqueza, tranquilidad. Los insurrentes...

— ¡Los patriotas!

— ¡No hay más patria que España! Esto también es España.

— Lo es y no lo es. Usted y yo llevamos la misma sangre y somos sin embargo, dos vidas distintas, dos corazones que laten por distintos ideales.

— ¡Libertad! ¡Ideales! Romance puro y tontería rematada.

— Los insurrectos, esos zaparrastrosos que siguen a Güemes, están asolando al país.

— Esos zaparrastrosos están luchando por una causa sagrada. ¡Valen mucho más que los señores que tratan de seguir explotándolos!

— ¡Insolente! ¡Te callas o te cruzo la cara!

Don Gregorio, lívido, avanzó unos pasos. Pablo permaneció inmóvil, pero era evidente que iba a defenderse. Andrea, temerosa de que la disputa fuera advertida por los oficiales españoles que estaban en la casa y Pablo fuese apresado, se interpuso:

— ¡Padre, por Dios, esto matará a mamá! ¡Pablo, huye!

Don Gregorio, apretando los puños, se repor-

tó y Pablo, seguido de su hermana, se dirigió a la huerta.

Llegaron al portón. Braulio ya estaba allí a caballo y tenía por la brida al de Pablo. Este abrazó estrechamente a su hermana y montó.

— ¡Vete, por favor, Pablo! — rogó Andrea. Corres el peligro de darte con una patrulla o una ronda. ¡No puedo más!

— No te aflijas, hermana; los godos, con la alegría de haber entrado en Jujuy, duermen a pierna suelta. No olvides comunicar noticias que pueden ser de interés para la guerra. Hay que tener los ojos y los oídos bien abiertos. Puedes trasmitirlas al Padre Fidelio y al ciego Valentín. Ellos sabrán hacérmelas llegar. Braulio se acercará todas las noches por el callejón de Cuyaya. Hay allí una vieja tipa, con el tronco hueco, la "tipa del barchila" ¿te acuerdas? Ahí puedes si tienes ocasión, poner tu correspondencia. Pero mucho cuidado con dejarte sorprender...

— ¡Negra está la noche, niño! — Exclamó de pronto el viejo Braulio.

— ¡Cállate, viejo verde! — respondió de inmediato la mama Encarnación, que tenía el oído muy fino para las alusiones a su color y conocía la intención maliciosa del gaucho — ¡No sé pa qué se lleva Pablo a este cataplasma incapaz de pelear con una gallina!

— ¡Silencio! — ordenó Andrea — ¡No están los tiempos para bromas!

— ¡Adiós! — exclamó Pablo.

— ¡Hasta la vista niña! ¡Adiós tizoncito! — añadió Braulio.

— ¡Viejo inservible, adiós! ¡Pablo, no te fíes de ese bandido y cuídate mucho de los godos! — replicó la vieja.

Los dos jinetes, riendo por lo bajo, espolearon a sus cabalgaduras y emprendieron la marcha. Las

mujeres, inquietas, permanecieron en el umbral avizorando la calle. En el sitio que ésta terminaba, junto a la barranca del Río Chico, repentinamente cruzaron las tinieblas varios fogonazos y se oyó el eco de un tiroteo; después la noche, negra y quieta, absorbió todo rumor en el misterio de su silencio.

IV

Corrían los primeros días de febrero del año 1817. Aunque normalmente la temperatura era calurosa, la mañana estaba fresca. Una brisa lenta soplaba de El Chañi y con ella llegaba el hálito frío de las cumbres nevadas. El pueblo estaba silencioso. Sólo se oía un martilleo lejano; a veces cantaba un gallo o ladraba un perro por los arrabales; después todo tornaba al silencio.

En la huerta de la casa de Zenarruza, Andrea, a la sombra de un chirimoyo, charlaba a media voz con Rosalía Iriarte. Estaban sentadas en sillas bajas, con el bastidor sobre las faldas.

— Lo que no entiendo — dijo Rosalía — es cómo tu padre dejó marchar a Pablo; le hubiese bastado dar una voz para que los oficiales realistas que estaban en la reunión, lo apresaran.

— Es que tú no conoces bien a mi padre, es de genio airado y de ideas tenaces, pero demasiado orgulloso de su abolengo; se hubiese sentido humillado si alguien hubiese puesto las manos sobre Pablo. Además está mi madre de por medio.

Rosalía dejó de bordar, abstraída. Sus grandes ojos atrevidos y brillantes, miraron a lo lejos. Inclinó la cabeza como si escuchara, suspiró y volvió

a su bordado. Andrea, que la observaba con disimulo, le preguntó:

— ¿Acaso hubieses preferido que Pablo fuese hecho prisionero?

— Tal vez... eso lo hubiese librado de todo peligro. ¡Oh!¡qué horror me da de solo pensarlo! — Se puso de pie. Estaba muy pálida y no lograba dominar su temblor.

— ¡Por Dios, Rosalía! ¡Cálmate! ¿Por qué han de matar a Pablo?

— ¡Tengo miedo, un miedo horrible, Andrea! Feliz de ti que eres tan fuerte, tan valiente.

— ¡Yo también llevo mi cruz! — replicó Andrea con voz sorda y cruzó por sus ojos una fugaz llamarada de ternura, pero, casi de inmediato su mirar volvió a ser inexcrutable, frío, casi cruel; su rostro se contrajo en un gesto duro; luego, exaltada, exclamó:

— ¡También muchos de ellos caerán! ¡Muchos! Esta guerra es a muerte. Nadie puede evitarlo ya. ¡Dichosos los hombres que pueden conquistar en ella la gloria! Pero nosotros también podemos hacer algo, oír, observar. Se lo he prometido a Pablo, y si no me equivoco, esta noche misma podré comunicarle noticias que lo alegrarán.

— Pero tú... tú... — balbuceó Rosalía — ¿No amas a Torres? Es innegable que él te adora. No puede disimularlo. ¡Y es tan simpático, tan caballero! ¡Si no fuese godo! ¿No podrías tú lograr que se pase a los nuestros?

Andrea, turbada por lo repentino e inesperado de la pregunta, guardó silencio. ¿Amaba ella a Torres? No lo sabía; lo cierto es que pensaba mucho en él y que se sentía conmovida y feliz a su lado. ¿Acaso no podría conciliarse todo como lo insinuaba Rosalía? Su corazón latía tan fuerte que se llevó una mano a él.

— ¡Si no fuese godo! Tú lo has dicho... Mientras lo sea debo odiarlo, considerarlo como un enemi-

go. Después, cuando la patria sea libre, tal vez... no sé...— concluyó. Una ola de rubor le subió a las mejillas. — ¡Pero qué tontas somos Rosalía!

Rieron ambas con una risa nerviosa, sin alegría. No había medio de escapar a la obsesión de la guerra. El temor invisible de la muerte rondaba en todas partes como una sombra siniestra, que manchaba todas las cosas, hasta la luz inocente de la mañana.

La mama Encarnación anunció un visitante. Informó que el Dr. Trejo preguntaba por don Gregorio, que estaba ausente.

— ¿Qué te parece si le tiramos un poco la lengua? — preguntó Andrea a Rosalía.

— No dejaremos de divertirnos. ¡El doctor es tan original! Vamos.

El doctor Trejo aguardaba en el salón, sentado en el borde de una silla, con el bastón entre las piernas, muy tieso y erguido.

Cuando las dos muchachas entraron, se puso de pie, y saludólas con una profunda reverencia.

— ¡Mi rendido homenaje, hermosas! ¡Cuánto diera por ser joven! ¡Pero triste suerte la de la vejez! — Se interrumpió para tomar un polvo — A los viejos sólo nos queda mirar y admirar.

— ¡Siempre tan galante y fino, doctor!

— Es la pura verdad. Sois adorables. ¿No está el señor don Gregorio?

— No tardará en llegar — repuso Andrea—. Siéntese usted; le haremos compañía.

El doctor Casimiro Trejo, jefe de la sanidad del ejército español, era una celebridad. Pequeñín, completamente calvo, muy arrugado, parecía mucho más viejo de lo que era en realidad. El ser algo cabezudo, le había valido el mote de "Calabaza", que él aceptaba sin enojo. Tuteaba a todos los jefes y oficiales y adoptaba aires severos y un lenguaje burlón y hasta cruel en su trato con ellos y la tropa; pero se sabía

que, detrás de esa corteza ruda, alentaba un gran corazón y era muy querido y popular entre todos.

Incorporado desde muy joven al ejército, tenía el grado de coronel y había asistido a todos los sitios y batallas de la guerra española. Estuvo en Gerona y Zaragoza, en Bailén, en Albufera. Recordaba al coronel don José de San Martín, y solía decir, en rueda de oficiales refiriéndose a él: "Es un poco menos bruto de lo que suelen ser los coroneles; le conocí en la retirada de Arjonilla. Es un hombre silencioso, reconcentrado, que dará mucho que hablar. ¡Ya lo veréis, animales!"

Era escéptico, pesimista, ateo, cantaba las verdades del barquero a todo el mundo, sin que nadie se le resintiese o enfadase. "¡Cosas de Calabaza!" — decía la gente encogiéndose de hombros y todo quedaba como si nada hubiere ocurrido.

— Escuchamos, doctor — dijo Rosalía — ¿Qué va usted a contarnos?

— Pues ya os he dicho que sois muy bellas, aunque, claro está, esto no puede ser novedad para vosotras —. Se pasó la mano por el corbatín de encaje (una de las cosas de "Calabaza" era la de negarse a usar uniforme), una mano pálida, fina, de artista.

— Pues, y voy contando, me encuentro muy bien en América. El clima es delicioso, el paisaje, estupendo. Este valle de Jujuy me recuerda a Galicia. ¿Sabíais que soy gallego? ¿No? Pues lo soy y los gallegos tenemos fama de brutos. Es una patraña. No lo somos ni más ni menos que el común de los hombres.

— Y de la guerra ¿qué noticias tiene usted? — preguntó Andrea con aire inocente.

— Pues que estamos en lo mismo. La guerra aún no ha comenzado, pero ya se la empieza a sentir. Escasean los alimentos. Para conseguir una vaca, hay que conquistarla a filo de espada. Las caballadas están esqueléticas. Habrá que salir a forrajear. Dicen que

en San Pedrito hay excelentes alfalfares. Los del Extremadura saldrán mañana a hacerlo. ¡Cómo siquiera sirvan para eso!

— ¿Hay heridos?

— Varios, en un sitio que llaman El Pongo, los gauchos atacaron a un destacamento del Fernando VII y lo zurraron de lo lindo. ¡Les está bien empleado por animales! Hay muchos enfermos de cuartanas; parece que la tierra no nos acoge con simpatía.

Andrea, fingiendo atender la charla del doctor, mentalmente se repetía: Extremadura... mañana... San Pedrito... Hay que avisar a Pablo... se decía a sí misma una y otra vez, como si su cerebro fuera incapaz de idear otra cosa.

No bien se despidió el médico, Andrea corrió a la cocina y ordenó a la mama Encarnación que lavara la cara a Pedrito, su hijo menor, para que llevase un recado a San Francisco. La negra comenzó a chillar:

— ¡Pedrín! ¡Pedrito! ¿En dónde te has metido canalla? ¡Venga aquí inmediatamente!

Tras algunas averiguaciones, comprobose que Pedrito andaba por los tejados en persecución de un gato. Cuando se le ordenó que descendiera, resultó que no podía hacerlo, porque no se atrevía a saltar desde el alero hasta la tapia por la que se había encaramado. Fue necesario arrimar una escalera para que el travieso bajase. Apenas si había puesto un pie en el suelo, cuando la mama Encarnación hizo caer sobre su cabeza una lluvia de coscorrones y comenzó a retorcerle las motas. El chicuelo pegaba fuego, y el alboroto subió a punto tal, que fue necesaria la intervención de Andrea para restablecer la paz.

— ¡Corra a lavarse la cara y ponerse el saco nuevo! La amita Andrea lo necesita. ¡Bandido! — y un último y certero coscacho hizo resonar la testa del negrito, que huyó como si lo persiguiera el Mandinga.

Minutos después presentábase, ya bien acicalado y chorreando agua del pelo, en el aposento donde se encontraba Andrea. Esta le dio un terroncillo de azúcar que comenzó a lamer llevándoselo a la boca sostenido entre el pulgar y el índice, mientras ponía los ojos en blanco y hacía una serie de morisquetas, que recordaban a un mico.

— ¿Quieres hacer un servicio al niño Pablo? — preguntó Andrea.

— ¿Voy a verlo? — contestó entusiasmado el chicuelo para quien Pablo era poco más o menos un dios.

— No; no vas a verlo, pero puedes hacerle un gran servicio.

— ¡Cualquier cosa haría yo por el niño!

— Entonces, corre a San Francisco y entrega esto al Padre Fidelio, en su propia mano — dijo Andrea dándole un sobre cerrado. Ocúltalo debajo de la camisa para que nadie lo vea. ¡Vuela! — El negrito partió como una exhalación.

Llegó al convento; se coló sin llamar, por la cancela, y encontró en el huerto al fraile sentado a la sombra de un muro, en amable charla con el ciego Valentín. Este había aprendido por el toque de las trompetas a distinguir cada uno de los cuerpos españoles y hasta a calcular casi exactamente su número de hombres por el ruido que hacían sus pasos al desfilar. Además, parecía estar muy al tanto de las charlas y vida de los soldados.

— Los cuicos — informaba al fraile — no están muy conformes. Quieren volverse pa su tierra. Los godos andan penando de fiebres. Las caballadas están pereciendo. ¿Quién es? — se interrumpió de pronto.

— Pedrín, el chicuelo de los Zenarruza.

— Arrimate — dijo el ciego al muchacho — Mañana te vo 'a buscar para que contís los soldados que

salgan a la plaza.

— Lo vo'a esperar — dijo el chico —. Aquí manda esto la niña Andrea — añadió dirigiéndose al franciscano —, y le hizo entrega de la esquela.

Don Fidelio se caló las gafas y se concentró en la lectura. Levantó lentamente los ojos del papel y los fijó, cariñosos, en lo alto del campanario.

— ¡Di a Andrea que voy allá ahora mismo! — dijo el fraile poniéndose bruscamente de pie —. Tú, Valentín, quédate a cuidar el convento. No te muevas de aquí, porque puede que te necesite. ¿Has oído?

— Sí, pagre; vaya sin cuidao.

El Padre Fidelio encontró a ambas jóvenes esperándolo en el portal. Estaban impacientes y excitadas. Por primera vez iban a cumplir una misión de guerra. Hicieron entrar al fraile a la sala de recibo y Andrea cerró la puerta con llave.

— ¡Gracias por haber venido, padre. ¿Son importantes las noticias que le envié? — preguntó Andrea anhelosa.

— ¿Cómo puedo saberlo? Acaso lo sean. Los godos necesitan a la mayor brevedad una buena lección. ¡No sería un mal estreno para Rojas bajar el copete a los orgullosos oficiales del Extremadura sacudiéndoles una buena paliza! ¿De dónde conseguiste esas nuevas, Andrea?

— ¿No se lo dije en mi billete? ¡Pero qué tonta, por Dios! Nos lo contó el doctor Trejo, fascinado por los ojos de Rosalía.

— O por los tuyos — observó la aludida.

El fraile permaneció pensativo unos instantes, acariciándose la barbilla. Luego, con imperturbable pachorra, lió un cigarrillo, encendiólo con la yesca, chupó profundamente, y su rostro, por unos momentos, quedó semioculto en un velo de humo azul.

— De todos modos — continuó — debemos estar preparados. ¿Tú podrías comunicarte con Pablo?

— preguntó a Andrea.

— Convinimos en que le dejara mis comunicaciones en el hueco de la tipa de Cuyaya; esa que llaman del barchila.

— No me parece muy seguro el sitio.

— Yo no sé, hasta ahora, en dónde se encuentra Pablo.

— Yo creo saberlo.

Los conspiradores, por largo rato, continuaron hablando en voz baja. Hasta la sala llegaban los ecos de la banda de música de un regimiento que tocaba en la plaza. A veces, oían cruzar por la calle una patrulla a caballo. Soldados francos vagaban por las calles.

Parecían aburridos y tristes.

— Enviaré al ciego Valentín — concluyó el padre Fidelio — a hablar con González. Este se dará traza para comunicarse con el destacamento de Rojas. Le pediré que si es posible, se llegue esta noche al convento y allí le daré las últimas instrucciones.

El fraile se despidió.

Era mediodía. El sol, a plomo, producía una relumbre de incendio que cegaba. Y en los árboles de la huerta chillaban, interminablemente, las cigarras.

V

El viejo Braulio Núñez había acompañado a Pablo la noche en que se fue de su casa hasta El Alto del Comedero, sitio donde acampaba el escuadrón de gauchos comandado por el teniente Juan Antonio Rojas. Como Núñez era muy viejo, el jefe lo destinó a "bombero". Su misión consistía en rondar por los aledaños de Jujuy, enterarse de lo que pudiese, e informar al campamento. Su ancianidad no despertaba sospechas en los españoles, y de ese modo pudo prestar muchos y buenos servicios a los patriotas.

El 5 de febrero por la tarde, Braulio decidió entrar en la ciudad. Hasta entonces no se había decidido a hacerlo, pero ese día el instinto le anunciaba que algo importante ocurría en el pueblo. Hacía varios días que los godos no se dejaban ver por ninguna parte, lo que indicaba que alguna cosa tramaban. A unas cuadras de la ciudad, abandonó la carretera principal y remontó el Río Chico hacia el noroeste. Cuando llegó a Cuyaya bajó al río y pudo observar que todas las bocacalles que daban a la barranca, habían sido fortificadas con terraplenes y palisadas. Los centinelas, inmóviles, se recortaban claramente sobre el fondo encalado de las casuchas del suburbio.

El viejo ocultó su cabalgadura en un bosqueci-

llo de tuscas; cruzó el río a pie saltando entre las piedras y se aproximó decididamente al pueblo; cuando estuvo a unos cincuenta pasos de la bocacalle, un centinela le dio la voz de alto y le apuntó con su fusil. Braulio levantó los brazos y siguió avanzando lentamente.

— ¿Quién es usted? ¿Qué quiere? — gritó el soldado.

El gaucho respondió:

— Traigo frutas pa vender.

Ya estaba muy cerca del soldado y éste, un asturiano de los Dragones de la Unión, bajó el fusil y lo examinó de pies a cabeza. Violo tan astroso, tan viejo y, al parecer, tan inofensivo, que sonrió tranquilizado y le gritó:

— ¡Sube, abuelo!

Braulio no se lo hizo decir dos veces. Una vez en la calle extendió sus alforjas en el suelo y ofreció duraznos y tunas al asturiano. Este le compró tres reales y comenzó a devorarlos sentado en el parapeto de la trinchera, con las piernas colgadas hacia la barranca. El viejo, cojeando, se internó en el pueblo. Hubiese deseado ver a Andrea; echar entre mate y mate, un párrafo con mama Encarnación en la cocina; regalar unos duraznos a Pedrito, pero no se atrevió a llegar a la casa de Zenarruza por temor a don Gregorio. El patrón — pensaba — debía estar furioso; no sólo Braulio, sino todos los arrenderos y peones, habían abandonado sus faenas para seguir a Pablo a la guerra.

Después de vocear un rato por las calles su mercadería, se dirigió a San Francisco.

El padre Fidelio parecía haber estado esperándolo, pues abrió personalmente la puerta al primer llamado. El fraile no manifestó ninguna sorpresa al verlo. Lo hizo entrar rápidamente y cerró con llave. Braulio preguntó:

— ¿Qué ocurre? No se ve un godo ni pa' remedio en ningún lao.

— Están entretenidos en fortificar el pueblo. ¿Y por allá?

— Sin novedad. El niño Pablo y don Rojas contentos con la soba que hace unos días se llevaron los godos en El Pongo. ¡Parece que fue de las güenas!

El fraile meditó unos instantes, después preguntó:

— ¿Conoces a Marcos González, el de San Pedrito?

— Es mi compagre. Lo conozco desde muchacho.

— Pues es necesario que te marches ahora mismo y le prevengas que mañana tocaré las campanas. El ya sabe la seña. No bien las oiga, que vuele al campamento de Rojas y dé la voz de alerta. Los godos van a salir para ese lado, pero no sé la hora.

— Ahá.

— Y ahora lárgate, porque después de la queda, nadie puede entrar ni salir del pueblo.

Braulio se marchó. El soldado que lo había dejado entrar, le permitió salir. El gaucho recobró su caballo y, tranco a tranco, se encaminó a casa de González. Llegó a ella junto con la noche, cuando se encendían las primeras estrellas y agonizaban los últimos fulgores del crepúsculo. González estaba sentado en una calavera de vacuno, debajo de un algarrobo, a pocos pasos del umbral de su choza. Cocinaba allí su cena en un cuenco de barro sobre una pequeña hoguera de espinillo que exhalaba un humo azul vagamente perfumado. Cuando ladraron los perros, de los que tenía un buen número, se puso de pie, se aproximó a la tranquera, que daba al carril, y gritó:

— ¿Quién anda ahí?

— Soy yo, Marcos — contestó el recién llegado.

— ¿El compagre Braulio?

— El mesmo.

— Apiáte y entrá.

Braulio echó pie a tierra y arrendó su caballo a unos pasos detrás del rancho para ocultarlo de las miradas de los que pudieran pasar por el camino. Luego se dirigió lentamente en dirección al fuego.

— A tiempo has llegao — dijo el dueño de casa—. Aquí tengo un locrito picante y una tirita' i costillas, por si gustás. Sentáte.

Así lo hizo Braulio en otra calavera y los dos gauchos se miraron un rato en silencio. González sorbió, en una escudilla de madera, una porción de locro a su huésped, y, entrando en el rancho, volvió con una botella de un agridulce mostagán de Monterrico para celebrar la llegada del compadre. Saciaron el hambre y la sed los dos viejos y luego cuchichearon durante más de una hora. Cuando se pusieron de pie se estrecharon la diestra en señal de acuerdo. González resumió lo concertado, cuando dijo:

— Güeno, hacés noche aquí y, cuantito dé la seña el pagre Fidelio galopais a avisar al campamento. Yo vo'a tocar la caja mientras anden los godos por el carril y vo'a hacer sonar el herque cuando se paren o dentren a algún lao.

Decidieron dormir bajo el árbol en las prendas de sus monturas.

— Nunca m'hi amañao a dormir adentro en el catre.

— Yo tampoco — contestó Braulio —. La cuja es pa morir. Sólo cuando m'hi casao, tres nochecitas hi dormío en la cama; después m'hi raliao pa ajuera.

— ¿Y ánde has hecho entós tantos hijos como has tenío?

— Bah, pa eso siempre hay ánde...

Riéronse los viejos. Braulio se marchó a ase–

gurar su caballo y luego hizo su cama a unos pasos de la de González. Momentos después, los dos ancianos dormían como niños, perdidos en la soledad de la noche.

Se despertaron al alba. El día se anunciaba apacible. El cielo lechoso de la madrugada, iba, poco a poco, azulándose. Por detrás de las cumbres del Zapla, como un incendio colosal, irradiaba sus púrpuras la aurora. De las ramas de los árboles, pendían, iridiscentes, gotas de rocío. Girones de niebla se desgarraban, después se desvanecían, en la playa del Río Grande y en las quiebras y hondonadas de las colinas. El Chañi cerraba el horizonte sombrío en las faldas, por las que lentamente descendía la luz hacia el valle en sombras.

González encendió el fuego y cebó mate. Braulio ensilló su caballo y se calzó las espuelas.

— Yo vo'a preparar mis músicas — dijo el dueño de casa, y acuclillándose debajo del alero del rancho comenzó a estirar el parche de su caja; después la golpeó suavemente con el palillo.

— Ya'stá cantora — dijo —. Ahora vo'a revisar el herque. Tengo que tener preparados mis instrumentos.

— Una suerte que t'hi encontrao con caja y con herque listos — observó Braulio —. Así vamos a poder completar las señales de las campanas del pueblo.

— ¿Y que te has olvidao que los carnavales ya'stán encima? Nunca me han pillao sin todo preparao.

— ¿Que a tus años toavía salís pa'las fiestas?

— ¡Y no! ¿Acaso porque sea medio viejón me vo'a quedar sentao en la casa, mientras otros se divierten? Toavía soy capaz de alzar una moza en ancas y liármelas p'al campo... Pa carnaval chupar y bailar, pa la cuaresma hincarse a rezar...

— ¡Ahá! No te tengo mucho juicio en eso'e la moza. Ya has de ser toruno.

Hablaban con profunda seriedad, sin una sonrisa. Después guardaron silencio y sentáronse, a esperar la señal del padre Fidelio. Pasaron varias horas. Los dos gauchos, con el oído atento, guardaban una inmovilidad de estatua; por fin, a eso de las ocho, un sonido cristalino, pareció llegarles rebotando por sobre los campos, en la mañana azul. Primero un golpe; después otro; luego un campaneo jubiloso y loco.

Los dos hombres se pusieron de pie. Braulio montó a caballo. González le recordó:

— No te vais a olvidar: vo'a tocar la caja mientras anden por el carril; cuando se paren o dentren por ahí, vo'a hacer sonar el herque. Güena suerte.

Braulio partió a galope tendido.

En el campamento encontró a la tropa acabando de desayunarse. Los caballos estaban ensillados y los hombres apercibidos para marchar a la primera orden. La llegada del viejo produjo algún rebullicio. Los soldados lo rodeaban para inquirir noticias, o soltarle pullas.

— Ande se le ha yuguiao la prienda, agüelo, que llega solo.

— ¿No me ha traío una achura i godo en las alforjas, viejo?

— Callesén, sinvergüenzas; dentro de un rato nomás muchos van a estar con las patas pa'adelante y bien duras. No'stá el día para operías. Hoy v'haber baile.

— ¡No diga, agüelo! ¿Y ánde va a ser la farra?

— En la casa'i tu chura, mocoso.

La llegada del teniente Rojas puso fin al jaleo. El jefe era alto, enjuto, moreno. Su barba endrina enviaba tornasolados reflejos al soslayo de la luz. La

nariz levemente corva, y los ojos encapotados y fieros, le daban el aire bravío de un halcón. Vestía al uniforme rojo de los Infernales. Se apartó unos pasos con el viejo y charló con él en voz baja. Llamó a Pablo Zenarruza y a Juan José Goyechea y les ordenó que previniesen a la tropa pues iban a partir en busca del enemigo. No quería que se tocaran clarines ni tambores para no descubrir su situación a los godos.

Infernales y gauchos se formaron prontamente en filas de a cuatro. Algunos acariciaban, como distraídos, el caño de sus fusiles. Otros llevaban las manos atrás para tentar o aflojar las ataderas de sus lazos. Entonces Rojas elevó la bandera apoyando el cuento sobre su estribo. Los gauchos se descubrieron e inclinaron las cabezas como ante una imagen sagrada.

— ¡De dos en fondo, marchen! — gritó el jefe con voz ronca y haciendo girar su caballo, un alazán serrano fuerte y brioso, se puso al frente de la columna. Era un desfile lento, callado. En los rostros y los ojos de la tropa advertíase esa gravedad solemne y conmovida de los hombres que van a enfrentarse con la muerte.

El teniente, para no descubrirse, esquivó la carretera. Decidió correrse a campo traviesa hacia el oeste, para salir detrás de la casa de González, emboscarse allí y tomar de sorpresa por el flanco al enemigo. No habían andado ni diez cuadras cuando oyeron la señal de González.

— ¡Pum! ¡Pupum! ¡Pum!

— ¡Alto! — ordenó Rojas —. Un bombero — Braulio presentóse de inmediato.

— ¡A la orden, mi jefe!

— Adelántese a lo de González y vea por dónde andan y qué hacen los godos.

El gaucho espoleó su jaca y se hundió en el monte. Oyóse un momento el chasquido de los guarda-

montes azotados por las ramas y arañados por las zarzas; después flotó sobre la tropa inmóvil y los campos soleados, un silencio cargado de espectación. El tamboril de González había callado y la mañana parecía dormirse sobre los campos mudos. La sombra de una nube se arrastró, lenta, sobre el escuadrón en acecho, poniendo en los rostros una expresión de tristeza.

De pronto algo que semejaba un clamor ahogado, un mugido, rompió el silencio. — ¡El herque! — Los godos se han detenido — pensó Rojas — Luego gritó:

— ¡Atención!

Claramente se oyó un tenue temblor metálico recorrer, como un escalofrío, de un extremo a otro de la columna. Era la emoción del combate inminente que estremecía las piernas y se comunicaba a las espuelas. El herque seguía sonando, lúgubre, ominoso.

En ese momento llegó Braulio.

— Han dentrao en un alfar frente a la casa i Marcos. Tan cortando el pasto. Si nos arrimamos con cuidao por tras la casa d'el compagre, tal vez no nos sientan.

Rojas ordenó marchar, de uno en uno, con la mayor precaución. Una vez llegados al bosque situado en la parte trasera de la casa de González, penetrar en él y concentrarse.

El monte estaba desierto. Mirando hacia el carril, veíase, por entre los claros del ramaje, la quincha de la casa de González. A la diestra, corría una senda junto a un cerco de ramas que cerraba por ese costado el alfalfar en donde segaban los forrajeadores del Extremadura. Una tranquera abierta sobre el camino, daba acceso al herrenal que estaba cerrado por todos los otros costados.

Rojas había determinado atacar a los realistas por el frente y sus dos flancos; él, con su destaca-

mento de Infernales, cargaría penetrando en el alfalfar por la tranquera. Zenarruza y Goyechea al mando de sendos escuadrones de gauchos, arremeterían por los flancos. Pero la ejecución de este plan exigía la operación previa de abrir portillos en el cerco que daba al carril y en el que, paralelamente a éste, cerraba el alfalfar por el rumbo opuesto. Dos mocetones fueron destacados de la columna con ese objeto.

A la espera de ellos quedaron Rojas y sus hombres. No había pasado mucho tiempo, cuando resonaron algunos disparos en el alfalfar, y las notas agudas de un clarín vibraron, como un llamado angustioso. Los dos hombres jadeantes, uno de ellos levemente herido, llegaron a reincorporarse al grueso de la tropa.

— ¡Chambones! — se limitó a comentar el teniente.

Rojas no vaciló ni un segundo e inmediatamente ordenó atacar en masa y en carga cerrada por la tranquera. Perdíanse las ventajas de la sorpresa y la dispersión de las fuerzas de un enemigo acometido por tres frentes, pero esos hombres, fanatizados por la hábil propaganda de sus jefes hasta ese estado de exaltación mística en que el peligro no existe ni la vida tiene valor, no iban a arredrarse por la presencia de un obstáculo o el aumento de un riesgo. Rojas depositó la bandera en el rancho de González y, al frente de sus tropas, tendido sobre el pescuezo de su caballo comenzó a escurrirse, rasando el seto, en dirección a la tranquera. Una vez frente a ella, era imposible ocultarse de los españoles y cuestión de vida o muerte arremeter de inmediato. La compañía que protegía a los forrajeadores estaba ya formada y, para facilitar sus maniobras, avanzaba en dirección a la salida del potrero.

Pero los gauchos llegaron antes que ellos y penetraron en el alfalfar. Como la puerta era estre-

cha se produjo un apeñuscamiento. Abriéronse portillos y la tropa pudo pasar sin mayores dificultades y concentrarse en dos filas: la primera, rodilla en tierra; la segunda de pie, para tirar sobre ella. El alférez Aráoz, pálido y con los dientes apretados, ocupaba el extremo derecho de la primera fila. A su lado Bofarrull, veterano probado en cien combates, con el fusil en la cara, esperaba, impávido, la voz que ordenara romper el fuego. Los Infernales, a la vanguardia, avanzaban al trote de sus caballos, llevando en alto las lanzas. Podían distinguirse perfectamente sus rostros atezados y barbudos, sus ojos ardientes y sus vinchas rojas.

— ¡Atiza! — musitó Bofarrull al oído del alférez — Estos tíos quieren que los abrasemos. ¡Jamás he visto semejante osadía!

— ¡Chist! — murmuró el oficial. Era la primera vez que se encontraba en un combate de verdad. Sentía en las sienes el latir de las arterias y en sus oídos como el zumbar de un caracol marino. Hallábase, más que temeroso, pasmado, confundido, con el cerebro vacío.

— ¡Primera fila, fuego! — gritó el capitán Berenguer.

La descarga sonó como una salva. Los atacantes la recibieron a boca de jarro. Algunos caballos se espantaron; otros, sin jinete, dieron vueltas a toda furia por el alfalfar; corcoveando y lanzando coces, enloquecidos. A través del humo, el alférez Aráoz, pudo ver como la columna gaucha se cerraba de inmediato y proseguía su avance, impasible.

— ¡Segunda fila, fuego! — gritó el teniente Zarrate.

Hubo un segundo de vacilación. Los españoles, sorprendidos por la confianza y serenidad con que la caballería gaucha continuaba su avance, bajo la misma boca de los fusiles, demoraron el tiro. De pronto

atronó la descarga y una densa humareda de un amarillo sucio cubrió a los infantes.

Entonces, dominando el estrépito del combate, se alzó la voz potente de Rojas:

— ¡A la carga! ¡Viva la Patria!

El ronco clamoreo de la tropa respondió:

— ¡Viva la Patria! ¡Viva Güemes! ¡Mueran los godos!

Y los caballos, heridos en los ijares por el aguijón despiadado de la espuela, dieron un bote y arremetieron a toda furia. Los gauchos los incitaban dando alaridos salvajes y haciendo sonar sus guardamontes con el duro mango de sus rebenques de verga. Muchos de ellos habían arrojado el sombrero, y el viento echaba hacia atrás las melenas. Los españoles trataron de contenerlos recibiendo a los caballos en la punta de las bayonetas. Pero todo fue inútil. Era un alud incontenible. La línea realista vaciló, perdió la formación, se quebró, y fue dispersada a lanzazos. El herrenal, que antes de la batalla parecía una alfombra de terciopelo, estaba hollado, destrozado, y se llenaba de cadáveres y sangre.

Algunos soldados arrojaban los fusiles y, a todo correr, trataban de guarecerse en los cercos. Entonces los gauchos hicieron uso de armas y medios de combate que produjeron horror a la tropa europea que los desconocía. Desataban sus lazos, los revoleaban y los arrojaban, con puntería infalible al cuello de los fugitivos. Hacían, en ese preciso instante, girar el caballo sobre sus patas traseras y lo lanzaban a carrera tendida en sentido contrario. El nudo corredizo se cerraba violentamente y el enlazado, arrojado al aire como una pelota, caía pesadamente de espaldas y era arrastrado por el suelo, en donde sucumbía estrangulado o poco menos que deshecho por los terribles golpes que recibía en la "rameada". Otros atacantes recurrían a las boleadoras con las que, de un

solo bolazo, hacían estallar un cráneo o quebraban un hueso, o, después de bolearlas sobre sus cabezas, las lanzaban a distancia. Las cuerdas se envolvían en el cuerpo y se enredaban en él, y dejaban al hombre liado como un fardo, en la más completa impotencia. Al final del combate, la lucha a cuchillo se generalizó. Los gauchos se apeaban, desenvainaban sus facones y atacaban, sin titubear, a soldados armados de sables o de fusil con bayoneta calada. Envolvíanse los ponchos en el brazo izquierdo y se dirigían al adversario dando saltos y girando a su alrededor para hacerlo perder la guardia. Al más pequeño descuido, se tiraban a fondo y un palmo de acero se hundía en las entrañas de las víctimas.

El alférez Aráoz, en el momento de la carga, había sido acometido por un gaucho que le tiró un lanzazo, del que pudo zafarse tendiéndose sobre un costado. Descargó su pistola sobre el atacante y éste, cayó pesadamente a tierra abriendo los brazos. El caballo, enceguecido, se lo llevó por delante y el oficial se encontró tendido de espaldas en un blando colchón de alfalfa. Iba a reincorporarse, cuando una mano pesada y fuerte se le asentó en el pecho y lo obligó a permanecer inmóvil. "Ha llegado mi hora" — pensó — "Van a matarme". Y forcejeó por librarse; pero la mano, que parecía pesar como un peñasco, lo mantuvo, impotente en la misma postura. Cerró los ojos, estremecido. Como pasaran unos segundos y nada ocurriera, volvió a abrirlos. Vio un pedazo de cielo limpio, sereno, profundamente azul. Entonces una voz que él conocía muy bien, la del sargento Bofarrull, le susurró a su oído:

— "Estése donde está. No se menee. Nos han vencido y nada podemos hacer. Sería estúpido hacerse matar inútilmente. Reservémonos para mejor ocasión". — Lanzó una serie de palabrotas y concluyó:

— Sígame —. Nos arrastraremos hasta el

cerco y trataremos de ganar el sendero. Es la única posibilidad que tenemos de salvarnos. Sobre todo no se le ocurra levantar la cabeza.

Aráoz, aturdido, obedeció dócilmente. Pusiéronse boca abajo y comenzaron a arrastrarse lentamente hacia la derecha. El alfalfar los ocultaba casi por completo. El centro del combate se había alejado del sitio y se mantenía vivo en una de las esquinas. Llegábanles desde allí los rumores de una lucha desesperada. Oíase a veces un lamento agudo que luego se desvanecía, trágico y desolado, en el aire claro de la mañana.

Estaban a no muchas brazas del cerco, pero al alférez se le ocurría que hacía horas que se arrastraban en su dirección. El seto parecía alejarse a medida que avanzaban. A veces tropezaban con un cadáver: el de un soldado del Extremadura con el pecho abierto por un lanzazo, tendido de espaldas, con los brazos abiertos como un crucificado, con un gesto de espanto en el rostro, o el de un gaucho con la frente destrozada por un balazo, cuyas manos crispadas todavía se agarraban al asta de la lanza, con los ojos turbios, inmóviles, fijos en el cielo. A unos pasos de allí, un caballo, con un ojo atravesado por una bayoneta, agonizaba entre roncos estertores, moviendo las patas como si corriera.

Bofarrull, con sigilo y destreza que delataban su linaje campesino, abrió un boquete en el cerco y ayudó al alférez a safarse de las ramas. Con sus manos enormes y peludas, trató de limpiarle el uniforme. La senda estaba desierta. El sargento, tomando al oficial de su brazo, murmuró:

— Agáchese y corramos.

Llegaron al rancho de González sudorosos y sedientos. Ya estaban refugiados allí tres o cuatro soldados españoles. El dueño de la casa, sentado entre ellos, no manifestaba ningún sentimiento ni emo-

ción. Miraba el campo con ojos distraídos y volvía al arreglo de la caja que tenía sobre sus rodillas. De cuando en cuando empinaba una botella y se echaba al coleto un trago de caña paraguaya o se pasaba, lentamente una mano a lo largo de la barba.

— Mejor es que se dentren al cuarto — aconsejó a los soldados. Pero éstos, desconfiados, prefirieron permanecer bajo el árbol.

— ¡Agua! — pidió Bofarrull.

González se puso de pie y con inalterable pachorra llenó un calabacín en una acequia cercana y lo ofreció al español.

— Mejor que aguarde un poco — le aconsejó — No cai bien l'agua cuando s'está agitao.

— Descuide usted — contestó Bofarrull, y lo apuró de un trago.

Aráoz, a quien el gaucho le había ofrecido una silla, sólo pensaba en huir y llegar a Jujuy a dar la voz de alerta. Si se quedaba en donde estaba, sería hecho prisionero sin duda alguna. Guiñó un ojo a Bofarrull. El sargento, que lo interpretó, se dirigió disimuladamente a la parte trasera del rancho. El alférez, dejó transcurrir un buen rato para no despertar las sospechas de González y, pretextando una necesidad, dijo que iba a dar un paseíto por ahí cerca. Cuando se reunió con el sargento, le dijo:

— Es necesario huir. Si permanecemos aquí, no tardaremos en caer prisioneros. Por el camino no podemos escapar. Debe estar vigilado por los gauchos. Trataremos de ir a través del bosque, llegar a Jujuy y pedir auxilio.

El veterano se cuadró. Toda familiaridad había desaparecido de su trato. Volvía a ser el subordinado, sujeto a las reglas de la disciplina militar.

— Ordene, mi alférez.

— Adelántese usted, de frente, por el bosque. A unos cien pasos de aquí me espera. Quiebre algunas

ramas para indicarme el camino. Luego seguiremos juntos. Si no me reúno con usted hasta dentro de media hora, continúe solo y dé cuenta en la guarnición de lo que ocurre. Ande con mucha cautela, pues ya sabe usted que a estos malditos gauchos, se los encuentra donde menos se espera.

Bofarrull partió de inmediato. Aráoz volvió a sentarse, a la sombra del árbol, a unos pocos pasos de González y trató de entablar conversación con él, pero el gaucho sólo respondía con monosílabos o gruñidos. Aunque fingió no ver ni oír nada, tenía la atención concentrada en los rumores que llegaban del alfalfar. Oíase por ese lado los ecos de disparos aislados, el tropel de las correteadas de la caballería y los gritos de los gauchos. El combate al parecer, continuaba enconado y feroz.

Corrió de pronto una ráfaga de viento y el algarrobo, estremecido, dejó caer una lluvia de vainas de oro. Y en la mañana vibró el estridente chillar de las cigarras.

VI

En el despacho del Estado Mayor, charlaban amigablemente el comandante Torres y el doctor Trejo. Se conocían de antiguo y se estimaban. Coincidían en ciertas ideas fundamentales acerca de la vida y de los hombres. A Torres lo divertían las rudezas del médico y su pesimismo; Trejo apreciaba la honradez y el valor sereno de aquel.

— ¿De modo que tú crees que la guerra marcha a maravillas? — preguntó el médico.

Torres, examinaba un mapa extendido en una mesa, levantó la cabeza. Después de un momento, respondió:

— No creo que pueda aplicársele ese calificativo; hemos tenido, y seguiremos teniendo, dificultades y tropiezos, inevitable en toda campaña. Consideradas en conjunto, las operaciones se desarrollan normalmente. Nuestro primer objetivo es llegar a Salta. Y llegaremos, ya lo verá usted.

El doctor Trejo clavó los ojillos maliciosos en los del comandante y le preguntó bruscamente.

— Dime la verdad. ¿Te sientes ahora tan realista como cuando te embarcaste en España? ¿No encuentras que hay mucho que decir a favor de los criollos? — Y añadió con picardía: — ¿Y de las criollas?

Torres, como lo hacía siempre, meditó bien su pregunta.

— Aunque usted no lo crea, esas cosas no me quitan el sueño. No son de mi incumbencia. He jurado ser leal al rey y combatir a sus enemigos y cumpliré mi juramento. Lo demás no es asunto mío.

— ¿Eres un simple títere entonces?

— No me plantee usted esos problemas, doctor. Soy un soldado y nada más que un soldado. No habría ejército si a cada uno le estuviera permitido juzgar acerca de la bondad de la causa por la cual combate.

— Lo trágico, y lo cómico a la vez — respondió el médico —, es que todas las causas son malas o, si quieres, estúpidas. Los hombres luchan imaginando que cuando tengan un mendrugo más que roer o un amo menos duro que soportar, van a ser más felices. ¡Ilusión amigo Torres! Al cabo se encuentran tan miserables y desgraciados como antes. Hagamos lo que hagamos, no dejaremos a este cochino mundo, ni más ni menos sucio de como lo encontramos.

— Con esas ideas...

En ese momento el comandante Torres fue interrumpido por el soldado de guardia, que anunció:

— El alférez Aráoz, del Extremadura, por un asunto urgente...

— Que pase.

Aráoz de pie, relató lo ocurrido en San Pedrito y la situación desesperada en que se encontraban los españoles.

— ¿Conque te han surrado la badena, pollo? — exclamó el doctor Trejo—Ya lo dice tu uniforme hecho girones. Te aconsejo que te cambies casaca, porque con esa facha dudo que Florencia Tezanos Pinto, quiera mirarte.

— ¡Cállese usted por favor! — gritó Torres

y, dirigiéndose al alférez, preguntó:

— ¿Fueron tomados de sorpresa?

— No, mi comandante. Los recibimos formados y tuvimos tiempo de hacerle dos descargas a boca de jarro. Cayeron muchos, pero se nos echaron con los caballos encima y quebraron la línea. Estos hombres parecen no temer al fuego.

— Así me lo dijo ya el capitán Camba. ¡Un soldado de guardia!

Se presentó uno.

— Busque usted al capitán Arregui, y dígale de mi parte que necesito hablarle ahora mismo.

Arregui no se hizo esperar. Habían llegado a sus oídos las murmuraciones que se suscitaron acerca de su conducta en Hornillos, y estaba que ardía por entrar en combate para demostrar a los deslenguados su capacidad militar y su valor. Llegó agitado, impaciente, pues adivinaba que iba a encomendársele alguna operación de guerra.

— ¡Hola! Aquí tenemos a Fierabrás — comentó el doctor Trejo — Yo te hacía en Buenos Aires, chico.

Arregui, enfurruñado, miraba hosco al médico que sonreía con cierto dejo burlón.

— No me mires así hijo, ninguna duda de tu valor y yo menos que nadie. Desciendes, como todos nosotros, del Cid Campeador, de Bernardo del Carpio, Hernán Cortés y los otros. Lo que te ocurre es que, como eres vasco, tienes muy poca sal en la mollera.

— ¡Silencio! — exclamó Torres. Y dirigiéndose al capitán:

— Parece que las cosas no marchan muy bien en San Pedrito — dijo Torres —. Acuda usted allá ahora mismo con los hombres que encuentre. Ya enviaré yo más refuerzos.

Arregui partió. Eligió trece hombres de los

Dragones de la Unión. Eran mozos recios, todos españoles, perfectamente uniformados. El grupo respiraba marcialidad y bravura. Los gauchos que combatieron con ellos creyeron que "todos eran oficiales" y Rojas, al escribir el parte del combate, diría que "Eran hombres que asustaban". El capitán desenvainó el sable, se puso al frente del pelotón, gritó una orden y, seguido de su tropa, partió al galope.

Instantes después las campanitas de San Francisco repicaron, y allá, en San Pedrito, las oyó el viejo González. Cogió el gaucho su caja y empezó a golpearla, como si se preparara a cantar.

El escuadrón de Rojas, que había exterminado, o poco menos, a los realistas que ocupaban el alfalfar, formaban mientras tanto en el sendero que pasaba por detrás de la choza de González. Allí tomaron siete prisioneros españoles que se habían refugiado en la única habitación del rancho.

— ¡Salen los españoles! Ha llegado el momento de desaparecer — se dijo el comandante Rojas — y ordenó a su trompeta tocar retirada. Pero con esa certera intuición del gaucho que se anticipa a los sucesos menos previsibles y adivina las contingencias más inesperadas, ordenó que lo hicieran paso a paso, y marchó a retaguardia con su pelotón de Infernales.

No había andado mucho, cuando fue alcanzado por Braulio, que traía en ancas a Pedrito: El viejo, bombero incansable, se había ocultado mientras se combatía, en las inmediaciones de la ciudad, para vigilar los caminos y dar la voz de alerta si por ellos pasaban refuerzos. Cerca del paso del río, se encontró con el rapaz. Este había visto partir a Arregui y sus hombres, y se había echado a correr, cortando campo en dirección a San Pedrito, para informar a los patriotas de la novedad.

Rojas hizo acompañar a Braulio con dos de sus hombres y estos confirmaron la noticia del viejo.

— ¡Alto! — gritó Rojas, ya decidido a atacar el pelotón. Este se aproximaba rápidamente y la caja de González tamborileaba nerviosa e incansable. El comandante hizo formar en cuadro a sus Infernales y les ordenó cargar no bien los españoles aparecieran por un recodo del camino, distantes unos cien metros del sitio. Envió a Braulio y al negrito a casa de González y esperó.

— ¡A la carga! — gritó apenas vio aparecer al primer realista. La montonera gaucha embistió con la violencia de un turbión. Los caballos se desbocaban bajo las espuelas, enardecidas por los gritos de los jinetes y las notas agudas del clarín que tocaba a degüello. Los españoles cargaron a su vez y el choque fue espantoso. Rodaron algunos caballos y la lucha, a lanza, sable y cuchillo, se trabó sangrienta y sin cuartel. Las líneas se habían deshecho y entremezclado y el combate se desarrollaba en un remolino vertiginoso.

Arregui atrajo pronto la atención de los gauchos por el denuedo y la temeridad con que acometía. Parecía no sentir los golpes y cuidar poco o nada de su vida. No se defendía, atacaba furioso. A poco de comenzado el combate, el reducido grupo de españoles fue disminuyendo. Tres soldados lograron huir y refugiarse en el rancho de González, donde fueron tomados prisioneros. Siete habían muerto y agonizaban bajo los cascos de los caballos en el torbellino del entrevero. Los tres restantes, entre ellos Arregui, se defendían feroces y silenciosos.

— ¡Ríndanse! — les intimó Rojas admirado, con el propósito de salvarlos.

Tres gritos roncos, estremecidos, desafiantes, respondieron al unísono.

— ¡Viva el rey! — y los tres hombres se lanzaron al ataque con el ímpetu de la desesperación. Dos de ellos fueron derribados a lanzazos y el caballo que

montaba Arregui rodó por tierra desjarretado. El español se puso de pie de un salto y continuó defendiéndose y acometió como poseído por un acceso de locura.

Un sargento de Infernales, lo enfrentó:

— ¡Déjenlos solos! — ordenó Rojas.

Comenzó entonces un duelo terrible. Arregui, que conocía el arte de la esgrima, sacó las primeras ventajas. Hirió levemente a su adversario en el cuello y en la mejilla. El olor de la sangre puso frenético al gaucho que arremetió enceguecido. Hubo un momento en que sus brazos se entrelazaron y quedaron los combatientes, hombro contra hombro, mirándose a los ojos. Entonces, como de mutuo acuerdo, arrojaron sus armas y se fueron a las manos. El capitán sintió que unos dedos duros como tenazas, se le cerraban en la garganta, la tierra le faltó bajo los pies y le pareció que todo giraba en torno suyo. Instintivamente alzó con todas sus fuerzas la pierna derecha y su rodilla golpeó el vientre de su enemigo. Este aflojó los dedos, retrocedió unos pasos tambaleándose,y cayó de rodillas. Arregui se arrojó sobre él, pero el gaucho ya se había puesto de pie y, con una piedra que había recogido en el suelo lo golpeó violentamente en el hombro derecho. El español sintió un agudo dolor y advirtió que el brazo se le endurecía y le colgaba, inútil, a un costado. Retrocedió unos pasos y se apoyó en el tronco de un árbol y desde allí contuvo a su atacante a puntapiés; pero el gaucho saltó sobre él, y le cerró ambas manos en el cuello. Tras una breve lucha, Arregui, cayó de espaldas con su enemigo sobre él. Cerró los ojos. Sintió que la tierra se oscurecía. No sufría.

Cesó de respirar.

Cuando el comandante Rojas descabalgó y levantó al sargento estaba desmayado. Le puso la cantimplora en los labios. El hombre después de unos minutos, volvió en sí y bebió con avidez. Se pasó el dor-

so de la mano por la boca y exclamó:

— ¡De güena m'hi librao! ¡Duro y guapo el godo! Y porfiao de no creer... Si por milagro no encuentro la piegra a mano, capaz que me hace suceder nomás...

El campo recobraba su silencio. Del bosque cercano, llegaba el silbo de un zorzal y en el cielo, a gran altura, volaban lentos, los cuervos atraídos por el husmo de la matanza.

La atención de Rojas se concentró en el camino, por el que se aproximaba un jinete a la carrera envuelto en una nube de polvo, y en quien el comandante creyó reconocer al viejo Braulio.

No se había equivocado. Momentos después detenía su caballo junto a él y le decía:

— Parece que salen todas las tropas del pueblo. La cabecera ya'stá bajando el río y traían dos cañones.

Rojas hizo formar a sus Infernales y partieron al galope a dar alcance a los escuadrones que los habían precedido en la retirada hacia El Bordo, lugar convenido como punto de reunión. Del lado del pueblo, llegaba el eco de clarines y tambores, y por sobre ellos, el de las campanas de San Francisco que tañían sin cesar.

Cuando las fuerzas españolas, ávidas de venganza, llegaron a San Pedrito, sólo encontraron al viejo Braulio y a Marcos González, brindando tranquilamente debajo del algarrobo. Las tropas gauchas, después de la victoria, se habían desvanecido. Los realistas recogieron sus muertos y, colocando el cadáver del capitán Arregui en la cureña de un cañón, regresaron a Jujuy, rebosantes los corazones de impotente rencor.

Ya a la oración, Braulio dijo a González:

— Y güeno, ahura que estamos solos, y ya que tanto has jorobao tuito el día con la caja, hacete ver

con una coplita de las güenas.

Accedió el huésped, y, abandonándose a sus recuerdos, y llevando el compás con el tamboril, en el tono lento de la "baguala", cantó:

"Palomita, palomita,
palomita de la Puna
a Belgrano lo vencieron,
en la pampilla de Ayohuma".

— ¡Pa qué te acordais de cosas tristes, en una ocasión como la de hoy! — criticó Braulio.

El viejo Marcos, sonriendo, repuso:

— ¡Escuchá esta otrita, entós!:

"A lanzazos y pegradas,
del Angosto del Perchel,
los corrimos a los godos,
hasta el Puesto del Marqués".

Y la humilde canción, que celebraba una pretérita proeza gaucha, voló en la noche, bajo los astros innumerables.

VII

De Cuyaya, delicioso rincón rodeado de colinas, cuyo nombre, a lo que parece, significa en quichua o aimará "lugar de los amantes" o del amor, partía la carretera real que unía Jujuy con Salta y el resto del país. Alineábanse tras las pircas que por ambos costados cerraban el camino, grandes árboles indígenas: tipas gigantescas con sus troncos duros y rugosos, coronados de un follaje fino: tarcos que al llegar la primavera se cubrían de tirsos azules, y ceibos que tachonaban con manchas de púrpura encendida el fondo verde oro del paisaje.

Para llegar a la carretera no había más que curzar el Xibi - Xibi a través de lo que la gente del pueblo de Jujuy, con admirable sentido del idioma, ha llamado "saltana", esto es, una serie de pedrejones colocados en hilera, sobre los cuales, saltando se sortea a pie enjuto la corriente.

En 1818 y hasta muchos años después, concurrían al atardecer, niñas y jóvenes al paseo de Cuyaya, y allí, a la sombra de árboles centenarios, cabe los hontanares cubiertos de afelpado musgo y rubios helechos, nació más de un idilio y se concertó más de un matrimonio.

Unos días después del combate de San Pedrito, reuniéronse allí algunos oficiales realistas. Esperaban a las niñas del pueblo. Algunos estaban enamorados; otros en vía de estarlo, y todos, deseosos de olvidar los sinsabores de la guerra en la consoladora compañía de la mujer.

— ¿Esperas a Florencita? — preguntó el comandante Torres al alférez Aráoz.

— Seguro.

— ¿Ya eres su novio?

— No quiere comprometerse formalmente hasta que termine la guerra.

— ¡Maldita guerra!

Callaron. Sin querer habían caído en el tema que todos deseaban evitar: la guerra. El combate de San Pedrito había causado profunda impresión a los realistas. Ciento doce muertos, entre los cuales el valiente Arregui, muchos prisioneros y muchas armas y cabalgaduras perdidas fueron el saldo doloroso de la jornada. La entrada de los sobrevivientes en Jujuy había sido patética e inolvidable. Las brillantes compañías del Extremadura, que habían desfilado a medio día en perfecto orden, llenas de marcialidad y bizarría, retornaron al atardecer, dispersas, despeadas, cubiertas de polvo, sangre y suciedad. En angarillas y carretas llegaron los heridos, caravana trágica de dolor y derrota. Muchos de ellos murieron y las campanas, casi diariamente doblaron, en la villa acongojada. El General en Jefe, según trascendió a sus íntimos, estaba moralmente vencido. Comprendió que a pesar de que sus tropas quedaban siempre dueñas del campo, eran, en realidad, las derrotadas. No dominaban más terreno que el que pisaban; grupo que se rezagaba o se separaba del grueso de las filas, era pasado a cuchillo o hecho prisionero; por la noche los centinelas eran enlazados o apuñaleados en las mismas calles del pueblo. Cundían el desaliento y la deser-

ción; los alimentos escaseaban y la malaria hacía estragos entre los soldados; los correos que iban o venían del Alto Perú debían ser acompañados por fuertes partidas de caballería y aún así eran frecuentemente agredidos y aprisionados.

— ¿Cómo ve usted la campaña, comandante? ¿La considera irremisiblemente perdida? — preguntó el alférez.

— Tanto como eso no — contestó sin convicción el comandante Torres; luego añadió:

— Será, eso sí, mucho más dura de lo que imaginábamos. ¿Pero a qué hacerse estas preguntas? Nuestro deber de soldados es luchar hasta el fin.

— Desde luego. Se lo preguntaba porque el doctor Trejo cree...

— ¿Con que hablabais o estabais por hablar mal del tío Calabaza, eh? Pues aquí lo tenéis en persona — exclamó el viejo médico, apareciendo de improviso por un recodo del camino.

— Iba a decir — contestó el alférez — que usted cree fracasada esta campaña.

— ¡Tú lo has dicho! Esto no puede continuar.

— Siempre usted tan pesimista — terció el comandante Torres.

— ¡La experiencia, hijo, la experiencia! Nos ocurre a nosotros, ahora, lo que les ocurrió a los franceses en la guerra de España. Tenemos en contra a la unanimidad de un pueblo. Estos señores realistas, como nuestro amigo Zenarruza, nada pueden hacer. Ni siquiera creo que lo siguen sus hijos. También en España, en tiempos de Pepe Botella, tuvimos afrancesados. No sólo los hombres sino la tierra entera lucha al lado de Güemes. Y no crean que me entretengo en dibujos retóricos. ¿Recordáis cómo la creciente del Río de Reyes demoró durante varios días nuestra entrada en Jujuy? ¿Visteis volver a las tropas de Marquiegui y Olañeta que avanzaron hasta Orán? Per-

dieron las dos terceras partes de sus hombres y los restantes llegaron literalmente deshechos, contaminados de terribles y misteriosas enfermedades tropicales que la ciencia europea desconoce. ¡Y las tercianas que arrecian cada día! ¡Ya no sé donde meter a los enfermos!

— Sin embargo — repuso Torres — debemos resistir y seguir avanzando, cueste lo que cueste, hacia el sur. De lo contrario, tendremos pronto a San Martín en Chile y comprometida la seguridad del Perú. Nuestro sacrificio nada significa si con nuestro ataque evitamos que eso suceda. Aún podríamos salvar la América para España. Ese es el pensamiento que debe alentarnos. ¡Opinar de otra manera equivaldría a una traición!

— De acuerdo, muchacho, de acuerdo; no te exaltes — dijo el médico — Todo eso está muy bien. Aunque no está muy claro por qué América ha de ser de España, si no quiere serlo. En el fondo de todo esto, no se encuentra sino la eterna crueldad y estupidez humana. ¿Pero a qué hablar de guerra en una tarde tan hermosa? Si en vez de decir tantas tonterías miráis hacia el río, veréis algo que os interesará. ¡Mucho heroísmo y bizarría, pero os preocupa más Cupido que Marte, brigantes!

— ¡Envidioso! — contestó riendo el comandante Torres.

Del lado del río llegaba un eco de risas y voces femeninas. Los dos oficiales se encaminaron apresuradamente hacia la ribera, a donde llegaron a tiempo para tender la mano a las jóvenes y ayudarlas a salvar las últimas piedras de la saltana.

Pedrito, el esclavillo, se adelantó al grupo llevando a cuestas una gran canasta con golosinas, refrescos y hielo, traído de la cumbre de las montañas. Andrea, Rosalía Iriarte y Florencia de Tezanos Pinto, se dirigieron a la "tipa del barchila" y, a su pie,

extendieron un mantel sobre la hierba. Luego prepararon en grandes vasos sorbetes de "querusilla" y los ofrecieron a sus acompañantes.

El doctor Trejo, que se había agregado al grupo, exclamó:

— ¡Exquisito! ¿Qué es esto?

— Sorbete de querusilla, doctor — respondió Andrea.

— Pues estoy tan en ayunas como antes.

— La querusilla — explicó Andrea — es una planta de tallo muy jugoso que se cría en nuestros cerros. Con ella se hace el jarabe que está usted gustando, doctor.

Poco a poco el grupo se fue disgregando en parejas. Rosalía comenzó a pasearse, acompañada del capitán Amaya que acababa de llegar del pueblo. Florencia y el alférez Aráoz, parecían ensimismados en su charla, sentados a la sombra de un saucedal. Andrea, con el comandante Torres, permanecieron en el sitio. El doctor Trejo, llevándose a Pedrito, se internó en el bosque a buscar ejemplares para su herbario.

Rosalía, que amaba a Pablo y que se sabía amada por él aunque nunca se lo hubiesen dicho, coqueteaba sin reparos con los oficiales realistas a fin de recoger informaciones que Andrea, por medio del padre Fidelio o por conductos que sólo ella conocía, hacía llegar a los campamentos patriotas. Amaya, americano de nacimiento, no se sentía muy firme en sus convicciones, ni simpatizaba con sus camaradas españoles y era bastante suelto de lengua.

— ¡Cada vez más bella y más ingrata! — exclamó el altoperuano, no bien se apartaron unos pasos del grupo.

— ¿Pero en qué ha comprometido usted mi gratitud, capitán? — preguntó Rosalía.

— En amarla rendidamente.

— ¿Aventura de guerra?

— Nada de eso, señorita: está hablando mi corazón.

— Vamos, deje usted ese tema y cuénteme algo.

— Nada sé que no sean rutinas de servicio.

— Cuéntemelas.

— Ya sabrá usted lo que pasó con Arregui, aquel botarate que iba a llegar a Buenos Aires con su compañía. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! El mismo que se hizo matar algunos hombres con una vieja en Hornillos. Ya le habrán relatado esas proezas...

Rosalía sintiose disgustada ante la pequeñez de alma de aquel hombre que hablaba así de un camarada de combate, caído en cumplimiento del deber; pero ocultó sus sentimientos y, sonriente, contestó:

— Un poco jactanciosos los españoles ¿verdad?

— ¡Uf! insufribles. Después que, según ellos, han vencido a Napoleón, no hay quien los soporte. Estoy tan harto que, si no fueran mis compromisos con Olañeta...

— ¿Qué haría usted?

— Me marchaba a mi casa.

— ¿Abandonándome?

— Con usted.

Rieron. Al final de la tarde Rosalía sabía muchas cosas. Olañeta había tenido ásperos rozamientos con el general Olarría. En una reunión del Estado Mayor, se había decidido establecer fuertes guarniciones en la Capilla de los Alisos, en El Carmen y en El Pongo, a fin de proteger la ciudad y asegurar su abastecimiento. Se esperaban los refuerzos enviados por el Virrey para emprender el avance a Salta.

— Florencia — decía unos pasos más allá el alférez Aráoz — déme una contestación, por favor. No puedo seguir en esta horrible incertidumbre.

— Ya le he dicho que antes de la terminación

de la guerra nada puedo contestarle.

— Pero cuando ella termine ¿qué responderá usted?

— ¿Qué cree usted que le responderé?

— ¡Ah! ¡Si yo lo supiera!

— Es usted muy poco perspicaz, alférez. ¿Nada adivina? ¿Nada le dice su corazón?

— ¡El corazón me dice tantas cosas!

— Pues escúchelo. Yo ahora no le diré nada más.

Florencia rió, y los ecos de su risa, volaron en el saucedal umbrío, como el canto de un pájaro.

Era muy joven, apenas adolescente. En el rostro de pálido mate, brillaban sus grandes ojos verdes, llenos de misteriosas lejanías bajo la sombra sutil de las pestañas. El alférez le tomó una mano. Ella devolvió levemente la presión de sus dedos, y la retiró. Lo miró un instante, con mirada inequívoca, inconfundible, húmeda de ternura.

En ese mismo instante, exclamaba el comandante Torres:

— ¡Qué dichoso debe sentirse Pedrito! ¡Siempre a su lado! ¡Y qué orgulloso se siente de servirla! Lo mismo me ocurriría a mí, el amor es dulce servidumbre...

— Deje en paz al amor, señor comandante.

— Pero ¿por qué Andrea? ¿No se ha de decir nunca lo que se siente?

— No continúe — lo interrumpió Andrea —. Hay cosas que usted no debe decir ni yo debo escuchar. Mientras dure la guerra, no puede existir el amor para mí.

— Pero...

— No olvide, comandante, que aunque mi padre sea un realista "a macha martillo", como él mismo lo dice, mi hermano es oficial en el ejército patriota.

— Terrible angustia para todos esto de la guerra. ¡Tanta sangre derramada ya!

— ¿Y hasta cuándo se seguirá derramando?

— Sólo Dios puede saberlo. Hay órdenes terminantes del Virrey de avanzar sobre Salta.

Andrea no pudo reprimir un gesto de inquietud y preguntó temblándole la voz:

— ¿Se marcha usted, entonces?

— No. Me quedo en Jujuy, agregado al Estado Mayor del brigadier Olañeta que guarnecerá la ciudad con las tropas que tiene a su mando. Las restantes embestirán a Salta bajo las órdenes del general en jefe.

— ¡Ay! ¡Ojalá Pablo no tome parte en esa acción!

— ¿Teme que pueda ocurrirle algo?

— ¡Cómo no he de temerlo! ¡Tantos amigos de infancia, tantos parientes, tantos conocidos han caído ya en esta guerra! El temor me aprieta el corazón. Pienso en Pablo a todas las horas del día y siempre con una angustia horrible.

— Aparte de su mente esas ideas. ¡Para qué empañar con tristes pensamientos una tarde tan bella!

— En verdad es una lástima.

Durante un rato permanecieron silenciosos. Detrás del Chañi en sombras, fulgía el crepúsculo, como empañado por un velo terroso.

— ¡Qué extraño color tiene hoy el cielo! — observó Torres. No tiene la maravillosa limpidez de otras tardes.

— Debe haberse desencadenado el huaira puca en los cerros — repuso Andrea.

— ¿Qué es eso?

— Huaira puca, en el idioma de los indios, significa "viento rojo". Toma el aire ese color cuando sopla del norte; pero es muy raro que eso ocurra en esta época del año; suele ser muy frecuente en el mes

de agosto. Una suerte que no haya llegado hasta aquí, pues es muy molesto.

— ¡El viento rojo! También esta guerra es un huracán enrojecido de sangre; si fuera supersticioso diría que estamos en presencia de un mal presagio.

— ¡Otra vez la guerra! ¿No habíamos quedado en no hablar más de ella, comandante?

— Usted disculpe, señorita; pero por más que nos lo propongamos, es muy difícil no volver a caer en el tema. Sin querer, sin darnos cuenta de ello, estamos siempre pensando en lo mismo. En este momento recordaba que unos minutos antes que ustedes llegaran, el doctor Trejo decía que esta campaña estaba terminada y que nosotros, los españoles, éramos los vencidos — Cuando calló, era manifiesto su desaliento.

Andrea lo escuchaba tensa, conteniendo la respiración. Pablo insistía siempre en que enviara noticias e impresiones acerca del estado de ánimo de los españoles. Era asunto — decía — al que Güemes atribuía gran importancia. ¿Iba el comandante Torres a hacerle conocer el fondo de su pensamiento? ¿Iba, por fin, a romper su reserva ese hombre cauteloso, que desconfiaba tal vez? Después de unos segundos le preguntó:

— Y usted ¿qué piensa?

— Prefiero no pensar nada — contestó rápidamente Torres —. Cuando se empieza a cavilar en la causa que ha de defenderse con las armas, malo para la causa. Nuestro deber es cerrar los ojos y combatir. Somos soldados.

— ¿Y si estuviera usted equivocado? ¿Si la causa de los patriotas fuera la justa? ¿No sería criticable tosudez persistir en el error? ¿No sería inicuo seguir derramando la sangre de quienes, al fin, luchan por la libertad del país en que nacieron? — Andrea calló de pronto, confusa, medio asustada. Había

abordado el tema que hasta entonces nunca se había atrevido a tocar. En el fondo de su corazón había decidido aceptar el amor que Torres le ofrecía, si éste se retiraba de la lucha, sin pensar por eso que pudiera pasarse a los patriotas. Era demasiado altivo y demasiado leal para hacerlo y menos si los suyos eran los vencidos.

Torres la miró profundamente. Ella bajó los ojos y se ruborizó. El comandante comprendía que, a la menor imprudencia, se internaría por un camino muy peligroso. No contestó de inmediato. Después dijo lentamente:

— Juzgar de la justicia e injusticia de esta guerra, no es asunto de mi incumbencia, sino de la del gobierno de Madrid. Soy un español y un soldado y debo caer al pie de mi bandera. Usted misma me despreciaría, Andrea, si me viese cometer una felonía. El día en que me permita ofrecerle mi vida, quiero llegar a usted con mi honor sin mácula.

— ¿Le han ofendido mis palabras?

— En modo alguno. Son muy naturales en la situación en que usted y yo nos encontramos.

El grupo se rehizo. Florencia y Rosalía con sus acompañantes se aproximaron y se sentaron alrededor de Andrea. El doctor Trejo llegó agitando en su diestra un gran ramo de flores.

— ¡Amancays! — exclamaron las muchachas.

El viejo médico las distribuyó entre ellas.

— *"Date lilia manu plena"*... Las flores a las flores — dijo sonriendo.

Del lado del pueblo llegó un agudo toque de clarines.

— Debemos marcharnos ¡qué fastidio! — exclamó el alférez Aráoz. Amaya contó, con sonrisa maligna, que el general en jefe había dispuesto que ningún soldado, ni oficial, saliese o entrase al pueblo después del toque de oración. Se hablaba de prohibir

en abosluto las salidas individuales. Los continuos atentados que sufrían dispersos justificaban esas medidas.

Los oficiales se despidieron un tanto corridos y se dirigieron al pueblo.

Andrea arrancó una pluma de su abanico, y después de consultar con sus amigas y el zumo agrio de la querusilla, escribió:

"El combate de San Pedrito y la muerte de Arregui los ha impresionado profundamente. Están más desconfiados y cautelosos que nunca. Ningún oficial ni soldado puede entrar o salir del pueblo después del toque de oración. Esperan refuerzos para marchar sobre Salta. Algo, que no he podido averiguar con detalle, ha ocurrido entre el coronel Olarria y el brigadier Olañeta. Se procura evitar la deserción por los medios convenidos. Van a enviar guarniciones a los Alisos, El Carmen y El Pongo. ¡Buena suerte y viva la Patria! A. Z.

El papelillo, cuidadosamente plegado, se ocultó en el tronco hueco de "la tipa del barchila". Horas más tarde, lo recogería un bombero, y puesto al calor de un fogón, aparecería, nítido, el mensaje que un jinete pondría en manos de Güemes.

VIII

Vicenta, hija de mama Encarnación, era una mulatilla de veinte años. Tenía la gracia ondulante del negro y en el rostro cobrizo como un resplandor de la dignidad del blanco. A poco de llegar los realistas, se había hecho popular entre ellos, sin distinción de oficiales y soldados. Urgidos por la necesidad de mujer, hacíanle la corte cuando iba a lavar al Xibi - Xibi o, cuando bajo el dintel de la puerta de la quinta, muy emperifollada y empolvada, repartía lánguidas miradas o provocadoras sonrisas entre sus cortejantes. Sin embargo, y como era inevitable, tenía sus favoritos: entre los soldados cierto gallego llamado Alonso Figueiras, cabo en el Gerona y, entre los oficiales, el capitán Amaya, altoperuano, ayudante de campo del brigadier Olañeta.

La Vicenta, como comúnmente se la llamaba, contagiada por la fiebre patriótica de las clases populares, espiaba incansablemente a los invasores. La promesa de un favor abría los labios más herméticos y hasta prometiendo, o concediendo el último, lograba una solapada traición y varios eran ya los soldados que habían huído para incorporarse a las filas patriotas. No había sirvienta, lavandera, planchadora o empanadera que no se dedicara al espionaje y a minar

por cualquier medio la moral de las tropas realistas. Habíase formado así, un cuerpo oculto y temible, que actuaba silenciosamente en la sombra y que iba corrompiendo, lentamente, la moral del invasor.

Una mañana en que la Vicenta, acompañada de unas criadas que trabajaban en casas vecinas, se dirigía con una gran canasta a lavar, advirtió que Alonso, el galleguito, iba en seguimiento del grupo. Bajó éste por el sendero que pasaba a un costado del "Cajón del Agua" y se dispersó en la playa. Vicenta se alejó todo lo que pudo de sus compañeras y ocultose detrás de unas chilcas para dar opurtunidad al galán de que la hablara. Este no se hizo esperar mucho. Apenas dejó ella su canasta sobre las piedras, cuando llegó jadeante y, después de secarse el sudor del rostro, se sentó a pocos pasos sobre un tronco. Permaneció mudo, con la cara entre las manos, contemplando con mirada hosca la corriente. El muchacho sufría. Estaba celoso. Le había llegado ya, por conducto de varios camaradas, el rumor de las infidelidades de la Vicenta. El se había adherido a ella con la exaltación de su carne joven, casi virgen, convertido en ascua por la pasión sexual, avivada por la obligada continencia de la guerra. Y no quería, en su egoísmo de varón, compartir caricias, a cuyo solo recuerdo, corría a lo largo de su cuerpo un estremecimiento de placer.

Sin darse por enterada de la enfurruñada actitud del hombre, la Vicenta, en cuclillas, enjuagaba una pieza de ropa, las faldas retrepadas hasta los muslos, mostraban unas piernas largas, duras y finas. El descote bajo, permitía entrever los pechos enhiestos y firmes, bajo la clara percalina del vestido. El viento le había desgreñado el cabello endrino, que, herido por el crudo sol de la mañana, irradiaba tenues resplandores de azul.

Figueiras suspiró.

— ¿Qué le pasa? ¿Ta triste? — preguntó Vi-

centa, mirándolo de soslayo.

— ¡Déjame!

— Ná ¿y qué mosca lo ha picao?

— ¿Y tú no lo sabes, eh?

— ¿Yo? ¿Y de ánde quiere que lo sepa, si no me lo dice? ¿Acaso soy adevina?

— ¡Cállate!

— Y güeno; si no quiere que hable ¿pa qué ha venío?

El hombre enmudeció, mohino y desconfiado. Sentía, a ratos, una ira violenta y tenía que hacer grandes esfuerzos para refrenar sus impulsos de estrangular a la mulatilla; a ratos, una ola de ternura le humedecía los ojos, y hubiera deseado estrecharla entre sus brazos y cubrirla de besos. Encontrábase el desventurado en esta horrible lucha interior, cuando bruscamente surgió de entre unos arbustos próximos el capitán Amaya.

Mudos de sorpresa quedaron los tres. Figueiras se cuadró e hizo el saludo de militar maquinalmente. Sentía que la sangre le subía al rostro y el latir de las venas en sus sienes. La Vicenta con la vista baja, un poco pálida, golpeaba violentamente en una piedra una sábana. Amaya fue el primero en hablar:

— ¿Qué hace usted aquí? — preguntó ásperamente al cabo — ¿No sabe que está terminantemente prohibido salir individualmente del pueblo a los soldados y clases?

— No se me había comunicado esa orden, mi capitán.

— Pues téngasela por notificada y retírese.

El hombre, por un instante, vaciló. Un relámpago de furia iluminó sus ojos. Luego juntó con un golpe seco los talones, se llevó la mano a la visera y partió. Subió al pueblo por la calle del "Cajón del Agua", y una vez en el filo de la barranca se volvió para mirar al río. Como a unos cien pasos vio como el.

capitán Amaya, rodeando con un brazo el talle de la Vicenta, desaparecía con ella entre los árboles de la ribera.

La vida de Figueiras se convirtió en un infierno. Atormentábalo a todas horas unos celos furiosos, exacerbados por el deseo de poseer a la mulatilla que, desde lo ocurrido en el río, se mostraba esquiva. En cierta ocasión que la topó en la calle y le pidió una cita en la puerta de la quinta, le contestó irritada: "¡Nada tengo que ver con usted!". Experimentó él desde entonces un amargo sentimiento de humillación, que hería su amor propio y avivaba su rencor. Había enflaquecido y sus ojos tomaron una fijeza siniestra.

Comenzó, entonces, a seguir al capitán Amaya. En todos los momentos libres, recorría como afiebrado el pueblo hasta dar con él. Después de unos días, estaba bien al tanto de sus andanzas y costumbres. El oficial jugaba por las tardes en el casino militar, comía allí, y luego, bien embozado en su capa, se deslizaba furtivamente al lugar de sus citas con la Vicenta. Figueiras, a veces, arrastrándose a gatas, se agazapaba a unos pasos de ella en las tinieblas y escuchaba con angustiosa tensión. Oíalos cuchichear unos momentos y luebo entrar en la quinta; cierta vez abrió cautelosamente la puerta que habían dejado sin llave, y le llegó, desde la sombra fragante de los árboles, el murmullo de los ahogados suspiros de la mulatilla en brazos de su rival. Huyó enloquecido y se juró no pensar más en ella ni volver a ocuparse del capitán.

Pero al día siguiente, sin poderlo remediar, volvía a apostarse a unos pasos del casino, y a esperar la salida de Amaya para seguirlo. Sentía una especie de placer malsano y perverso en comprobar, noche a noche, la traición de la Vicenta.

Buscó la amistad de soldados americanos y procuró, con disimulo, hacerlos hablar de Amaya.

Era éste universalmente odiado por la tropa. Decían que, arbitrario, brutal y áspero con sus subordinados, era adulón y servil con sus superiores. Muchos le deseaban la muerte.

Tal vez las insinuaciones que en ese sentido oyó a los soldados altoperuanos hicieron nacer la idea del crimen en la mente de Figueiras. Lo cierto es que jamás hubiera podido determinar el momento en que decidió matar al capitán. Encontróse de repente planeando, durante horas, el modo de eliminarlo: un día resolvía esperarlo a la salida del casino, ultimarlo de un balazo, y suicidarse; otro, decidía apuñalearlo en el lugar de sus citas con la Vicenta. Pero suicidándose — pensaba — quitaba todo sabor a su venganza y si lo apuñalaba, la mulatilla entraría en sospechas, hablaría y concluiría por ser llevado a un tribunal de guerra que no podría menos que aplicarle la última pena. Vivía como un sonámbulo y descuidó sus deberes; varias veces fue castigado, y, por fin, privado de sus jinetas de cabo. El rencor y el odio lo iban consumiendo lentamente.

Mientras tanto la guerra tornábase cada día más violenta, Las medidas tomadas por consejo del general Valdez resultaron un fiasco. Las guarniciones destacadas fuera de Jujuy, se vieron pronto acorraladas, privadas de toda comunicación entre sí y con el cuartel general. Las partidas encargadas de abastecer de ganado a la ciudad, casi nunca llegaban a su destino: eran asaltadas, muertas aprisionadas o dispersadas en el camino. Jujuy era una ciudad sitiada. En cierta ocasión los gauchos arrearon, de los aledaños del pueblo, doscientas mulas de silla y carga, lo que dificultó aún más la movilidad del ejército. Los puestos avanzados y las mismas calles eran atacadas a las horas más inesperadas. No se dormía. Empezaban a desfallecer las voluntades más firmes; a ablandarse los nervios mejor templados.

Una mañana — era el 3 de marzo de 1817 — Figueiras recibió órdenes de unirse a un escuadrón de la caballería del general Valdez que iba a esperar al pie de El Alto del Comedero, para escoltar luego hasta la ciudad, una partida que traía ganado de El Carmen. El día estaba diáfano y claro. El paisaje empezaba a perder el color verde, un tanto uniforme y monótono del verano. Suaves matices dorados y manchas de cobre y rojo, teñían los pastizales y el follaje de las arboledas.

Como por milagro, el escuadrón no fue asaltado. Los gauchos parecían haber desaparecido. Tal vez estaban concentrándose sobre el camino de Salta, pues ya se hablaba del propósito del general La Serna de atacarla. La tropa iba de buen humor y hasta se oyeron algunas canciones. Una voz empapada de nostalgia cantó:

"Na noite de despedida,
díxome a luz d'o luar:
—Doncella como me deizas
doncella me encontrarás".

Era ya mediodía, cuando la columna entró de regreso al pueblo arreando unas diez o doce reses esqueléticas; cerca de doscientos hombres habían sido destinados para conservar tan mísero botín.

La villa estaba conmovida. Cerníase sobre ella como un estremecimiento de ansiedad. Corros de soldados hablaban en voz baja en las esquinas; por la puerta principal del Cabildo, entraban y salían, febriles, oficiales con rostros graves y actitudes reservadas.

— ¡Con su permiso, mi sargento! — dijo Figueiras a Bofarrull, a quien encontró limpiando su fusil en la cuadra.

— Habla.

— ¿Qué ha ocurrido?

— ¿Vives en Babia que no te has enterado de nada?

— Acabo de regresar de una comisión, mi sargento.

— Pues no es nada agradable lo que ocurre, chico. Los gauchos se han apoderado de Humahuaca. Un tal Eduardo Arias, que el demonio se lo lleve, ha sorprendido la guarnición y, según dice un prófugo, han pasado a cuchillo a los ciento treinta y seis hombres que la componían. Si no se retoma esa posición — concluyó el sargento — nos quedaremos sin refuerzos y sin abastecimientos.

Un soldado americano, que pertenecía a las tropas de Olañeta, informó:

— Hemos recibido orden de alistarnos para marchar, lo mismo que el escuadrón del Coronel Centeno. Según dicen iremos a rescatar Humahuaca.

El corazón del ex cabo Figueiras latió con violencia. Si Olañeta se marchaba, se marcharía también su ayudante, el capitán Amaya y, en su asuencia, tal vez reconquistaría a la Vicenta. Pero sus esperanzas no se realizaron. Amaya no sentía ningún deseo de ir a afrontar el peligro de los gauchos, cada día más atrevidos y resueltos en sus ataques. A fuerza de intrigas, había logrado que lo dejaran en Jujuy, incorporado al Extremadura.

Con la partida de las columnas de Olañeta y Centeno, quedaba debilitada la guarnición de la ciudad y casi sin caballería, lo que dificultaba gravemente las comunicaciones y el avituallamiento. Los gauchos redoblaron, entonces, sus acometidas. Hubo combates en las calles mismas del pueblo, pues había sido imposible atrincherarlas a todas. Al pie de las casas se hacían prisioneros a lazo o boleadoras o bajas con lanza y puñal. La vida era una pesadilla continua. Los españoles se sentían constantemente espiados, trai-

cionados. Detrás de cada esquina podía surgir de la sombra el puñal asesino. Era peligroso fiarse aun de los propios, pues las deserciones aumentaban. Se vivía con los nervios sacudidos y los ánimos irritados. Los altercados y riñas eran frecuentes. Sólo Figueiras parecía no conmoverse por nada. Huraño, silencioso, a nadie hablaba, ni con nadie mantenía trato o relaciones.

Por aquellos días comenzaron a hacerse conocer de los españoles algunos oficiales de Güemes; Pablo Latorre, Apolinar Saravia, y sobre todo Pachi Gorriti, cuya lanza sembraba el espanto y la muerte. El 13 y el 14 de marzo los combates fueron incesantes.

El 15, a las once de la mañana, se alertó al Extremadura. Los puestos avanzados de Cuyaya y San Pedrito acababan de ser asaltados por fuertes escuadrones patriotas. Figueiras se incorporó a su compañía y, sólo cuando ya iban en camino al lugar del combate, advirtió que el capitán Amaya, al mando de la misma, marchaba a pocos pasos delante de él. Sus dedos se crisparon sobre el fusil.

Desde el extremo de la calle pudieron contemplar la lucha que se desarrollaba en la ribera opuesta, los gauchos cargaban con ímpetu; las filas españolas ondulaban; parecía que iban a romperse; pero lograban concentrarse y resistir; entonces el enemigo retrocedía un trecho, y, desde los caballos, hacía un fuego graneado con admirable puntería; luego volvía a cargar, empecinado, feroz. Una fila de heridos, auxiliados por soldados de la sanidad, cruzaba el río, lenta y agobiada.

El capitán Amaya ordenó calar bayonetas y avanzar a paso de trote, al frente del combate. No bien bajaron al cauce, cayeron algunos. Cuando entraron en línea el fuego era vivísimo. Figueiras, medio protegido por el tronco de un cebil, se tendió de bruces

sobre la hierba y disparó. Algunas balas silbaron sobre su cabeza y otras rebotaban a su alrededor. Cargó de nuevo el fusil y se lo llevó a la cara. Iba a disparar, cuando una algazara a sus espaldas, hizo que se volviera.

— ¡Están asaltando el pueblo! — dijo alguien cerca de él.

Llegaba, de ese lado, un tropel de caballerías al galope y el clamoreo de los jinetes.

— ¡Don Pachi! ¡Viva don Pachi!

Figueiras se puso de pie. En ese momento vio al capitán Amaya, a unos pasos de él, que miraba hacia la ciudad. Hizo puntería con sumo cuidado. Sentíase lúcido, frío, sin ninguna emoción. Apretó el gatillo y, por entre la humareda de pólvora vio desplomarse, fulminado, al capitán.

Arrojó lejos el fusil y, sentándose en el suelo, sollozó como un niño.

IX

Al día siguiente del asalto de Pachi Gorriti a Jujuy, el general La Serna citó al comandante Torres a su despacho del Cabildo.

Torres encontró al jefe con el rostro demacrado, los ojos cansados y el ceño contraído. La tarde anterior, a pesar de encontrarse en el lecho sufriendo la malaria, hubo de levantarse, ponerse al frente de su guardia y acudir al parapeto de las trincheras a fin de rechazar el ataque. En el combate del catorce, un sobrino suyo había sido hecho prisionero por los gauchos.

— Siéntese, amigo Torres — dijo el general, poniéndose de pie y comenzó a pasearse por el despacho con las manos cruzadas sobre la espalda —. Hay algo que no marcha bien y que a nadie quiero confiar, a no ser a usted, que, además de ser un oficial sin tacha, es mi amigo personal; lo que hablemos ha de quedar entre los dos.

— Gracias por su confianza mi general.

El general guardó silencio durante algunos minutos; luego, deteniéndose frente a Torres, dijo:

— Alguien traiciona en el mismo Estado Mayor.

— Si no lo oyera de sus propios labios, no lo creería, mi general.

— Escuche: hace unos días se discutió la conveniencia de reconocer a Güemes como beligerante. Usted sabe que siguiendo precisas instrucciones del Virrey, hasta ahora lo habíamos considerado como rebelde, y en consecuencia, fuera de las leyes de la guerra.

— ¡Todo eso es muy fácil de resolver en el palacio de Lima, pero aquí usted ve lo que está ocurriendo! — El general recordó a su sobrino herido, y en manos de los gauchos, y se dejó caer en un sillón como anonadado.

— Siempre he considerado inconvenientes esas medidas — dijo Torres.

— Esa fue también mi opinión; pero, asómbrese usted, son los jefes americanos, los más empecinados en sostenerlas. Olañeta no quería ni oír hablar del asunto; su odio y su rivalidad personal con Güemes lo enceguecen.

— ¿Pero qué ha ocurrido en concreto? ¿No hablaba usted de traición?

— Tal vez he empleado mal el término. Llamémosle grave indiscreción. Voy al asunto. En la última reunión secreta del Estado Mayor, se resolvió, por mayoría, reconocer a Güemes beligerancia y se convino, guardar rigurosamente el secreto, hasta que yo hiciera pública la resolución, en el momento que lo juzgase oportuno. Y bien: es seguro que Güemes está enterado de todo.

— Si el señor general me permite, ¿quiénes estuvieron presentes en esa reunión?

— Los generales Valdez, Carratalá y Espartero, el capitán García Camba y el brigadier Olañeta.

— No se puede poner en tela de juicio la lealtad de ninguno de ellos.

— Exacto... pero, con todo — El general se dirigió a su escritorio y abrió con su llave un cajón; sacó de él un papelucho sucio y arrugado y lo entregó

al comandante, murmurando: — ¡Entérese usted!

El papelucho, escrito con garrapatos, decía: "Los godos andan con la cola entre las piernas. Van a reconocernos como beligerantes. Es cosa resuelta por el E. M. en su última reunión secreta. Esperen más informes en el sitio de costumbre. R." Esta última letra pareció trazada por una mano más diestra que la que había escrito el papel.

— Este mensaje — dijo el general — ha sido encontrado por el doctor Trejo en las ropas de un gaucho prisionero que fue tomado herido en el combate del trece. Usted comprende que nada puedo hacer ni decir sin provocar un escándalo. Necesito que usted averigüe, indague en silencio, y con suma discreción, lo ocurrido. Algo más; se dice que el capitán Amaya ha sido muerto de un balazo disparado desde nuestras filas. Deseo saber la verdad.

— ¿Puedo confiar el secreto al doctor Trejo?

El general vaciló.

— Es hombre de honor — respondió al fin—. Pero, con tal de hacer un chascarrillo, es capaz de echar a rodar la cosa más seria.

— No lo crea mi general. También es hombre que sabe callar cuando es necesario. Y como es tan popular y está tan vinculado a los soldados...

— Hágalo, si lo juzga necesario; vuelvo a recomendarle que sea muy prudente — Y el jefe le tendió la mano dando por terminada la conferencia.

Torres, de inmediato, partió en busca de su amigo el médico. Vivía el doctor en una casita, cerca de la Tablada. Allí se dirigió el comandante, deseoso de comenzar cuanto antes a dar cumplimiento a su misión. Encontró al viejo disponiéndose a almorzar. En una mesilla redonda, cubierta de un mantel pulcrísimo, veíase un botellón lleno de vino y una tallada jarra de cristal con agua. Un pesado cubierto de plata estaba colocado sobre un plato de buena porcelana,

había varias copas y en el centro un búcaro de rosas pálidas. Todo respiraba allí orden, limpieza, vida holgada.

Cuando Torres llamó, salió el anciano personalmente a recibirlo. Le estrechó calurosamente la mano y preguntó:

— ¿Has almorzado ya? Porque si no, a tiempo llegas. ¡Pero qué cara traes, muchacho! ¿La bella Andrea te ha dado calabazas? Ya ves que no temo a la palabreja. ¿O es que te has cogido las tercianas? Siéntate, hombre, siéntate — Sin dejar de hablar, el doctor se dirigió a la puerta que comunicaba el comedor con el interior de la casa y con voz estentórea, que parecía imposible que pudiese salir de su cuerpecillo, gritó:

— ¡Antonio! ¡Antoñico! ¡Toñín!

Se volvió y continuó voluble y alegre.

— Este pobre Antonio está cada día más viejo y más sordo. Es bruto como un cerrojo, pero tiene un corazón de oro; hace treinta que es mi asistente. En Albufera me salvó la vida, a costa de hacerse herir gravemente. ¡Una joya! — Una expresión dulce se extendió por su rostro y una luz cariñosa brilló en sus inquietos ojillos. Después rugió:

— ¡Toñín! ¿No me oyes? ¡Apresúrate, animal!

Toñico resultó ser un gigante, con unos bigotazos grises enormes, sombreados por una nariz colorada y ganchuda. Era algo menos viejo que su jefe. Vestía un viejo uniforme de húsar y andaba pesadamente, bamboleándose.

— ¡Pon otro cubierto para el señor comandante, Pequeñín! — gritó a voz en cuello el doctor.

El viejo asistente se cuadró dando un taconazo, se llevó la mano a la visera y gritó a todo pulmón con un vozarrón que hizo temblar las copas.

— ¡En seguida, mi jefe! — y salió rápida-

mente de la habitación.

— ¿Qué te parece mi Toñín? Una alhaja, ¿eh?

— Interesante.

— ¡Oh, fantástico! Ya le irás conociendo. Tiene una mano para guisar... Pero siéntate, hombre, y prueba ese vino de Cinti. Es un obsequio de Pepe (aludía al general La Serna) y no del todo malo, aunque asperillo.

— Veo que se trata usted como un príncipe, viejo zorro.

— ¿Y por qué no? Ya verás qué dulces te serviré de postre. Hechos por las mismísimas manos de Andrea Zenarruza. Me los envió esta mañana con estas rosas que adornan la mesa — Y, durante el almuerzo, el comandante puso al doctor al tanto de la conversación con el general.

— Lo del secreto divulgado — dijo el viejo — está claro como la luz del sol. Podría verlo un ciego. Lo extraño es que hombres como Pepe y tú no hayáis caído en seguida.

— ¿Qué dice usted?

— Olañeta...

— ¿Duda usted de su lealtad?

— Ni por pienso. Olañeta es un buen sujeto, pero jamás hubiera inventado la pólvora. Y esa bellísima Pepita lo lleva de las narices. En la dulce intimidad del tálamo, se desata la lengua de los hombres más reservados. Algo se le habrá escapado a nuestro brigadier y la diosa, que no peca de discreta, lo habrá esparcido por allí. Tú eres amigo de sus amigas y te sería fácil averiguarlo.

— Lo haré. ¿Y qué piensa usted de lo que se dice sobre la muerte del capitán Amaya?

— He examinado su cadáver y puedo asegurarle que el tiro fue disparado de atrás y desde muy corta distancia, unas cuatro o cinco varas cuando más.

— Lo que indicaría que fue asesinado.

— Pudo ser una casualidad. El tal Amaya resultó no ser trigo limpio. He llegado a saber que llevaba una vida crapulosa. No le llores mucho.

— No es su persona la que interesa, es el hecho.

— Comprendo. Vete tranquilo. Te ayudaré en lo que pueda.

El comandante Torres realizó una paciente y minuciosa investigación. Fácil le fue descubrir la indiscreción de Olañeta. El había sido, como sagazmente lo supuso el doctor Trejo, quien le había confiado secretos del Estado Mayor a su bella y poco reservada esposa. Torres lo supo por boca de don Gregorio Zenarruza.

En cierta ocasión en que por casualidad se encontraron, el viejo realista le preguntó:

— ¿Y qué hay de lo de la beligerancia?

— No sé nada.

— ¿Pero quiere usted hacerme creer que no está enterado, comandante?

— Le repito, señor, que no sé nada.

— ¡Pero si lo sabe todo el mundo, hombre! Hasta se dice que la nota ya está redactada y pronta a ser enviada a Güemes. Se lo contó a mi hija doña Pepita Marquiegui. — Luego el viejo echó pestes.

— ¡Lo de siempre! Muchos bríos y muchas amenazas al principio y muchas blanduras y melindres después- ¡Reconocer beligerancia a bandidos alzados contra el Rey! ¡Es increíble! ¡Y lo soberbio que va a ponerse ese canalla! ¡Si desde un comienzo, se hubiera colgado a todo foragido tomado con las armas en la mano, ya se habría terminado la guerra!

— No son tan fáciles ni tan simples las cosas, don Gregorio, lo mismo hubieran hecho ellos con los nuestros. Y ha de saber usted, que ellos tienen hechos más prisioneros que nosotros. Debemos reconocer

que Güemes les ha dado trato. Nobleza obliga...

— ¿Nobleza obliga, tratándose de insurrectos? ¡Ja, ja, ja!... ¡No me haga usted reír comandante! A los rebeldes, se los ahorca y nada más. Jamás entenderé otra cosa. Con todos estos remilgos, el mundo marcha a su perdición.

Es inútil contradecir a la pasión, y como el comandante lo sabía, no insistió. Cambió hábilmente de conversación y no habló más del tema.

Informado el general La Serna de los resultados de la investigación, juzgó que lo más sensato era callar. No era prudente suscitar rozamientos con Olañeta que podrían destruír la ya precaria cohesión moral del ejército. La rivalidad y la malquerencia entre americanos y españoles, si bien se disimulaban, era innegable y estallarían, con las proporciones de un escándalo, a la primera ocasión. Y ocurría que los más intransigentes y enconados, eran los americanos sostenedores de la causa realista. Los principios liberales proclamados por la revolución francesa, pese a la Santa Alianza, se expandían por todo el mundo e influían, con más o menos intensidad, en todos los espíritus. La oficialidad española, aunque monárquica, no aceptaba el absolutismo.

No tuvo tanta suerte Torres en la averiguación de lo ocurrido en la muerte del capitán Amaya. Los indicios se desvanecían a poco andar y las pistas iban a parar en callejones sin salida. Pudo saberse que Figueiras había seguido muchas veces al capitán hasta el lugar de sus citas y sus devaneos con la Vicenta. Se estableció también que, durante el combate en que murió, el cabo se encontraba a pocos pasos de él. Pero el hombre negó desesperadamente haberle dado muerte cuando fue interrogado; después se encerró en un mutismo y, por fin, una mañana se lo encontró en la cuadra colgado de un travesaño. En sus ropas se halló un papel en que decía que se quitaba voluntaria-

mente la vida, sin expresar el motivo.

Mientras Torres realizaba estas indagaciones, llegó a saber y a sospechar muchas cosas. Comprobó que los españoles vivían rodeados de espías, acechados a todas horas. El enemigo estaba al tanto de todo lo que ocurría, aun de lo que se creía estar guardado por un secreto absoluto. Un soldado del Fernando VII, que había sido hecho prisionero por los gauchos y había logrado fugar, le dio informaciones alarmantes.

— Casi no hay ninguno — dijo — que no reciba esquelitas o mensajes de las mujeres del pueblo.

— Pero ¿cómo se las hacen llegar? Todas las bocacalles están vigiladas día y noche.

— Las lavanderas del río, las dejan ocultas bajo las piedras. Hay un ciego que se llama, según creo, Valentín, que constantemente anda en los campamentos. ¡Qué se yo!

— Lo conozco, pero no sé por donde puede escabullirse.

— Además, muchos de los nuestros, créamelo mi comandante, seducidos por mujeres, andan complicados en el asunto. Los desertores - hay uno o dos por noche - llevan también mensajes y cartas.

Cuando el comandante en jefe fue puesto al corriente de lo que pasaba, ordenó a Torres guardar silencio.

— No podemos — dijo — tomar una medida general, ni fusilar a todas las mujeres del pueblo. Prosiga usted indagando hasta poder individualizar a los culpables, y, entonces veremos lo que se hace.

Pero un nuevo y drámático acontecimiento, que impresionó hondamente a la tropa, vino, al par que a poner de manifiesto el peligro, a obligar al comando español a tomar disposiciones contra las mujeres sindicadas de espías.

X

El sargento Bofarrull, habíase relacionado con varios soldados americanos, y, entre ellos, con uno oriundo de Tarija, llamado Timoteo Borja, hombre que gozaba de fama de listo y que se ingeniaba para darse buen tiempo en las mayores penurias de la campaña; nunca le faltaba un buen bocado con qué regalarse ni un trago con qué mitigar penillas y sinsabores.

Una tarde, en que tanto el catalán como el tarijeño, se encontraban licenciados, Borja invitó a su camarada a una cena que decía haber aderezado a su pedido, cierta paisana suya, avecinada desde varios años en Jujuy, en donde, en tiempos de paz, explotaba un ventorro o "tambo" en el que paraban los arrieros que iban y venían del Alto Perú. Aceptó de buen grado Bofarrull y, al anochecer, dirigiéronse ambos a una casucha situada en los arrabales que daban sobre las barrancas del Río Grande.

La paisana de Borja, a quien éste daba el trato de comadre, llamábase Tomasa Yurquina. Era una vieja pequeñita y rechoncha, de tez cobriza y ojos huidizos y oblicuos. Su indumentaria no dejó de interesar al español. Tocábase con un sombrero masculino blanco, de alta copa y ala estrecha que no abandonaba

ni para dormir, y cubría el cuerpo con un vistoso mantón de espumilla de seda roja orlado de largos flecos que le llegaban a las rodillas. De sus orejas pendían grandes zarcillos de plata engastados de perlas. Usaba varias polleras, unas sobre otras, lo que le daba un aspecto que hacía recordar a un repollo.

Recibió doña Tomasa a sus huéspedes con cortesía algo melosa, y los introdujo a un patiecillo, cubierto por una parra, y bajo el cual veíase una mesa tendida, iluminada por un quinqué y varias velas.

Poco gustó Bofarrull de los manjares que le sirvieron. Rezumaban grasa de no muy buena calidad, y estaban condimentados con exceso de "cumbarí", ají fuerte al cual eran y son muy aficionados los altoperuanos.

Tanto Borja como su comadre, eran de esas personas que no se consideran afables si no atiborran al invitado, e insistían en que repitiera plato por plato. Tragábalos el catalán poniéndose rojo y abrasándose la garganta y, para suavizar el picante de las salsas, bebía de continuo un mosto seco, áspero, que la dueña de casa certificaba como legítimo Cinti.

La mujer se movía de un lado para otro, sirviendo la mesa. Parecía una pelota que rodara, rebotando entre muebles y paredes. Al finalizar la cena, abrió con un llavón enorme el candado de una petaca y sacó una botella de aguardiente. Dijo en su elogio que se la había obsequiado don Lídoro Pereyra, un tropero cuyano, muerto un año o dos antes del diez, época en que comenzaron los bochinches, como ella calificaba a la guerra de la independencia.

Cuando los dos amigos se retiraron, estaba muy entrada y negra la noche. Una nubada espesa y baja amenazaba lluvia. El silencio era perfecto, hasta que a poco fue interrumpido por el eco de un tiroteo que llegaba del lado de la Tablada.

— ¡Malditos gauchos! — exclamó con voz

pastosa Bofarrull.

— ¡No sé a qué hora duerme esa gente! ¡Los tenemos constantemente encima, como si fueran moscas!

Luego comenzó a mascullar atropelladamente sus cuitas y disgustos. Desde que había puesto los pies en esta coohina América, no había gozado un momento que pudiera considerarse como bueno. Marchas y contramarchas continuas; órdenes y contraórdenes y tiroteos a toda hora. En Jujuy jamás había podido dormir una noche completa; dos o tres veces diarias su sueño era bruscamente interrumpido para acudir a la carrera a un sitio u otro, atacado por los gauchos. ¡Y ni siquiera había encontrado una mujer! ¡Ya estaba para reventar!

El tarijeño escuchábale impasible. A él no le impresionaban poco ni mucho las privaciones y molestias de la campaña. En su temperamento pasivo y fatalista de indio, resbalaban las fatigas y dolores de la vida, como el agua en la piedra. Lo mismo le daba una cosa que otra; la paz o la guerra. Peleaba por adhesión personal a Olañeta. Y, en cuanto a mujeres, las había por todas partes; bastaba, para encontrarlas, rondar por las noches los portales, en donde esclavillas y criaditas, concedían sus favores sin muchas alharacas ni melindres.

— ¡Como para cortejos ando yo, hombre! Quiero una mujer esta noche. ¡Ahora mismo! ¿No conoce usted alguna? ¡Tengo dinero!

— Y buscando se ha'i hallar— contestó el altoperuano.

En una esquina de la plaza encontraron a un grupo de soldados americanos. A uno de ellos se dirigió el tarijeño y le habló en voz baja. Luego se acercó a Bofarrull y se lo presentó:

— El soldado Mamaní lo va a acompañar. El conoce una. Yo me vo'a dormir porque estoy cansao.

Echaron a andar el catalán y su acompañante hacia el extremo este del pueblo. A una cuadra o dos de la plaza, cesaba la edificación y sólo se veían tapiales o terrenos baldíos cubiertos de malezas y arbustos. Unas cuadras más allá brillaba el resplandor de la hoguera encendida por los centinelas que vigilaban la entrada a la ciudad, por aquel rumbo. Las sombras de los soldados iban y venían de un lado a otro, destacándose negras en la vislumbre, o rebrillaba, fugaz, el caño metálico de un fusil o el asta de una lanza, a la luz temblorosa del fogón. Las voces de alerta rompían, de cuando en cuando, el silencio.

El sargento y su compañero, terciaron hacia la derecha y se internaron por un callejón desierto y cubierto por barrizales. Como a unos cien pasos el soldado se detuvo frente a la tranquera de un cerco, y golpeando las manos, llamó:

— ¡Buenas noches! ¿Está doña Pepa?

Varios gozques salieron ladrando desaforadamente y en actitud de acometer pero se detuvieron a una prudente distancia de los dos hombres. Después de varias llamadas, coreadas por los correspondientes ladridos, brilló la luz mortecina de un candil en el ventanuco de una casucha frontera, y una voz de mujer preguntó:

— ¿Quién busca?

— Mamaní — contestó el soldado.

— Pase.

Entraron en una pieza de techumbre de paja y paredes de adobe sin revocar. Había allí una gran cama en un rincón, cubierta por una colcha blanca no muy limpia. En una mesilla ardía un velón de sebo, cuyo pabilo despedía un hilillo de humo negro y apestoso. En un rincón, sobre una repisa esquinera, erguíase una pequeña imagen de San Antonio, iluminada por una lucecilla amarillenta y temblorosa que surgía de una mecha sumergida en grasa en un cuenco de ba-

rro; una o dos sillas desvencijadas con asiento de suela, completaban el moblaje del cuchitril.

Mamaní hizo las presentaciones.

— Un sargento español, del Gerona; doña Pepa... la Pintada.

El catalán saludó con una breve y torpe inclinación de cabeza. La Pepa les invitó a tomar asiento. Era una moza algo entrada en carnes, de facciones indias, con opulentas greñas cerdozas que, en dos gruesas trenzas, le caían por la espalda. Hubiera sido algo menos repelente, a no tener el rostro como empastado por una espesa capa de afeites ordinarísimos, que daba a sus mejillas un tinte violáceo, y, por falta de dientes, una boca sumida, como de vieja.

— Yo me voy — dijo el soldado —. Sólo hi venío para acompañar al sargento. — Y, sin añadir palabra se marchó.

Bofarrull se quitó la chaqueta y se dejó caer en el lecho que crujió bajo su peso. Su mente estaba nublada por el alcohol. Hipaba y viniéronle amagos de náuseas. La Pepa lo advirtió, le ofreció hacerle una infusión de poleo, la cual, afirmó, era remedio infalible para mareos, bascas y descomposturas. El catalán lanzó un gruñido de asentimiento y cerró los ojos.

La mujer salió de la habitación y penetró en el interior de la casucha. En el extremo de la galería, había una hornalla de adobes, en la que agonizaban algunos tizones; hacia el exterior sólo se veía la noche, una noche negra, sin estrellas, inmóvil.

La mujer caminó en línea recta hasta topar con un seto de chumberas, que daba a un callejón trasero a la casa. Salió por un portillo y silbó larga y suavemente.

Una sombra se aproximó cautelosamente.

— ¿Valentín? — preguntó la mujer.

— ¡Sí! Esta noche me tocó bombiar por este

lao. ¿Qué pasa?

— Hay un godo adentro; un sargento.

— ¿Podrías entretenerlo cosa de media hora?

— ¡Creo que sí! Ta machao, medio dormido.

— Vo'a ver. Ta medio difícil entrar al pueblo esta noche. A dos cuadras de aquí hay escuchas.

El ciego, tanteando con su bastón, se perdió en la oscuridad, y la Pepa volvió al aposento. El sargento parecía dormido. Debió oírla, sin embargo, pues abrió los ojos y con voz estropajosa, balbuceó:

— ¡Acuéstate!

— Espera un momentito. Toy calentando l'agua pal té.

— ¡Acuéstate! — vociferó el hombre, incorporándose en el lecho.

— Vo'a dar vuelta el santo para que no nos vea — replicó la Pepa, y trepándose a una silla, hizo girar la imagen de San Antonio de modo que diera las espaldas a la cama. Así esperaba evitar que el santo se enterase de sus pecados y le impusiera alguna pena o castigo en esta vida o en la otra.

El hombre sonrió y volvió a tumbarse de espaldas, farfullando palabras ininteligibles. La Pepa mató la luz del candil y sopló la llamita del cuenco colocado a los pies del santo. Permaneció inmóvil, rígida, en las tinieblas. Sólo se oía la pesada respiración del hombre, que pronto se hizo rítmica y tranquila.

— "Ta dormío" — musitó la Pepa, y salió de la habitación en puntillas.

Se dirigió a la calleja frontera a la casa. Sus tinieblas y su silencio la intimidaron. Caía ahora una llovizna fina, casi impalpable que, sin embargo, calaba. Esperó un buen rato sin oír el más leve ruido. Al cabo, desde el fondo de la calle, le llegó como el rumor de un chacoteo. Se aproximó al cerco a fin de ocultarse. Después reconoció, a pocos pasos, la voz

del ciego que decía:

— Aquí es; vo'a llamar — y silbó quedamente.

La Pepa abandonó su escondite y se acercó a Valentín, que venía acompañado de dos gauchos. Uno de ellos rezongaba, maldiciendo a la lluvia y al barro. Contó que, para entrar el pueblo, sin que lo sintieran los centinelas, hubo de arrastrarse cerca de una cuadra por un zanjón lleno de lodo y aguas podridas.

— ¡De buena gana me tomaría una cañita! — concluyó, suspirando.

— ¿Y el godo? — preguntó el ciego.

— Ta durmiendo — contestó la mujer.

— Güeno, acabemos — dijo el otro gaucho que hasta entonces había guardado silencio. Y ambos se dirigieron a la casucha. La Pepa, temblando, se apegó al ciego, que escuchaba inmóvil. Oyeron de pronto el rumor de una lucha desesperada. Llegaba claramente hasta ellos el ruido de los muebles derribados y percibieron el que hizo la imagen de San Antonio al hacerse añicos en el suelo.

Después resonó un grito espantoso, animal, horrible, que flotó, vibrando unos segundos, en las tinieblas del callejón, luego un silencio hondo, trágico. preñado de horror. Los dos gauchos salieron de la casa, y, sin decir palabra, desaparecieron.

— ¡No me dejen el muerto en la casa! — chilló la mujer.

Los gauchos si la oyeron nada replicaron.

— ¿Qué te pensáis quedar aquí? — preguntó el ciego.

La mujer aterrada, no respondió. Valentín continuó:

— Esto se va a descubrir prontito nomás y si los godos te agarran hacé de cuenta que...

— ¡Callate! — gritó la Pepa.

— Vamos — dijo el ciego; y cogiéndola de un brazo la arrastró hasta la esquina. La mujer, tras-

tornada, siguió dócilmente a su guía. Este la condujo por calles silenciosas y oscuras hasta el portón trasero del convento de San Francisco. Estaba sin llave y penetraron en la huerta. El ciego silbó agudamente tres veces; al cabo de unos instantes una luz se acercó oscilando entre los árboles.

— ¿Quién busca? — preguntó el padre Fidelio.

— Soy yo, Valentín — respondió el ciego.

El padre se aproximó lentamente. Alzó el farol y miró sorprendido a la mujer, que callaba, con los ojos bajos. El ciego, lo mejor que supo, informó al religioso de lo ocurrido.

— ¡Sálveme pagre! — clamó la mujer.

— Entren — dijo el fraile. Y, seguido de ellos, se dirigió al convento.

El cadáver de Bofarrull, cocido a puñaladas, fue encontrado a la madrugada. El furor de los españoles fue violento. A pocos pasos de un puesto de guardia, se había ultimado a un sargento. Los gauchos parecían tener el don de hacerse invisibles. Se buscó a la Pepa durante varios días sin encontrar el menor rastro de ella. Por fin se creyó que habría logrado fugarse y refugiarse entre los sitiadores.

El padre Fidelio, sin embargo, temía. La menor indiscreción o descuido podía poner a los españoles sobre la pista, y la mujer ser ejecutada, y él desterrado del pueblo, del que no quería salir, para seguir sirviendo a su causa; además, no le era grata la presencia de una perdida en el convento. Resolvió hacerla huir, pero no resultaba tan fácil la empresa; los realistas, cada vez más desconfiados y cautelosos, habían doblado el número de centinelas y estaban alertas a toda hora. El ciego había logrado escapar de la ciudad y no daba señales de vida. El fraile recurrió entonces a Andrea y le pidió que enviase a Pedrito en busca del viejo Marcos González.

El negrito llevó al gaucho una esquela en la que el franciscano le rogaba que, en la noche y sitio que le indicaba, se aproximara a ser posible hasta la barranca del Xibi - Xibi con un caballo con silla de mujer. González respondió que acudiría a la cita.

Muchas de las huertas de las casas del arrabal lindaban con el filo de la barranca del río y el fraile decidió trasladar a la Pepa a una de ellas.

La noche que lo hizo, vino a facilitar sus planes; una tormenta se desencadenó repentinamente. Cuando el religioso y la mujer salieron del convento, las tinieblas eran completas; pero de cuando en cuando, un relámpago iluminaba el cielo con luz tan violenta que enceguecía. Escurríanse apresuradamente pegándose a las paredes. El pueblo parecía desierto. Estallában truenos ensordecedores y sus ecos iban rodando, cada vez más lejanos y apagados, por los cerros vecinos. Las calles empezaban a convertirse en arroyos.

Al llegar a la esquina de la de Zegada, toparon con una ronda. Un cabo se les acercó con un farol. La mujer ocultando su rostro con la manta, se guareció en un portal, temblando de miedo. El jefe de la ronda reconoció al fraile y lo saludó.

— ¿Y esa mujer? — preguntó.

— Es la criada de un moribundo que necesita confesión — contestó el fraile.

La ronda se alejó sin sospechar nada.

Continuaron por una calleja llena de barro hasta llegar, empapados, a una casa del arrabal. Abrióles una vieja que los condujo a una habitación desmantelada en donde ardía un brasero.

El franciscano, de inmediato, se dirigió al interior. La huerta concluía en la barranca. Bramaba la tormenta y comenzaba a levantarse un furioso vendaval. El fraile esperó unos instantes con el oído tenso. De pronto se oyó la señal convenida con González;

un chillido como de lechuza, repetido por tres veces.

Descendió la Pepa la barranca agarrada a una cuerda atada a un naranjo de la huerta; momentos después pudo verla el franciscano, a la luz de un relámpago, desaparecer en la tormenta y la noche.

— ¡Gracias sean dadas a Dios! — murmuró, y se alejó lentamente.

XI

A fines del mes de febrero, llegaron a Jujuy los refuerzos enviados de Lima por el Virrey. Componíanlos tropas elegidas: algunos escuadrones del regimiento Extremadura y otros cuerpos de no menos renombre, aparte de buen acopio de armas y vestimentas.

Venían al mando del coronel Vicente Sardina, personaje al que nimbaba una fama heroica, ganada en la lucha contra Napoleón, como teniente del famoso Juan Martín el Empecinado. El pueblo se llenó de habitillas y rumores. Decíase que el General en Jefe, después de acabar la fortificación de la plaza, en donde dejaría una fuerte guarnición a las órdenes del brigadier Olañeta, se pondría al frente del ejército, y embestiría a Salta; otros, sostenían que los españoles no se moverían de donde estaban, hasta recibir nuevos contingentes de tropas, que se aseguraba, ya habían salido de Lima.

Lo cierto es que por aquellos días creció la soberbia de los españoles. La esperanza del invasor renacía. Los realistas se engallaban. Ocupada Salta, quedaba expedito el camino de Tucumán, y San Martín, amenazado por la espalda, se vería obligado a abandonar sus planes sobre Chile y a combatir en te-

rritorio argentino. Alentaba a los godos la posibilidad de librar una batalla campal, que podría ser decisiva, con un ejército regular y desentenderse de esa monótona y abrumadora campaña de guerrillas en que, día a día, iban desangrándose sin provecho y sin gloria.

Estas y otras novedades de menos bulto comentaban Andrea Zenarruza y Florencia en un salón en casa de la segunda, cuando inopinadamente irrumpió en él Rosalía. Llegó jadeando y con el rostro arrebolado, como si acabara de dar una larga carrera. Arrojó el mantón sobre un sofá y preguntó con voz ahogada:

— ¿Ya saben la última?

— Supongo — respondió Andrea — que no vas a contarnos que llegó el ponderado Sardina y que los godos se marchan a Salta, dejándonos bajo la paternal protección de Olañeta y su incomparable Pepita.

— Eso ya es historia antigua, aunque hay quien dice que los españoles no saldrán de Jujuy.

— ¿Hay algo más nuevo entonces?

— Y gordo.

— Vamos, habla de una vez — terció Florencia —. No nos tengas suspensas.

— ¡Pues que me destierran!

— ¿Era verdad entonces? — preguntó Andrea —. Ya me había llegado el rumor de que los godos iban a enviar al campamento de Güemes algunas mujeres acusadas de espías. ¡Pero nunca creía que se atrevieran a hacerlo con nosotras! Los oficiales a quienes pregunté me lo negaron. El mismo Torres me dijo que posiblemente se trataba de habladurías.

— ¡Es que se avergüenzan de la medida! Es un buen zorrito tu comandante.

Andrea frunció las cejas. Su rostro se crispaba. La preocupaba saber hasta qué punto los españoles habían averiguado la verdad. ¿Acaso también sospechaban de ella? ¿Habrían descubierto el escon-

dite de la tipa de Cuyaya? No temía el destierro ni represalias más violentas, pero en momentos en que se anunciaba la invasión a Salta, consideraba utilísima, si no indispensable, su presencia en Jujuy. Sólo ella conocía a todos los agentes de Güemes y tenía en sus manos los múltiples hilos del servicio de espionaje. Con voz trémula preguntó a Rosalía:

— ¿Te han hecho prestar declaración? Supongo que habrás sido muy prudente y no habrás dicho nada que pueda comprometer a alguien y poner sobre la pista a los godos.

— ¡Pero Andrea! ¿Por quién me tomas? Ninguna declaración he prestado — luego sacando un papel del seno y ahuecando burlonamente la voz, leyó: — "El Señor Gobernador Militar de la plaza, ordena y manda que las mujeres cuyos nombres se dan a continuación, sean sacadas de Jujuy y conducidas al campamento del caudillo Güemes, y que bajo ningún pretexto se les permita entrar de nuevo en la ciudad". — Luego, con voz natural, añadió:

— Mi nombre figura entre el de... esas mujeres.

— No pareces muy afligida— observó Andrea, sonriendo a su pesar.

— ¡Como que va a encontrarse con Pablo! — exclamó Florencia—. En el fondo estará muy contenta.

Rosalía se puso encarnada. De golpe su rostro se descompuso y echó a llorar.

Andrea precipitadamente se levantó, y corriendo hacia ella, la sacudió por los hombros.

— ¡Cállate, por favor! ¡No es tiempo de lágrimas! Ahora es cuando debemos luchar con más entusiasmo. ¡Esta afrenta a las mujeres la vengarán los hombres con sangre! ¡No sospechan los godos la trampa que se les prepara en Salta! ¡Serán aniquilados! ¡Malditos!

Estaba magnífica. En el rostro tenso y pálido, sus ojos se llenaban de sombras, iluminados súbitamente por fugaces llamaradas. Parecía más alta y más fuerte, encarnación de la Némesis criolla, estremecida y vibrante en un ansia de exterminio y venganza.

— ¡Oh, es algo terrible! — murmuró entre sollozos Rosalía —. Mi madre está enferma a causa del disgusto. Mi padre, furioso; no me dirige la palabra. ¡Estoy desesperada!

— Tarde o temprano — repuso Andrea — era fatal que chocáramos con nuestros padres. ¡Ante la Patria no hay padres! ¡Yo estoy dispuesta a seguir hasta el fin sea quien sa el que deba caer!

— A veces me aterra oírte, Andrea. ¿No tienes corazón?

— Yo también sufro; Dios lo sabe. Pero ante la obra de libertar a nuestra Patria, ¿qué son nuestros sufrimientos y miserias?

Apaciguada de pronto se dirigió a Rosalía con voz suave, en la que se advertían piedad y cariño.

— En el destierro, llamémosle así, podrás seguir sirviendo a la causa. Si antes de partir recibes un obsequio de mi parte se lo entregarás a Pablo, ¿verdad?

Rosalía, secándose las lágrimas, respondió más calmada:

— Haré cuanto me digas, Andrea.

— ¿Pero cómo han llegado los godos a sospechar de ti? — preguntó Florencia.

— Te diré. Una chinita de casa, la Tomasa, tiene un novio en las filas de Güemes. Me pidió que le escribiera unas cartas. Me dejé enternecer y parece que una de ellas ha ido a dar a manos de los godos y alguien ha reconocido mi letra.

En ese momento una criada anunció que un oficial español buscaba a la señorita Iriarte.

— ¿A mí? — preguntó ésta sorprendida — ¿Cómo han podido saber que estoy aquí?

— Te tendrán vigilada y te seguirán los pasos como a conspiradora peligrosa— contestó Florencia. Y dirigiéndose a la criada: — Hazlo pasar.

Se presentó un hombre bajo, regordete, de tez y pelambres rojos. Las jóvenes lo conocían de vista y sabían que sus compañeros de armas lo apodaban Cangrejo. Llamábase Joaquín Ballesteros y tenía el grado de capitán en el Gerona. En el umbral se quitó la gorra, y haciendo una reverencia, dijo:

— Muy buenas tardes, señoritas; pido a ustedes mil disculpas por esta involuntaria intromisión.

— No necesita usted pedirlas, señor — respondió Florencia, y con un gesto lo invitó a tomar asiento. Pero el hombre permaneció de pie bajo el dintel, haciendo girar la gorra entre las manos. Se advertía que estaba turbado. Por fin dijo:

— Vengo a dar cumplimiento a una orden sumamente desagradable para mí... señorita Iriarte, debo notificarle personalmente del contenido de este pliego.

— ¿Lo del destierro? ¡Ya estaba enterada, señor capitán! La esposa del brigadier Olañeta, tuvo la bondad de comunicárselo a mi madre.

El español vacilaba, molesto por el tono irónico de la joven y las miradas burlonas de sus compañeras. Eso de desterrar mujeres no sabía a gloria a los oficiales realistas. Continuó, sin embargo, con voz firme:

— Sí, lo del destierro, como usted dice y algo más: mañana, a las ocho debe usted presentarse en el Cabildo. Puede acompañarla un miembro de su familia. Allí se le proporcionará el medio y todas las comodidades posibles para el viaje...

— Muy honrada... y muy agradecida, señor capitán. ¡Son ustedes muy corteses!

El tinte rojo del capitán Ballesteros se transformó en granate violáceo. Pareció que iba a decir algo, pero guardó silencio. Como no se retiraba, Rosalía preguntó:

— ¿Es necesario que firme la notificación?

— Sí, señorita.

Florencia pidió pluma y tintero y Rosalía firmó el pliego sin vacilar. El oficial lo recogió, y haciendo una leve inclinación de cabeza, murmuró:

— Con el permiso de ustedes, voy a retirarme. Buenas tardes. — Y se marchó.

Las tres jóvenes soltaron la risa.

— ¡Chit! Puede oírnos.

— ¡Poco corrido estaba el godo! — exclamó Rosalía.

— No pueden ocultar la vergüenza que les causa esta medida. ¡Cobardes! — dijo Andrea. Luego, bajando la voz, añadió: — No olvides, Rosalía, que, de un momento a otro, recibirás un regalito de mi parte, cuídalo bien porque él interesará mucho a Pablo y al general Güemes. Es hora de que me vaya.

Se despidió y dirigióse a su casa. El pueblo estaba más animado que de costumbre. Iban y venían tropas del lado del Cabildo. En las maestranzas, resonaban incesantes los yunques. Una manada de vacunos, arreada por soldados, pasó trotando pesadamente envuelta en una densa polvareda.

Al entrar al zaguán de su casa, Andrea oyó voces en el salón. Se detuvo y escuchó:

— ¡Y qué! — decía la voz airada de su padre — Si las mujeres quieren tomar parte en la guerra que se atengan a las consecuencias. ¡Los espías deben ser fusilados, lleven faldas o no! No me cansaré de repetir que la blandura que han demostrado todos nuestros jefes ha causado y sigue causando muchos males. A este paso nos quedaremos sin América.

Harta de oír las intemperancias de su padre,

iba a alejarse cuando el doctor Trejo contestó:

— "Deje usted eso, don Gregorio. Las mujeres enviadas a Güemes no podrán perjudicarnos. Casi junto con ellas, nuestro ejército entrará en Salta. Urge la invasión, porque las noticias de Cuyo no son tranquilizadoras. Parece que San Martín va a emprender la marcha sobre Chile en el momento menos pensado".

Andrea, se alejó a puntillas. ¡Ya sabía de seguro que los godos marchaban sobre Salta! Era el momento de utilizar todas las informaciones que pacientemente había ido reuniendo durante meses. El padre Fidelio también tenía buen acopio de ellas, que aún no había podido comunicarlas. Ya en su habitación llamó a la mama Encarnación.

— Harás una torta y unos bizcochos dulces para mañana temprano. Me avisas antes de meterlos al horno. ¿Entiendes? Y nadie, absolutamente nadie, debe enterarse de nada. Son para Pablo.

La mama Encarnación meneaba la cabeza, estiraba los labios y entornaba los ojos sin responder. Andrea, impaciente, preguntó:

— ¿Qué ocurre? ¿Por qué no contestas?

La negra respondió:

— De mil amores, tesoro. ¿Pero de dónde quieres que saque harina, huevos y azúcar? Con el cuento de la guerra nada se consigue. Hay días en que me vuelvo loca para hacer la comida.

La escasez hacíase sentir cada vez más duramente en la ciudad. Los gauchos interceptaban todos los abastecimientos. El comercio se había arruinado por completo y los cultivos fueron pastos de las llamas en los primeros días de la invasión. Se vislumbraba el hambre, si la guerra no concluía pronto.

— Tú te las arreglarás — replicó Andrea — como sabes hacerlo siempre que quieres. Envía a Pedrito y a la Vicenta que revuelvan todo el pueblo.

¡Que roben si es necesario! — Y, abriendo un cajón puso en manos de la sirvienta una brillante onza de oro. La vieja se marchó refunfuñando.

A la mañana siguiente las desterradas montaban sus cabalgaduras frente al Cabildo. Eran veinte y las había de todas las clases sociales. Una negra sorda y vieja hacía morisquetas simiescas sobre una yegua deslomada y panzona, que parecía iba a derrumbarse bajo su peso. Los soldados españoles le lanzaban pullas y requiebros a los que la mujer respondía sacando un palmo de lengua o enviando besos con la punta de los dedos. A unos pasos de ella una cholita muy joven y bien parecida, se mantenía rígida y altanera sobre la silla, mirando a lo lejos con ojos brillantes. Rosalía, un poco alejada del grupo, sonreía.

Se les ordenó formar fila de cuatro y Rosalía ocupó un puesto en la primera. No acababa de hacerlo cuando Pedrito, que pareció surgir de entre las patas de los caballos, le tendió un canastillo y comenzó a decir:

— Dice la niña Andrea que tenga buen día y que cómo ha amanecío; aquí le manda estas tortas pa'l viaje y pa que las tome en su nombre.

— ¡Eh! — gritó un oficial — ¿Qué hace ahí ese rapaz? ¡Está prohibido hablar y entregar nada a las prisioneras! ¿Están dormidos los soldados de guardia?

Uno de ellos se acercó rápidamente y cogiendo al negrillo por una oreja lo llevó ante el oficial. Este levantó el mantelillo que cubría la canastilla y sólo vio golosinas y tortas. Si hubiera partido la del fondo, habría encontrado entre la miga un papelito en el que estaba escrito un informe sobre el modo cómo se haría la invasión a Salta, tan minucioso y exacto, que hubiera dado mucho que cavilar al comando español.

— No son más que unas tortas que me envía una amiga — dijo amablemente Rosalía —. ¿Sería

usted tan cruel que me privase de mi avío de camino?

El oficial preguntó severamente a Pedrito:

— ¿Quién te ha dado esas tortas?

— La niña Andrea Zenarruza.

La respuesta tranquilizó al oficial. La lealtad de don Gregorio era proverbial. Volviéndose hacia Rosalía, le dijo inclinándose:

— De ninguna manera, señorita — e hizo señas a Pedrito para que entregara el canastillo.

— Le quedo a usted muy agradecida, señor teniente — dijo Rosalía y envolvió al español en la enigmática mirada de sus ojos azules.

En la plaza pululaban oficiales y soldados realistas. No se veía un solo nativo. El pueblo estaba mudo y hosco, al parecer dormido. Pero una ventana que entreabría, un rápido cuchicheo en un aposento a oscuras, un furtivo movimiento en los patios interiores, revelaban que la ciudad, alerta, vigilaba incansable. Los oficiales realistas, diseminados en pequeños grupos bajo las arcadas del cabildo y el atrio de la iglesia contemplaban la escena que se desarrollaba en la plaza. Algunos comentaban sonrientes el aspecto de las mujeres, su belleza o su fealdad; otros, silenciosos, parecían preocupados e inquietos.

— ¡Pues menuda suerte tiene el Cangrejo! — exclamó un capitán del Gerona — ¡Se hincha como un pavo real en medio de las mujeres! ¡Miradle!

— ¡Bien dicen que Dios da tortas al que no tiene muelas! — respondió un barbilindo alférez de los Húsares de Fernando.

— ¡Lo que daría yo por ocupar su lugar!

— ¡Envidioso y además presumido! ¿No sabes que el Cangrejo es o cree ser un irresistible don Juan? No harías tú en su lugar tan bien como él el Periquito entre ellas — contestó un capitán.

— ¡Tenorio el Cangrejo! ¡Con esa cara!

Rieron y todos hablaron al mismo tiempo.

A unos pasos de allí, el doctor Trejo preguntaba al comandante Torres:

— ¿Crees tú acertada esta medida de desterrar a estas mujeres?

— No; el camino del medio es siempre el más peligroso; o se las dejaba en paz o se las ponía en buen recaudo en la cárcel, pero enviarlas ahora al enemigo precisamente cuando va a emprenderse la marcha sobre Salta, es un desatino. ¡Sabe Dios las informaciones que son capaces de llevar!

— Supongo que esto será una nueva muestra del brillante cacumen de nuestro brigadier Olañeta.

Torres guardó silencio.

— Malo, malo — murmuró el doctor —. Quien tiene de su lado a las mujeres, que son el diablillo, vence fatalmente. ¡Medrados estamos si en contra nuestra se pone el amor!

Torres continuó silencioso.

Oyóse gritar una orden; vibró un toque de clarín y la columna de las desterradas y su escolta se pusieron en marcha, bajo el sol que envolvía el pueblo en un tenue y desmayado resplandor.

XII

El puesto del "Molle" se encontraba en un rellano, a considerable altura, sobre la ladera oriental de "El Chañi". La soledad, la selva y el silencio lo envolvían por todos los rumbos. En leguas y leguas a la redonda, no se hallaba un alma. Hacia el lado del valle, el bancal terminaba bruscamente en una barranca cortada a pico, asentada sobre un talud de suave declive, tapizado de grama, que iba a morir en las riberas de "Río Grande"; más allá, azulado por la distancia, erguíase el cerro de Zapla, y columbrábase por el gollizo de San Juancito, la selva tropical de San Pedro. Por ambos costados, la falda de la cordillera se extendía revestida de alisos y pinares de un verde sombrío, cortada por cañadones y torrenteras en los que corría, saltando entre pedrejones de un gris ferruginoso, el agua clara y fría que baja de los heleros. Atrás, la montaña colosal, donde la vegetación iba paulatinamente muriendo hasta acabar en la roca desnuda, junto a los glaciares de las cumbres.

El puesto se componía de una choza y un corral de piedra, en donde se encerraba el ganado en épocas de hierra. En tiempos normales, habitaba allí el puestero con su familia, pero la invasión había he-

cho forzoso su abandono; el hombre se incorporó a las partidas de Güemes, y la mujer y los hijos se refugiaron en casa de unos parientes de Campo Santo, hasta entonces a cubierto de las penurias y peligros de la guerra.

Remigio Lemos, el puestero, se encontraba ahora, desde hacía varios días, ocupando el rancho. Había sido enviado allí por los patriotas a reunir las reses que pudiese y enviarlas al sur. Los españoles, que a la sazón ocupaban Jujuy, tenían decidido avanzar sobre Salta y requisaban caballos y vacunos. El general Güemes, escaso también de cabalgaduras y alimentos, había ordenado a sus guerrilleros apropiarse de esos elementos o, en todo caso, impedir que el enemigo echase mano de ellos: todo animal utilizable debía ser conducido a puntos de concentración previamente elegidos y, a no ser posible, sacrificado o escondido.

Remigio se levantó al amanecer. Cuando salió del rancho, la tierra estaba en sombras y en el cielo brillaban las estrellas. Sólo a espaldas del Zapla comenzaba a expandirse un tenue resplandor rosado que anunciaba la aurora. Sobre El Chañi cerníase un silencio infinito.

El puestero encendió fuego y se dispuso a tomar mate. La mayor parte de los días no probaba otro alimento. Del alba a la noche recorría el cerro en procura de animales que pillaba a lazo y aseguraba con lonjas en el tronco de algún árbol; después los conducía al corral acollarados con bueyes mansos. Cada dos o tres días llegaban al puesto, en las horas más tenebrosas, jinetes silenciosos que los arreaban con rumbo desconocido.

Lenta, insensiblemente iban palideciendo las estrellas, como si se disolvieran en la luz. El cerro de Zapla se recortaba, oscuro e inmóvil, en la conflagración que ardía, cada vez más violenta, a sus

espaldas; por fin un rayo de luz encendió un rubí en la cumbre más alta del Chañi y comenzó a descender por la ladera una claridad áurea y trémula. La montaña se despertaba. La niebla acumulada en quiebras y hondones se desgarraba y subía en el aire en nubecillas azuladas, que al desvanecerse, descubrían pinos y alisos. Piaron los icanchos en los matojos próximos al rancho y los cóndores emprendieron vuelo desde sus nidos roqueros, enclavados en abrigaños y picachos lindantes con la nieve. Abajo, en lo más hondo del valle, el río semejaba una ancha cinta de cobre fundido entre la selva velada por la niebla.

El gaucho en cuclillas sobre el filo del bancal oteaba el camino que venía del bajo. Había advertido que en el valle, muy lejos, se levantaban los pájaros, como espantados por algún caminante y una ráfaga fugaz le trajo, desde las ciénagas lejanas, el chillido de los teros. Su instinto de hombre nacido y criado en la montaña y la selva y su desconfianza nunca dormida de guerrillero, le hacían adivinar que alguien venía en dirección al puesto. Puso la mano a guisa de visera sobre los ojos y concentró sus miradas. No distinguió nada; el valle parecía silencioso y desierto. La vereda que conducía hasta el rancho sólo a trechos era visible, pues daba vueltas y revueltas por la falda: entraba en la selva y en buena parte seguía el borde de un cañadón oculto entre alcores y peñascos y para sortear el farallón que limitaba el rellano hacia el lado del valle, daba un largo rodeo hacia el norte, invisible desde la altura. El hombre se encogió levemente de hombros, pero continuó en acecho, rígido el cuerpo, atento el oído y alerta el espíritu.

Habría transcurrido cerca de una hora cuando divisó un jinete que comenzaba a trepar la ladera. Parecía un gaucho, pero como era extraordinario que alguno de ellos se encaminara al puesto tan de madrugada, Remigio se dirigió al rancho, cargó su carabi-

na, y se enrolló las boleadoras en la cintura. Ocultó a la primera entre unas matas del corral; disimuló a las segundas debajo del poncho y volvió a acechar desde el filo.

Ya el sol había ganado altura cuando llegó el jinete, Era, como Remigio lo había supuesto, un gaucho; uno de los tantos partidarios de Güemes, según se colegía por la escarapela azul y blanca que llevaba en el sombrero.

— Güenos días, don. ¿Qué lo trai po'aquí tan de madrugada?

— Güenos días — contestó el recién llegado — Aquí vengo con un encargue de don Pachi.

— Ahá. ¿No gusta un mate?

— Güeno, lo acompañaré. Diz que los godos se han anoticiao que andan escondiendo hacienda en El Socondo y que van a venir pa llevarla. Por eso don Pachi me ha mandao pa que le avise.

Llamábase El Socondo a una torca cavada por las aguas en la falda del Chañi. Tenía unas doscientas cincuenta varas de diámetro y estaba cerrada por pétreos farallones de veinte a treinta de altura. Esta especie de cráter estaba situada en la zona boscosa de la montaña y sólo era accesible por el cauce de una torrentera excesivamente pina y fragosa. Unicamente los gauchos muy conocedores de esos lugares eran capaces de llegar a él. El lecho de la quebrada, confundible con otros innumerables que bajaban por la ladera, se encontraba difícilmente y para llegar a sus bordes era necesario conocer el sendero preciso que iba a dar con ellos, después de cruzarse y entrecruzarse con muchísimos otros. El Socondo, además, era sitio mal afamado, lo que contribuía a que muy contadas personas se hubiesen encontrado en él alguna vez. Decían los campesinos que durante el día reinaba un silencio extraño que empavorecía y que, por la noche, oíanse lamentos, aullidos y baladros. Ade-

más nadie había visto nunca un pájaro volar por sus proximidades, porque las aves evitan los sitios frecuentados por malos espíritus.

— ¿Así que los godos quieren llegar al Socondo? Veremos si son traza — contestó Remigio. Y después de permanecer un rato ceñudo y pensativo, añadió con voz ronca:

— Si llegan, no han de volver!

El tono rencoroso del puestero hizo que su interlocutor levantara la cabeza y lo interrogase con los ojos. Pero Remigio, absorto en la tarea de liar tabaco en una hojuela de chala, entre sus dedos gruesos y torpes, parecía haber olvidado lo que acababa de decir y permanecía mudo e indescifrable.

— Lo que's ganao no hay en El Socondo. Las pocas cabezas que sabían pastiar por áhi, cuanto ha que las hi mandao pa' abajo.

El mensajero asintió con la cabeza y se puso de pie para marcharse.

— Adiós, don. No se aflija. Andando con suerte l'himos de corpanchar nomás. Dígale a don Pachi que descuide, y que los godos se van a volver de aquí con las manos vacías si es que güelven.

— Ta bien.

El hombre partió, y pronto desapareció en un recodo del sendero. Remigio decidió no salir al campo ese día. Deseaba estar presente cuando llegaran los españoles. Puso a cocer el locro y se sentó sobre el apero, a la sombra del molle que se levantaba junto al corral, el único que crecía por aquellas alturas y que daba el nombre al puesto. El sol aún no había entibiado el aire de la mañana, y soplaba una brisa helada que corría como un estremecimiento en los pinares. Se presentía un día claro y tranquilo. La luz espejeaba en las piedras y en los regatos del valle. El puestero no quitaba los ojos de la senda. Pasaban las horas y nada se movía en el bajo. Ya había transcurri-

do la mitad de la mañana, cuando divisó, muy lejos, una nubecilla de polvo que corría en dirección al cerro a través de los campos. Se acercó vivamente al borde del rellano para observar mejor. No se había equivocado, la nubecilla crecía, se aproximaba. Momentos después centelleaban en su seno fugaces resplandores metálicos.

— Son los godos que vienen haciendo rejucilar las armas — mascullo el gaucho y, lentamente, fue a sentarse al corredor de la choza. Para entretenerse comenzó a adelgazar con un cuchillo los tientos de un lazo que estaba trenzando y en esta tarea lo encontró, al parecer ensimismado, la patrulla realista que, como una hora y media después llegaba al puesto. Remigio sólo levantó la cabeza cuando los españoles detuvieron sus cabalgaduras casi en el mismo corredor. Se puso de pie y, sacándose el sombrero, saludó:

— Güenos días. ¿Gustan apiarse?

El capitán Ballesteros, jefe de la partida, sin darse por enterado del saludo, echó pie a tierra, y arrojando a un soldado las bridas de su caballo, se dirigió al gaucho con voz severa:

— ¿Quién eres tú?

— El puestero, señor.

— No te hagas el tonto. ¿Cómo te llamas?

— Juan Sánchez, pa servirlo — contestó Remigio sin pestañear y, al reparar en la tez rubicunda del español dijo para sí: "parece un caraguay".

— ¿No hay ganado por aquí? ¿Vacas? ¿Caballos? — Sin esperar la respuesta del gaucho alzó la voz y, altanero, añadió:

— Ten mucho cuidado al responder, pues a la primera mentira te haré fusilar.

Remigio, impasible, contestó:

— Bastantito había, señor, pero tuito se lo han llevao.

— ¿Quién?

— Gente que han mandao de abajo.

— Y tú, ¿por qué permitiste que esos bandidos se apoderaran de lo ajeno? ¿Así cuidas los intereses de tu patrón?

— Y qué iba a hacer yo solito y desarmao. Siempre venían en cuagrilla, señor.

— ¿Conoces un sitio llamado El Socondo?

— Como no, señor. Soy criollo de aquí.

— Me guiarás hasta allí.

— Gustoso, señor.

Mientras tanto los soldados, unos diez o doce hombres, habían descabalgado y se dispersaban entre los árboles fronteros a la choza. Algunos, sentados sobre el pasto, se entretenían en alinear sus provisiones; otros comenzaron a amontonar ramas secas; un teniente, muy rubio y atildado, se quitaba las briznas y pajuelas adheridas a sus pantalones; y un sargento, alto y seco, hablaba con dos altoperuanos, que reían haciendo relampaguear sus dientes.

El capitán continuaba interrogando al puestero.

— ¿A qué distancia queda el famoso Socondo?

— Legua y media o dos han de haber, pero el camino es muy áspero; de tres o cuatro horas se sabe poner.

Remigio hablaba calmosamente. Su rostro parecía de piedra. No dejaba traslucir la más leve emoción. El disimulo, herencia del indio ancestral, es innata en el gaucho, que se sirve de él como de un muro, bajo cuya protección trata de ver sin ser visto, con sus ojos inexpresivos y huidizos. Ballesteros lo escrutaba con reconcentrada atención, pero nada se traslucía en esa cara enjuta, hermética, indiferente. El capitán, fatigado, se encogió de hombros y se dirigió al sitio en donde se encontraba su teniente. Este

se cuadró militarmente pero Ballesteros le dijo que estando solos y en una comisión que podía tornarse peligrosa, prefería hablar con él de amigo a amigo y olvidar por el momento la jerarquía y el protocolo militar. Establecida la cordialidad y la confianza, el teniente preguntó:

— ¿Lograste hacer desembuchar algo a ese tío?

— Hombre, estoy confundido: el gaucho contesta con prontitud a mis preguntas, al parecer sin mentir y con buena voluntad. Mi impresión es que se trata de un imbécil.

Se advertía, sin embargo, que no estaba tranquilo. Su rostro expresaba duda y preocupación. La experiencia de la guerra le había enseñado a desconfiar de la aparente estultez y mansedumbre del gaucho y sabía que éste, por sistema, se finge tonto ante el extraño y con más razón ante el enemigo.

— Andar con los ojos bien abiertos es lo más prudente, tú te colocarás unos pasos detrás de él, y en cuanto adviertas el menor intento de fuga o de traición, le haces saltar la tapa de los sesos de un pistoletazo. No tengas escrúpulos de ninguna clase. Estamos en guerra y la menor vacilación puede costarnos la vida. Yo marcharé a retaguardia para evitar cualquier dispersión.

— Entendido.

Remigio continuaba sin dar muestras de sentimientos hostiles; por el contrario, su conducta era muy comedida. Trajo leña del bosque y ayudó a prender los fuegos; bajó por agua a una cañada y, a la hora del almuerzo, compartió su locro con los soldados. El capitán que no le quitaba el ojo de encima, acabó por tranquilizarse. El gaucho había estado constantemente bajo la mirada de los españoles, a no ser unos segundos que entró al rancho en procura de su ensillado, tiempo que le bastó para esconder su puñal ba-

jo el borrén del apero.

Era ya bien pasado el mediodía cuando partieron rumbo al Socondo. El viento había cesado y una gran quietud flotaba sobre el bosque y la montaña. El puestero echó por una vereda que corría hacia el norte subiendo por la falda. La pendiente era suave y la senda no muy estrecha, lo que permitía avanzar sin dificultad. Una rama atravesada o un árbol caído en la trocha, obligaban, de cuando en cuando, a dar un pequeño rodeo por el bosque. Con frecuencia cruzaban cauces pedregosos por los que se precipitaba un hilo de agua transparente, que hervía en espumas en los pequeños saltos y cascadas que se formaban entre piedras enormes, a medio desenterrar por los aluviones. Después de una hora de marcha el guía se detuvo.

— Ahicito nomás — anunció — vamos a dentrar en el zanjón que sube pa'l Socondo. Como la bajada es muy fuerte, mejor va a ser que cinchemos. Denó, capaz que nos refalemos por las orejas. Echó pie a tierra y ajustó la cincha. Algunos soldados lo imitaron; otros sentándose a mujeriegas, encendieron cigarrillos.

El bosque moría a alguna distancia del borde del tajo. Los españoles, que hasta entonces se habían visto obligados a marchar de uno en uno, se alinearon, curiosos, a lo largo del filo de la barranca. La torrentera era muy profunda y la bajada al cauce tan pina, que parecía imposible que un caballo pudiese descender por ella. El puestero, sin vacilar y como si realizara algo indiferente, enfrentó su cabalgadura a la senda y, recogiendo las riendas, picó las espuelas. El animal, una jaca serrana de corta alzada, pero vigorosa y maciza, se recostó en sus patas traseras y tendió las delanteras, una después de otra, con precaución. Hubo momentos en que se deslizó resbalando por la cuesta, con el vientre a ras del suelo y

las extremidades rígidas y encogidas. Oyóse el murmullo de la tierra y los guijarros que rodaban, como una pequeña cascada, al fondo del cauce y segundos después la voz del puestero gritaba:

— ¡Bajen sin cuidao! ¡No 'stá tan fiero!

Los soldados, vacilantes, comenzaron a arremolinarse. Entonces el capitán, pasando al frente de la tropa, bajó el primero. Todos descendieron sin mayores tropiezos, a no ser un trompeta del Gerona, cuya cabalgadura perdió pie al dar los últimos pasos y rodó pesadamente hasta el fondo del zanjón. El hombre, por suerte, pudo zafarse a tiempo, y sólo sufrió algunos machucones y las pullas de sus compañeros que, de ese modo, se vengaban del susto que ellos mismos habían pasado.

El lecho de la torrentera, completamente seco en esa época del año, estaba formado por grandes cantos rodados, pedregullo y arena. La escarpa era violenta y la senda escasamente hollada, casi invisible. A veces abandonaba su recorrido, trepaba por una de las barrancas y corría junto al bordo, para descender de nuevo un poco más allá, y seguir las sinuosidades del cauce. La marcha era cada vez más fatigosa y lenta. De distancia en distancia, grandes pedrejones cerraban el paso y, al trasponerlos, resbalaban las cabalgaduras. El jinete debía apearse y ayudar al animal sosteniéndolo con las riendas. Grietas y hoyos profundos, que era necesario sortear con mucha cautela, dificultaban la ascención. El tiempo parecía detenerse y el camino tornarse interminable.

El último recuesto era el más agrio y fragoso. Hubo que escalarlo a pie, ayudándose con las manos en las barrancas, aferrándose en las salientes de las rocas, andando a trechos a gatas, llevando las cabalgaduras de las bridas. Los paredones del tajo eran allí altísimos y cortados a plomo. Arriba los bordes parecían aproximarse, y sólo permitían distinguir u-

na faja de cielo que los hombres veían, azul y luminosa, desde el fondo de la sima. Soldados y bestias llegaron a la entrada del Socondo sudorosos, jadeantes. La soledad y el silencio del lugar impresionaron a los españoles. El sol, que comenzaba a declinar, hería la hondonada de soslayo en anchos haces de luz dorada que reverberaba en los altos barrancones que la circundaban con resplandores de púrpura. Todo parecía irreal, fantasmagórico, como esos paisajes que se columbran en las brumosas regiones de la alucinación o del sueño.

— Si el diablo no vive en este sitio, no debe andar lejos — dijo el teniente.

— Pues si lo utilizan para ocultar el ganado — contestó el capitán—, convengamos en que no está mal buscado. Pero mucho me temo que ese gaucho bribón no haya mentido y que nada encontremos aquí.

— No será agradable, ni nos acreditaremos mucho, si volvemos al cuartel con las manos vacías.

— No te preocupes. No seremos los primeros ni los únicos. Aquí en confianza, te diré que esto de la requisa de ganado, se está convirtiendo en un fiasco.

Y el capitán relató algunos episodios: en la Hacienda de los Molinos, a las puertas mismas de Jujuy, un gaucho muy viejo y de apariencia inofensiva, había llenado de caballos el corral, no bien los españoles se lo pidieron. Los animales se dejaron ensillar y embridar dócilmente, pero cuando los hombres montaron, resultaron cerriles y sin desbravar y dieron con sus jinetes en el suelo. Una partida, que surgió no se sabía de dónde, cayó sobre los maltrechos soldados, hirió gravemente a un oficial y se llevó prisionera a la gente de tropa.

Los gauchos recurrían a los ardides más ingeniosos, a las tretas más inesperadas para evitar que sus ganados cayeran en manos de los realistas,

y, casi siempre, salían con su empeño. El capitán sonreía, pero a medida que hablaba, su rostro se ensombrecía. De pronto calló y llamó al puestero. Este, a unos pasos de los oficiales, fingiéndose distraído, no había perdido palabra del diálogo.

— ¿Insistes en afirmar que no hay ganado por aquí? — preguntó el capitán.

— No hay, señor.

— ¿Y cómo explicas, entonces, que haya una especie de callejón cercado que va a desembocar a la salida?

— Son restos de una manga que hace años que no se usa.

— ¡Hum!

Ballesteros decidió registrar palmo a palmo la hondonada a la mañana siguiente. La noche se echaba encima y el suelo del Socondo estaba cubierto de pinares espesos y un pajonal seco tan alto que el terreno era desparejo, lleno de hoyos profundos y zanjas peligrosas.

Los soldados ya habían asegurado sus cabalgaduras entre los árboles y cortaban grandes haces de paja que amontonaban al socaire de la barranca para dormir en lo blando. Momentos después encendióse una hoguera para aderezar la cena. Colocóse un centinela frente al portillo que daba entrada al Socondo, el que se relevaría cada cuatro horas y los hombres, sentados alrededor del fuego o tendidos en el suelo, reposaron de las fatigas del viaje. Remigio, apartado unos pasos de los españoles, permanecía silencioso e inmóvil.

La noche llegó serena y clara. No había luna pero innumerables estrellas brillaban en el cielo diáfano. El Socondo se tornaba más alucinante en la oscuridad. Era un pozo donde, al remansarse la sombra, todo parecía espectral, adormecido en una inmovilidad de muerte.

Después de cenar y de un rato de charla, cada uno buscó un sitio para dormir. El puestero, por orden del capitán, tendió las jergas de montura entre dos soldados que debían vigilarlo durante la noche. Remigio se tapó con su poncho y se echó de espaldas sobre los pellones. Conservó puestos todos sus vestidos, con excepción de las botas, que colocó junto a la cabecera al alcance de su mano. Con los ojos muy abiertos y el oído alerta esperó.

En el vivac todavía se escuchaban algunos rumores; uno se revolvía en su lecho de paja, otro tosía o esgarraba. Pasaron horas antes que la respiración de los hombres tomara el ritmo pausado e inconfundible del sueño. Entonces Remigio se sentó en sus jergas y escudriñó a su alrededor. Todo estaba inmóvil y silencioso. Los soldados que tenía a su lado dormían encogidos bajo sus capotes. El hondo sueño de la tierra parecía postrar a los hombres y acallar los rumores de la noche. El puestero se colocó el puñal entre los dientes, se caló el poncho, alzó las botas, y a gatas comenzó a alejarse del campamento. Tras cada movimiento, se detenía y escuchaba, conteniendo la respiración. Sólo cuando estaba seguro de no haber sido sentido, avanzaba otro poco para detenerse de nuevo. Después de un tiempo que le pareció interminable, llegó hasta el linde del bosque y se ocultó tras de un árbol. Se calzó las botas y continuó avanzando en puntillas. Cuando calculó encontrarse frente a la salida, atisbó por entre el ramaje y vio al centinela a pocos pasos de él: con el cuello del capote levantado, estaba sentado sobre una piedra con la barba sobre el pecho; su fusil descansaba apoyado en la barranca; parecía dormido. Remigio sintió que una onda helada le subía por el espinazo y su frente se bañaba de sudor; respiró a todo pulmón y el aire fresco de la noche lo serenó. Apretó el puñal en la diestra y avanzó rápidamente. Cuando tuvo al centinela a su alcance, con

un golpe rápido y seco se lo hundió hasta la empuñadura. Sintió el choque de sus artejos contra el cuerpo del hombre y su mano se mojó de un líquido caliente y viscoso. El español se desplomó y quedó, de bruces, atravesado en la senda.

El gaucho, pasó sobre el cadáver y se internó en la torrentera. Después de andar unos pasos se detuvo. Escuchó. La noche callaba, recogida en sí misma. Remigio volvió a subir hasta la entrada. Se puso de rodillas y sacó el eslabón del bolsillo de su chaqueta, arrimó el pedernal a la yesca y le dio una serie de golpes rápidos y nerviosos. La mecha tomó fuego y el puestero la colocó bajo unas ramas secas. Se levantó de pronto una llama roja y el incendio avanzó, chisporroteando, por el pajonal. Momentos después, pinos enteros ardían como antorchas entre una espesa humareda que despedía un acre olor a recina quemada.

El gaucho echó a andar hacia el bajo sin volver la cabeza. Cuando estuvo lejos, casi al pie de la montaña, giró sobre sus talones y miró en dirección a la cumbre. Del Socondo salían altas llamaradas que teñían el cielo de resplandores de sangre.

Remigio se arrebozó en su poncho, y se tendió bajo los árboles, en espera del alba.

XIII

Las cuatro de la tarde serían cuando la partida realista llegó al "Potrero de San Gabriel", en las riberas del Lavayén. Los veinte hombres que la componían descabalgaron a la sombra de unos talas, a pocos pasos de una casucha con techumbre de paja y barro asentada sobre muros enanos de adobe sin enjalbegado ni revoque; salieron a recibirlos hasta una media docena de gozques esqueléticos de variada catadura y pelaje que levantaron una ensordecedora baraúnda de ladridos. La choza debía estar habitada porque, aparte de la presencia de los perros, salía de su parte trasera una turbia humareda que difundía en el aire un acre olor a leña verde.

Ramón Gómez Monroy, teniente de húsares de Fernando VII y jefe de la partida, manteniendo a distancia con la fusta a la jauría, se aproximó a la puerta del rancho. Era un mozo de veinticinco años, alto y fuerte, de rostro moreno, pelo y ojos renegridos que delataban al lejano ascendiente árabe. Usaba largas patillas cuidadosamente peinadas y engomados bigotes de puntas retorcidas. El polvo y el ajetreo del camino no parecían haber empañado ni ajado su flamante uniforme. Esa manía de elegancia y pulcritud le había valido entre sus compañeros de armas, los motes de "lechuguino" y "currutaco" que él aceptaba con benevolente sonrisa de superioridad.

— ¡Buenas tardes! — gritó — ¿No hay gente en la casa?

A pesar de repetir por varias veces el saludo y la pregunta nadie respondió. El oficial golpeó entonces la puerta con el mango del látigo. A las cansadas una áspera y chillona voz de mujer contestó:

— ¡Ya va! — y continuó a gritos: — ¡Irene! ¡Ireneee! — luego refunfuñó: — "¿Ande se habrá metío la chinita que no sale a ver quién ha llegao?" — y tornó a chillar: — "¡Ireneee! ¿Qué'stais sorda? ¿No vis que ha venío gente? ¡Cállense atrevidos, sinvergüenzas!" — Esto último iba dirigido a los perros, que sin hacer el menor caso de la bravata no cejaron un momento en sus ladridos.

Ya el teniente se impacientaba cuando se entreabrió la puerta y apareció una mujer baja, obesa, carirredonda y bastante entrada en años. No se advertía en ella ni asomos de sangre blanca; la piel de un rojo casi negro, la nariz chata, los pómulos salientes y los ojos pequeños y oblicuos eran de pura casta indígena; estaba desgreñada y se restregaba unas manos cortas y anchas en un sucio mandil que algún día pudo pasar por blanco. La mujer miró a los recién llegados con hostilidad, y con voz huraña saludó:

— ¡Güenas tardes!

El teniente estaba distraído, no reparó en el mal humor de la vieja, y contestó sonriente:

— Buenas las tenga usted. Vamos a reposar aquí unas horas.

— Ahá.

— Necesitaré agua para mis hombres...

— Ahá.

— Y pasto para los animales.

— Ahá.

La mujer vacilaba. No levantaba la vista del suelo, sino para dirigir al oficial furtivas y rápidas miradas, cargadas de desconfianza. Su rostro se

mantenía ceñudo y hosco. Por fin dijo:

— Yo no puedo disponer nada no'stando él.

— ¿El?

— El Esteban. Ha salío p'ajuera y no sé cuándo volverá. — Y pareció dispuesta a dar al teniente con la puerta en las narices; pero en ese mismo instante llegó el dueño de casa y saludó al oficial:

— Güenas tardes, señor.

— Muy buenas. ¿Su gracia?

— Esteban Hueso, pa servirlo.

— ¿Esta casa es suya?

— Y de usté señor.

El español interesado, examinó atentamente al hombre. Era viejo. A primera vista se advertía que pertenecía a una clase social muy superior a la de su mujer. Aunque muy atezado por el sol y la intemperie, era blanco; y no quedaba en su rostro ni el recuerdo del antepasado indio. Tenía la frente amplia y noble, aguileña la nariz y ondeado el cabello canoso y largo. Los ojos eran claros, limpios y miraban de frente; cierto empaque señoril y la apostura gallarda recordaban vagamente al oficial realista esos campesinos hidalgos que suelen encontrarse en tierras de Castilla y que son flor de la raza.

El viejo invitó al español a entrar en la casucha. Atravesaron una habitación con techo de cañizo en la que había una cama, y en la pared la estampa de un santo con una vara de azucenas en la mano y bajo el marco una trenza de palma seca, recuerdo de algún Domingo de Ramos. Pasaron a una galería que cerraba la vivienda por la parte trasera y corría entre dos cuartujos laterales, uno de los cuales, el izquierdo, servía de cocina. La choza estaba situada en un otero, que señoreaba un bajo ocupado por tierras labrantías; más allá, tras una ceja del bosque, divisábase el río que se deslizaba perezoso, lento por entre los árboles altísimos que el otoño teñía de ocre y gualda;

cerraba el horizonte una serranía azul. Un vago aroma de campo, de agua y de sol tonificaba el cuerpo e inundaba el espíritu de calma y serenidad.

El campesino ofreció una silla a su huésped y él permaneció de pie, haciendo girar el sombrero entre sus dedos cortos y nudosos. La mujer, que los había seguido, se mantenía enfurruñada y hosca bajo el dintel de la cocina, espiando a los hombres con el rabillo del ojo.

El viejo callaba sonriendo y el español discurría sobre la forma de sonsacar al gaucho lo que le interesaba saber. Sus jefes le habían encarecido una y mil veces la cautela y la prudencia. En la vida cotidiana de cuartel, le oficial se había enterado de los increíbles ardides de que se valían los criollos para combatir a los invasores. Hechos intergiversables probaban que esos hombres luchaban movidos por un odio feroz, acumulado en siglos de humillación y resentimiento. Y Güemes, invisible y ubicuo, parecía encarnarse en cada uno de sus guerrilleros y obrar en ellos con la clarividencia y la decisión del hombre superior, del descendiente sin mezcla, de una raza batalladora, para la cual, la guerra, en su doble faz de astucia y violencia, es algo connatural e intuitivo.

Decidió hablar de cosas indiferentes y sondear de ese modo las intenciones del gaucho que se mantenía, en apariencia, comedido y cordial. Así, de palabra en palabra, pudo saber que su huésped, don Esteban Hueso, era dueño del "Potrero de San Gabriel", en donde criaba vacunos, yeguarizos y cabras. Sembraba unos "pañuelitos" de arroz y maíz y cultivaba algunos surcos de caña con los que elaboraba miel, alfeñiques y chancacas "pa'l gasto i la familia". Su padre, y también sus abuelos y sus bisabuelos, habían nacido y muerto en esas tierras. El amaba entrañablemente ese pedazo de suelo y no se "amañaba" en ninguna otra parte. Sólo en una ocasión había ido has-

ta el Fuerte de Ledesma a comprar unos pilones de azúcar, y, en otra a Salta, para asistir en cumplimiento de una promesa, a la procesión del Señor del Milagro.

— ¿De manera que usted es criador de ganado? — preguntó el teniente.

— Sí, señor.

— ¿Y posee usted muchas cabezas?

Gómez Monroy sintió que algo cambiaba, sin poder precisar si en el gaucho o en el ambiente. Era algo hostil, como la premonición de un peligro, pero tan vago y borroso que no podía concretarse en idea, ni menos en palabras. El oficial clavó los ojos en el gaucho pero no advirtió la más leve alteración en su rostro. El hombre contestó tranquilamente a su pregunta:

— Algunitas hi tenío, pero tuitas se han acabao. Las que han dejao el bicho y la peste, las ha hecho llevar don Pachi Gorriti. Cinco o seis cabritas es l'único que ha quedao. A la tardecita han de volver del campo y las ha'i ver.

Una molesta sensación de impotencia invadió al español. Sentíase a merced de su huésped lo mismo que si estuviera maniatado. Su misión de requisar ganado, especialmente caballos, podía tenerse por fracasada. Si el viejo mentía no lo admitiría nunca. El teniente sabía por experiencia que el gaucho no se amedrenta ni ante el pelotón de ejecución y acepta la muerte, sin hacer un gesto ni perder la calma. Buscar el ganado en la maraña del bosque era imposible. Para realizar esa tarea se necesitan hombres avezados a ella, conocedores del terreno. Y su partida, compuesta exclusivamente de europeos, era completamente inapta para la empresa, sin contar con que los criollos ocultaban los animales en escondrijos inhallables y tendían a cada paso celadas de muerte. Gómez Monroy recordó, conmovido, al capitán Ba-

llesteros, quien, según todas las probabilidades, había encontrado una muerte horrible en las llamas de El Socondo, cuyo siniestro resplandor aún podía columbrarse desde Jujuy. — "¡Pobre Cangrejo!" — musitó.

— ¿Decía, señor?

— Nada — contestó malhumorado el teniente. Y se consoló a medias, pensando que por lo menos podría llevarse carneadas las cabras, según el dueño de casa, era el único ganado disponible en San Gabriel. — "Muchos otros— se decía — no han tenido tanta suerte".

Llegaba el crepúsculo. Del lado del poniente comenzaba a expandirse una difusa relumbre dorada. La selva, silenciosa e inmóvil, meditaba en la paz tardecina. El río brillaba por entre los árboles ribereños: en una rama seca posaba una garza que parecía violeta a la luz del ocaso y, allá en los confines, por sobre las cimas de los cerros de San Juan de Dios, iba empalideciendo el aire hasta fundirse con el verde metálico del cielo.

— Ya'stá volviendo la Irene — dijo de pronto la mujer, que hasta entonces no había pronunciado una sílaba, y desapareció en la cocina.

Llegó del bajo un rumor de balidos y estornudos; una nubecilla de polvo avanzaba por el sendero. Nada podía distinguirse con claridad en ella, hasta que próxima al rancho, se vio distintamente al hato, compuesto de once o doce cabras, entre las que sobresalía la ornamenta de un cabrón castaño manchado de negro; unos pasos atrás venía la pastora, una muchacha alta y delgada, vestida de color claro; el rebaño se detuvo al pie del altozano en donde se levantaba la choza, y se encaminó dócilmente al redil situado bajo un bosquecillo de coposos chañares.

La pastora cerró la tranquera y se dirigió al rancho. El viejo la presentó al español:

— M'hija Irene.

El teniente, con una leve inclinación de cabeza, contestó:

— Mucho gusto.

— De igual modo — contestó la muchacha.

La joven, un tanto corrida, bajaba la vista y no sabía qué hacer de sus manos. Se alizó la falda, se arregló los cabellos y, por fin, se cruzó de brazos. El español, divertido, fijó los ojos en ella. Era una guapa moza: el pelo renegrido le caía en dos gruesas trenzas que le llegaban a las cáderas, anchas y fuertes; en el rostro moreno, tostado por el sol, brillaban los ojos claros del padre. Los labios algo gruesos, semejaban una flor entreabierta, tentadora y sangrienta, y bajo el delgado traje que la cubría, revelábanse curvas prietas y elásticas, henchidas de la frescura de la vida joven y sana.

— "No está mal" — pensó el oficial —. "No sería desagradable pasar un rato con ella". — Y sin que se diera cuenta de ello, una fuerza incontrastable lo arrastró; ese impulso ciego que los griegos llaman Eros, el Dios maligno y todopoderoso que gobierna la creación de los universos. El deseo, súbito y violento, corrió por su sangre como una llamarada. Fue una idea fija que desalojó todo pensamiento y emoción que no fuera la de la urgencia de poseerla. Empezó a forjarse planes descabellados, para encontrarse a solas con la pastora. Ni siquiera le asaltaron el temor o la duda de que ella rechazase sus requerimientos. Aparte de ser algo presuntuoso, el teniente tenía ya alguna experiencia de las mujeres americanas de esa clase social; se encontraban demasiado cerca de la naturaleza para que las relaciones sexuales pudieran ser consideradas por ellas como reprochables o pecaminosas y se entregaban con el mismo inocente impudor de las mariposas o los pájaros.

Irene, cada vez más nerviosa y confundida

por la presencia de un extraño, después de unos momentos dijo al español:

— Con su permiso — Y dirigiéndose al padre, añadió: — "Vo'a ir a trair la ropa qu'hi dejao tendida esta mañana".

Gómez Monroy la siguió con los ojos. La joven abandonó la galería y se encaminó hacia la izquierda a un sitio en que, bajo una hilera de altos árboles, corría un sendero por el filo de una ancha y torrentosa acequia. El cuerpo de Irene ondulaba cimbreante entre las matas, y cada uno de sus movimientos, parecía hecho para acrecentar la tentación y exasperar el deseo: era el embrujo irresistible de la hembra, custodio de la especie, creado para cautivar al macho y obligarlo a cooperar a los fines misteriosos de la perpetuación de la vida, que son también los de la muerte.

El teniente no tardó en encontrar el pretexto que buscaba para seguir a la pastora.

— Voy a ver a mis hombres — dijo, y se alejó al frente de la casa. Los soldados reposaban tranquilamente bajo los árboles. Habían desenfrenado los caballos y asegurado sus cabestros. Agrupados en corrillos, charlaban animadamente. El teniente no se reunió a ellos, sino que calculó que tomando hacia la mano izquierda y torciendo luego en dirección al bajo, debía forzosamente encontrarse con la muchacha. Pronto dio con el sendero que seguía el curso del azarbe. Bajo la arboleda ya estaba casi por completo a oscuras, pero a través de los claros del ramaje se columbraba aún el rojo sombrío del cielo. La senda desembocaba en un calvero circular, en el cual el teniente distinguió claramente a la moza. Pero no estaba sola: su padre hablaba animadamente con ella. — "Maldito viejo" — farfulló el oficial — "¿Habrá entrado en sospechas?".

Para evitar ser descubierto se apartó del sen-

dero y se acuclilló entre los arbustos. No esperó mucho tiempo. El viejo echó a andar hacia la casa y pasó casi rozándolo sin que, al parecer, advirtiera su presencia. Cuando se perdió entre los árboles, el español se puso de pie y avanzó resueltamente y sin ocultarse en dirección a la muchacha, que le daba la espalda y no se volvió hasta que él estuvo a su lado. No dejó traslucir sorpresa ni temor; lo miró un instante con ojos tranquilos y luego fijó la vista en la ropa extendida sobre la maleza; él no supo qué decir y permanecieron unos momentos en silencio, que le parecieron interminables. Por fin exclamó:

— ¡Qué hermosa tarde!

Apenas lo dijo cuando se sintió ridículo, humillado. ¡Bonita ocasión para entretenerse hablando del tiempo! ¡Si llegaban a enterarse sus camaradas del regimiento, menudo pitorreo le armarían! "¿Por qué no le preguntas, imbécil, pensó, si a su señora mamá le gustan los rábanos?". Con el propósito de volver por sus fueros, añadió:

— ¡Pero usted lo es mucho más!

Irene bajó los ojos y sonrió sin responder. Entonces el español le cogió una mano. Ella la abandonó, inerte y blanda. Como movido por un súbito impulso la estrechó en sus brazos. La muchacha forcejeó tratando de esquivarse, pero él logró retenerla. Sentía sobre el suyo su cuerpo cálido y palpitante y la besó frenético en la boca con un beso ancho y húmedo que le produjo como un desvanecimiento. Ella se desprendió dándole un empellón que lo hizo trastabillar y, murmuró:

— No; aquí no. Pueden vernos. Esta noche...

— ¿Esta noche? ¿Dónde?

— Yo duermo en el cuarto del lao i la cocina. Le vo'a dejar juntada la puerta.

— Pero es que yo debo marcharme. Si no fuera por ti, ya estaría en camino.

— Entós no va'haber caso. ¿Por qué no se va tarde i la noche u al amanecer?

El teniente no se decidía. Había órdenes estrictas de evitar todo retardo innecesario y de no pasar la noche fuera de los puntos de concentración. Pero nada más facil que persuadirse de lo que se desea. ¿Y a quién perjudicaba quedándose unas horas? El avance a Salta sólo se efectuaría pasados algunos días. ¿Y no se había sacrificado ya bastante viniéndose a América a combatir por su rey? ¿Iba a privarse del placer que se le brindaba, por escrúpulos tontos? Aún no se habían carneado las cabras y eso llevaría tiempo. ¿Y quién iba a enterarse de nada para reprochárselo? Se encogió de hombros y contestó:

— Me quedaré, pero ¿Y los perros?

— Los vo'a dejar encerraos en el chiquero i las cabras.

Se encaminaron a la casa. Irene llevaba sobre la cabeza un gran atado de ropa que olía a humedad y hierbas campesinas. El español le cruzó el brazo por la cintura, y así anduvieron un trecho emparejados, lentamente, muy juntos. El sentía las fauces resecas y una sensación que tenía algo de angustia y mucho de penosa. Ambos callaban. El deseo carnal es siempre silencioso y triste; oscuro presentimiento, acaso, de que tras el placer decepcionante y fugaz, sólo va a servir para perpetuar, con la vida, el dolor y la muerte.

Cuando estuvieron cerca del rancho Irene susurró:

— Hasta aquí nomás; vuelvasé.

— Tengo que hablar con tu padre.

— Vaya por otro lao.

Se abrazaron estrechamente, juntaron sus labios y se separaron. Gómez Monroy llegó a la galería donde se encontraba el viejo por el frente de la casa, como si viniera del sitio en que se hallaban sus solda-

dos. El gaucho lo recibió impasible. Irene parecía rehuirlo y movíase de un lado para otro ocupada en menesteres caseros.

— Voy a hacer noche aquí — dijo el teniente —. Tendré que echar mano de sus cabras.

— ¿A tuitas las va a precisar?

— A todas. Ya he dado orden de que las degüellen.

El oficial creyó advertir cierto retintín irónico en el tono del gaucho. Lo miró de hito en hito, pero el hombre se mantenía imperturbable y escrutaba la lejanía con ojos claros y mansos. El teniente se encogió de hombros y continuó:

— Además necesito un sitio donde encerrar a los caballos.

El viejo respondió de inmediato.

— En el bajo tengo un potrerito lleno i pasto y con cercos seguros.

— ¡Magnífico!

— Yo los puedo guiar.

Gómez Monroy se dirigió de inmediato al lugar en donde descansaba la tropa, hizo alinear a sus soldados con los caballos del diestro, y llamó al viejo para que le señalara el camino. Don Esteban echó a andar hacia el bajo. El sendero cruzaba un descampado y se adentraba en la selva, ya sumergida en la oscuridad y en el solemne reposo que precede a la noche. Hacia el poniente aún ardía una ancha faja de crepúsculo, que encendía en el tronco de los árboles temblorosos reflejos, a cuya difusa claridad podía distinguirse el sendero. A unas dos o tres cuadras de la casucha, la senda desembocaba en un callejón que corría al hilo del río. Marcharon por él un buen rato, hasta que dieron con una tranquera que cerraba un potrerillo cercano.

— Aquí es — dijo el viejo.

El teniente ordenó que recorrieran los cercos

y cerrasen los portillos que se encontrasen. Los soldados enviados a tal misión, informaron a su regreso que el vallado, formado de ramas espinosas, chumberas y un arbusto que el gaucho dijo llamarse sacha - rosa, era impenetrable y no presentaba claros en ningún sitio. Tranquilizado, el teniente decidió hacer custodiar con dos hombres la tranquera.

Volvieron al rancho de uno en uno. Gómez Monroy no quiso detenerse en él y se encaminó a la orilla de la carretera, en donde los soldados habían formado un pequeño vivac. Antes de entrar en su tienda, colocó una guardia junto al camino y apostó un centinela al frente de la casucha. Ninguno colocó en la parte trasera del rancho para evitar ser notado cuando se dirigiera a su cita.

Horas después el campamento dormía perdido en la soledad y la noche. El teniente tendido de espaldas esperaba, escuchando. Ni el más leve rumor llegaba del vivac; en cambio, la selva, tan silenciosa a la hora del crepúsculo, se llenaba de murmullos: croaban los sapos, chillaban las ranas y cantaban los grillos. La vida bullía innumerable y rumorosa en las tinieblas.

El teniente, cuando creyó que todos sus hombres dormían, se incorporó lentamente; abandonó la tarima, y se asomó a la puerta de la tienda. Una ráfaga fresca y húmeda, impregnada de vago aroma de tierra y bosque, le dio en el rostro. Destacábanse más negros que la sombra de los árboles que rodeaban el rancho, cuya masa tenebrosa distinguió recortada en el fondo azul de la noche. Sintió una extraña congoja y su deseo pareció dormirse. La oscuridad se le antojó henchida de tristeza y muy frío el lejano resplandor de las estrellas. Respiró con ansias unos instantes y la lujuria volvió a morderle las carnes.

Para no ser visto por el centinela que estaba frente a la casa se deslizó hacia la derecha en punti-

llas. Recordó haber reparado esa tarde en un sendero que corría por un costado de la casucha y que iba a juntarse con el que conducía a orillas del río. No tardó en encontrarlo y echó por él paso a paso, tratando de no hacer ruido. A medida que avanzaba enmudecían las ranas y los grillos a su alrededor, y tornábase más hondo e impresionante el silencio de la tierra. Un pájaro aleteó sobre su cabeza. Hubo un momento en que creyó oír pasos furtivos que lo seguían. Se detuvo y escuchó. Nada. Estaba solo.

Por fin se encontró frente a la galería de la choza. Avanzó con cautela y precauciones infinitas hasta encontrarse en el corredor y se fue aproximando a la puerta que tenía a la diestra, la más cercana a la cocina. Se detuvo y permaneció junto a ella sin atreverse ni a respirar. Apegó el oído a la hoja y escuchó, pero sólo oyó el tumultuoso latir de su corazón. Empujó suavemente, y la puerta cedió con un ligero chasquido. Esperó, sobresaltado, unos instantes; volvió a hacer presión y la hoja continuó cediendo, hasta que de pronto dio en algo duro que parecía un madero. En ese mismo instante la voz airada y agria de la vieja chilló:

— ¡Esteban, levantate! ¡Aquí anda gente! ¡Esteban! ¡Irene, andá llamálo al teniente! ¡Algún soldao atrevido ha'i ser! ¡Esteban!

Por el lado del aprisco ladraron los perros. Gómez Monroy huyó a todo correr. A pesar de su confusión, acertó a tomar el sendero por el que había venido, pero no llegó a su tienda sin algunos desgarrones en la guerrera y varios arañazos en el rostro. Se arrojó furioso sobre la tarima. No había acabado de hacerlo, cuando se presentó un soldado.

— ¡Con su permiso, mi teniente! — exclamó en la entrada. El oficial guardó silencio unos instantes, y luego, con voz soñolienta, como si acabara de despertar, ordenó:

— ¡Adelante!

— El centinela que está frente al rancho ha dado la voz de alerta.

— Que vaya el sargento a ver qué ocurre y que me informe. ¡Andando!

Momentos después llegaba el sargento.

— Una falsa alarma, mi teniente. La vieja del rancho dio unos chillidos y dice que alguien pretendió entrar en su habitación. No falta nadie en el campamento. ¡Cosas de la vieja!

— Con esa cara no tentaría ni a un cerdo; puede retirarse — contestó desabrido el teniente.

Mientras éste, insomne y colérico, se revolvía en el lecho, don Esteban, su mujer y su hija, cuchicheaban en las tinieblas del rancho.

— Aura hay que ver d'irse — decía el viejo —. Denó mañana cuando encuentren los caballos muertos van a querer desquitarse.

— Nos escondamos en el monte — propuso la vieja.

— Y cuando el teniente se dé cuenta que lo hi engañao pa que se quede... — murmuró Irene.

— Mejor es que tomemos pa arriba por contra el río. Yendo pa ese lao tal vez topemos con gente i don Pachi y los hagamos achurar a estos pícaros. ¡Me'stán debiendo las cabritas que me han carniao!

Don Esteban se puso de pie y atisbó por el ojo de la cerradura. El centinela a unos pasos de allí vigilaba, de espaldas al rancho apoyado en su fusil.

— Va'ber qu'esperar un rato — dijo el viejo —. Con el barullo que ha habío han d'estar dispiertos.

Callaron, y con la pachorra inconmovible del gaucho, esperaron horas y horas, inmóviles.

— Ya ha'i ser tiempo — dijo de pronto don Esteban.

Salieron al corredor sigilosamente y se ale-

jaron por el sendero que conducía al río. Cuando estuvieron al abrigo del bosque marcharon rápidamente. La noche los devoró. No habrían caminado ni dos horas, cuando dieron con centinelas patriotas que los condujeron a presencia del jefe de la partida, el teniente Secundino Villalobos.

— ¿De modo que están en tu casa? — preguntó al viejo.

— Al ladito del camino han quedao durmiendo.

— ¿Cuántos son?

— Veinte justitos, juera del teniente. Yo los hi contao por la tarde — informó Irene.

— ¿Y dices que están a pie?

— Seguro — contestó don Esteban —. Los hi hecho largar los caballos en un rastrojo donde no hay más que garbancillo. A estas horas ya'n de haber rosquiao tuitos. Milagro si queda unito pa muestra.

— Está bien. Vayan a que les conviden unos mates.

De inmediato la partida estuvo a caballo. El teniente Villalobos había decidido atacar a los realistas esa misma mañana y ordenó que se proporcionara una cabalgadura a don Esteban para que le sirviera de guía. Eran cuarenta hombres, armados de tercerolas, trabucos y lanzas.

El jefe resolvió dar un rodeo hacia el norte, en vez de bajar por la ribera del Lavayén, y de ese modo interceptar a los españoles en el camino de la Hacienda de Aráoz, en San Pedro, en donde, según informaban los bomberos, acampaba un fuerte destacamento realista del cual — supuso el teniente gaucho — se habría desprendido la partida que iba a atacar.

Al mediar la mañana ya habían dejado atrás el Potrero de San Gabriel, sobre el que veían volar los cuervos atraídos por el husmo de los cadáveres emponzoñados.

Villalobos dividió a sus fuerzas en dos grupos;

uno se emboscaría en la puerta de San Lucas y esperaría que los españoles pasaran por la carretera en dirección a San Pedro; los atacaría por retaguardia, y daría una clarinada de alarma; otro, a sus órdenes, los acometería de frente un trecho más allá; al mismo tiempo se destacaron espías para que vigilaran los movimientos del enemigo.

Cerca del mediodía volvió uno de los "bomberos". Con seriedad que hacía más cómico su relato, informó:

— Cosa i media legua tan viniendo los godos, con los ensillaos a cuestas, sembrando las pilchas por el carril. Rengos, rengos, caminan: parecen loros a pie. ¡De rato en rato se sombrean y putean fiero! ¡Enojaos vienen!

Los gauchos se apercibieron al ataque. No fue larga la espera; ni una hora habría transcurrido, cuando desgarró el aire una clarinada, que flotó en el bosque como un alarido salvaje. Atronaron las descargas. Los criollos, desde sus caballos, disparaban sus armas sobre los españoles completamente rodeados. Cayeron diez hombres. Fue tal la sorpresa que los restantes no atinaron a defenderse. Ocupadas las manos con las monturas y con sus fusiles al bretel, estaban a merced del enemigo. Algunos trataron de huir, pero fueron prontamente enlazados y hechos prisioneros.

— ¡Ríndanse! — gritó Villalobos.

— ¡Me entrego! — contestó Gómez Monroy, y tendió su espada al jefe gaucho; éste, con un gesto, le indicó que podía conservarla, echó pie a tierra y le estrechó la mano. En ese momento don Esteban Hueso, de manera que le oyese el prisionero, observó:

— ¡Velay, eso le pasa por andar buscando lo que no ha perdío!

El español, rojo de ira y de vergüenza, guardó silencio.

XIV

Desde los primeros días del mes de marzo, el comandante Torres vivía en casa del doctor Trejo. Un acceso de malaria habíalo postrado durante varios días en el cuartujo que ocupaba en el Cabildo; el incesante ir y venir de los oficiales y tropas a todas horas del día y de la noche, molestaba al enfermo e influían desfavorablemente en su salud. El médico, entonces, insistió en llevárselo a vivir con él y el comandante acabó por complacerlo.

Disponía en casa de su amigo de un vasto y soleado aposento que daba a un patio entoldado por una añosa parra de moscatel. Allí gozaba de paz, de silencio y soledad; cuando éstas lo hastiaban o entristecían, no tenía más que trasladarse a la sala o al comedor para disfrutar del sabroso palique del anciano o entrar en la huerta a echar un párrafo con el industrioso Toñín que cultivaba en ella flores y legumbres.

Una mañana, en el momento en que se disponía a salir, anunciáronle la visita del teniente Aráoz, ascendido a ese grado por su valeroso comportamiento en un combate librado días antes el pie del cerro de Zapla. Lo recibió en el comedor, en donde Toñín les sirvió sendas tazas de café.

— ¡Café! — exclamó Aráoz— Ya ni recorda-

ba su sabor; hace mucho tiempo que no lo pruebo. ¿Cómo hacen ustedes para darse estos lujos?

— Calabaza tiene la despensa mejor provista de todo Jujuy. Ignoro los medios de que se vale para llenarla, pero supongo que no has venido para hacer el elogio del café; si en algo puedo servirte dímelo pronto con toda franqueza, que no dispongo de mucho tiempo esta mañana.

El teniente, avergonzado, balbuceó:

— Señor comandante, yo... yo...

— Vamos hombre ¿qué es lo que deseas? Para evitarte una decepción te advertiré que hay una cosa en que no podré complacerte; si deseas permanecer aquí mientras el ejército avanza sobre Salta...

— Nada de eso, comandante; jamás me hubiese permitido molestarle para pedirle algo que no considero correcto; marcharé con los demás.

— ¡Así me gusta! La primera y la más grande de las virtudes militares es la obediencia. Irás lejos; te lo decía porque muchos, inútilmente por cierto, intrigan para quedarse. Celebro que no seas de esos.

— Una cosa es mi deseo y otra el deber. Lo que quería pedirle es de orden estrictamente personal.

— ¡Al grano, hombre, al grano!

— He oído decir que el señor Zenarruza va a dar una comida en honor de nuestro general para despedirlo y desearle una pronta victoria en Salta. ¿Ha sido usted invitado a ella?

— Lo he sido, y tú quieres ser de la partida ¿verdad? Entiendo que sólo se invitará a los jefes. Pero ¿crees tú que Florencia no se lo habrá pedido ya a Andrea?

— Hace muchos días que no veo a Florencia — Suspiró.

— En el mismo caso me encuentro con Andrea

y con el señor Zenarruza, apenas sí me veo muy rara vez. Quien, con toda seguridad, puede conseguir la invitación es el doctor Trejo. El es diario contertulio de Zenarruza.

— No me atrevo a pedírselo.

— No te preocupes. Lo haré yo. ¿Antonio?

El veterano tardó muy poco en presentarse.

— ¡Ordene, mi comandante!

— ¿Está en casa el doctor?

— Voy a ver.

El soldado se retiró y poco después se presentaba el médico. Miró a los dos oficiales y sus ojillos claros chispearon maliciosos.

— Eh, pollos, ¿qué queréis con el viejo Calabaza? ¿Tratáis de convertirme en el Pándaro de vuestros amores? Ya veo por vuestras caras que he acertado. Habéis reñido con vuestras Dulcineas. ¡Vamos! Confesaos con papá Calabaza quien, en el peor de los casos os consolará con sabias reflexiones filosóficas acerca de lo efímero del amor y la inconstancia de las mujeres. Además ya sabéis que dispongo de excelentes recetas tanto para los males del cuerpo como para los del ánimo.

Como el viejo no llevaba trazas de callar, Torres lo interrumpió.

— ¡Escuche, usted, por favor! Sólo ha acertado a medias. Nuestro problema es muy simple; el teniente Aráoz desea ser invitado a la comida que ofrecerá el señor Zenarruza a nuestro jefe. ¿Puede usted decir una palabra sobre esto al señor Zenarruza?

— Ya lo creo, hombre, ya lo creo. — Y dirigiéndose a Aráoz añadió:

— Puedes darte por invitado, pillastre. ¡No faltaba más! — De pronto sus ojos se fijaron en la mesa y rugió:

— ¡Toñín! ¿En dónde te has metido, animal?

La voz del soldado llegó desde el patio:

— ¿Deseaba algo, jefe?

— ¿Por qué no serviste a los señores, anisado o coñac con el café?

— No me lo pidieron.

— ¿Cuántas veces te he dicho, zascandil, que sirvas como es debido sin necesidad de pedidos ni requilorios?

Toñín volvió con una botella y vasos en una bandeja; la puso sobre la mesa y esperó, cuadrado, las órdenes del médico. El doctor sirvió a sus huéspedes, y levantando su copa, brindó:

— ¡Por Andrea, por Florencia, por la terminación de la guerra!

— ¡Por usted, doctor!

El viejo apuró su vaso y volvió a gritar:

— ¡Toñín!

Cuando entró el asistente, el doctor, ofreciéndole uno le dijo:

— Toma tú también una copa a ver si se te aclara el entendimiento.

— La beberé en la cocina a su salud, si es que usted lo permite.

— Anda, hombre; bébela donde quieras.

Cuando el soldado se retiró, el doctor comentó:

— Gran persona este Toñín, pero duro de mollera.

— ¿Por qué lo trata usted con tanta rudeza? Es algo que me aflige — dijo Torres.

— Es lo que a él le gusta. Si no le tratara así se resentiría; mi aspereza es para él la mejor prueba de la constancia de mi amistad; tal vez tenga razón: siempre somos crueles con las personas que nos aman. Y ahora, abur, que estoy muy atareado. — Y se marchó.

Los oficiales lo siguieron, y una vez a su la-

do, bajaron en animada charla hacia la plaza. Era una mañana gris que amenazaba temporal. En el pueblo transitaban únicamente soldados, y sólo se oía el golpear metálico de una maestranza instalada en el pretil de San Francisco.

En la mañana del 8 de marzo, recibió Aráoz una esquelita de Andrea, en la cual lo invitaba a la cena de esa noche; decíale en la post - data que "era muy posible" que Florencia le hiciera el honor de "adornar la mesa con sus encantos". El teniente pasó un día feliz; olvidó la invasión a Salta, la guerra, las enojosas rutinas de servicio; todo eso estaba muy lejos, era extraño a él; sólo Florencia tenía realidad y significado en la vida; a su sola presencia se aplacarían las fuerzas aciagas de la fatalidad.

Al toque de oración se dirigió a la casa de Zenarruza. Mientras se quitaba el capote en el zaguán oyó el murmullo de las conversaciones y risas que partían de la sala. La voz alta y recia de don Gregorio; la irónica e inteligente del doctor Trejo; la varonil y serena de Torres; la desapacible y bronca del brigadier Olañeta; a ratos, por sobre el acento grave de los hombres, elevábase la voz o la risa de una mujer.

Cuando Aráoz entró en el salón, ni Andrea ni Florencia estaban en él. Pepita Marquiegui, la esposa del brigadier Olañeta, atraía todas las miradas y atención de los concurrentes. Por primera vez Aráoz la veía de cerca. Era indudablemente hermosa. Alta, sólida, con las formas opulentas de una Juno. Sus carnes de un moreno cálido parecían exhalar un efluvio de sensualidad que mareaba a los hombres. Tenía ella plena conciencia del efecto que producía y sentíase halagada y dichosa bajo las miradas encendidas que le prodigaban, sin poder ocultarlas, los varones. El teniente experimentó en su presencia un vago malestar, algo como un sentimiento de repulsión ante esa

hembra perturbadora y soberbia, e instintivamente se refugió en el recuerdo de Florencia, tan pura y delicada.

El doctor Trejo, con su habitual desenfado se dirigió a Zenarruza:

— Envíe a este chico adonde se encuentran las jóvenes; la juventud sólo se halla bien con la juventud, y parece que la sin par Pepita le asusta.

El teniente balbuceó algunas explicaciones ininteligibles bajo las miradas burlonas del médico.

Zenarruza lo condujo a un gabinete en donde se encontraban Andrea y Florencia. Ambas le dieron parabienes por su ascenso y convinieron en que el nuevo uniforme le sentaba a maravilla. Momentos después, Andrea, llamada por un sirviente, dejó sola a la pareja. Los enamorados no sabían qué decirse; sólo acertaban a mirarse largamente y callar. Aráoz sentíase furioso consigo mismo. Durante días y noches enteras no había hecho más que pensar en lo que diría a Florencia cuando se encontraran juntos y hasta había compuesto discursillos y frases para la ocasión; pero ahora, no recordaba una palabra de ellas y se ahogaba cada vez que trataba de hablar; por fin con voz estrangulada pudo decir:

— El diez a la madrugada partimos a Salta; supongo que ya lo sabrá.

— Ya lo sabía y le deseo mucha suerte.

— ¿Nos veremos antes de partir?

— Es difícil; ya sabe usted lo poco que puedo salir. Tendremos que decirnos adiós esta noche.

— Habrá aquí mucha gente.

— No tanta. Deje usted eso a mi cargo; yo sabré encontrar el modo de que nos veamos un momento a solas.— Apenas lo había dicho, cuando se arrepintió, temiendo que él la tomara por una mujer liviana. Se ruborizó.

— Piense, Florencia, que tal vez, es la últi-

ma vez que nos veamos en esta vida. Muchos no volverán de Salta.

— No hable de eso — replicó Florencia repentinamente pálida y temblorosa —. Dios y nuestra Señora lo protegerán; yo rogaré incesantemente por usted... — No pudo decir más; los ojos se le llenaron de lágrimas y las palabras se le ahogaron en la garganta. El le cogió ambas manos y la atrajo hacia sí; ella no resistió, y reclinando la cabeza en su hombro, lloró.

En esto oyeron los pasos de Andrea que volvía. Florencia se puso vivamente de pie, y enjugó sus lágrimas.

— ¡Pero qué tonta soy, Dios mío!

Andrea exclamó alegremente desde el umbral:

— Nada de tristeza. Ahora a comer y olvidar penas.

Pasaron al comedor. Era una vasta pieza de techumbre baja sostenida por recios travesaños de tallado y bruñido algarrobo. Todo revelaba allí la vida desahogada de la Colonia. Los muebles eran de nogal de Italia, macizos, pesados, señoriales. La platería brillaba a la luz temblorosa de los velones en grandes candelabros alineados a lo largo de la mesa; en un rincón, un pebetero difundía una tenue humareda perfumada.

Don Gregorio, dando su brazo a la esposa de Olañeta, entró en el comedor y comenzó a distribuir los asientos.

— Usted, señor general, me hará el honor de ocupar la cabecera.

La Serna se inclinó profundamente, se puso tras de la silla y apoyó sus manos en el respaldo.

— A su diestra, usted, bella Pepita; en seguida su esposo, nuestro querido brigadier.

Don Gregorio tomó asiento a la izquierda del general; a su lado el doctor Trejo, luego los generales Valdez, Carratalá y Espartero; al frente Andrea,

entre el comandante Torres y el capitán García Camba, Florencia y el teniente Aráoz.

A pesar de la escasez que afligía a Jujuy la cena fue suntuosa. Abundaban las carnes y la caza, sopas y guisos aderezados a la española o a la moda lugareña; escanciáronse vinos de España, de Cuyo y de Chile y, en vez de Cognac, el famoso aguardiente de Pisco. A los postres sirvióse, entre otros, la exquisita "torta real", de origen árabe, y que, hasta ahora, sólo en Salta y Jujuy, es conocido el secreto de su fabricación.

Fue, a pesar de todo, una comida triste. Los pensamientos estaban lejos y los espíritus angustiados. Todos sin quererlo presentían en que estaban juntos allí, acaso, por última vez: algunos no volverían de Salta; otros serían dispersados por la derrota. El general La Serna apenas si hablaba, y era visible que se esforzaba en disimular sus preocupaciones. Hasta el doctor Trejo parecía apesadumbrado. Sólo Olañeta y don Gregorio se mostraban optimistas y confiados. No dudábase del triunfo del Rey. Era cuestión de tiempo.

— Güemes no podrá resistir — afirmaba Olañeta —. Una vez desalojado de Salta se verá sin recursos, es allí donde, con toda clase de abusos y desmanes, saca lo necesario para la guerra; además no es hombre de soportar una derrota; mientras las cosas van bien crece su osadía y se hincha su vanidad, pero ya veremos cuando se lo arroje de su madriguera; abandonará la lucha con cualquier pretexto. En el fondo no es más que un mequetrefe. — Su acento era agrio, venenoso, enconado. El brigadier no perdonaba a Güemes ni sus éxitos ni su popularidad.

— No me atrevería a afirmar tanto — replicó el doctor Trejo —. Hasta ahora Güemes nos ha dado mucho que hacer y más de una vez nos ha batido el cobre. No olvide, señor brigadier, que he atendido a

muchos prisioneros gauchos y, demás está decirlo, he tratado de tirarles la lengua. Esos hombres no saben lo que es libertad, ni democracia, ni comprenden con claridad lo que buscan. Sólo saben que luchan por Güemes; para ellos él personifica la patria y por él los he visto morir sin pestañear. Algunos méritos ha de tener el hombre que ha sabido encender esa fe.

— Lo que usted dice — observó el general Valdez — no prueba nada. Güemes, como todos sus congéneres, no hace más que halagar las ruines pasiones de la plebe; por eso la turbamulta lo sigue; usando de esos medios no es muy difícil alcanzar la popularidad.

— Usted, doctor, no conoce a Güemes; nosotros lo hemos visto nacer y sabemos qué puntos calza — exclamó don Gregorio — Es un perdido, un calavera. No sé con qué fundamentos se da ínfulas de militar. El "general" Güemes... es para reírse.

— General o no — contestó el doctor — lo cierto es que hasta ahora nos va zurrando de lo lindo. A nosotros los descendientes del Cid y los vencedores de Napoleón.

Se oyeron murmullos de airada protesta entre los jefes españoles.

— No hagáis caso — terció La Serna —. Ya conocéis todas las originalidades de nuestro querido doctor. ¿Por qué no cambiamos de tema? ¿Qué puede él interesar a estas bellísimas señoras? Estamos cometiendo un delito de lesa galantería.

— Muy bien dicho — apoyó el doctor —. Olvidemos a Güemes y a la guerra. Levantó la copa y brindó:

— ¡Por sus bellísimos ojos, señora Pepita; por los vuestros, señoritas!

Todos brindaron.

La conversación languideció; se producían con frecuencia silencios embarazosos; el dueño de casa se

esforzaba sin éxito por animar la reunión; después de un breve cambio de frases de cortesía, los invitados volvían a sumirse en un silencio triste, ansioso.

— ¿Qué noticias hay de Cuyo y del famoso San Martín? — preguntó don Gregorio.

— ¡Ninguna! — contestó de inmediato el general La Serna. Advertíase por su tono, que no deseaba que se hablase del tema. Nadie lo hizo.

Terminada la cena los hombres pasaron al salón a saborear sus cigarros. Las mujeres y el teniente Aráoz se sentaron en la galería. Muy pronto los abandonó Pepita, con la excusa de hacer compañía a doña Beatriz, pero en realidad con el propósito de irse al salón a recibir el homenaje de los hombres.

— Con los tres mil quinientos que marcharán sobre Salta, se acabará la guerra. ¡Animo teniente Aráoz! ¡No ponga usted esa cara de cuaresma! — dijo en el momento de despedirse.

— Tres mil quinientos... ¿Cómo lo sabe usted?

— Pero hijo, ¿cómo no he de saberlo? Mi esposo no tiene secretos para mí.

"Y tú los guardas muy bien" — pensó Aráoz, pero no dio mayor importancia al asunto.

Andrea salió en seguida.

— Un instante, chicos. Voy a ver si falta algo en la sala. Mucho juicio ¿eh? — y se dirigió a la cocina. La mama Encarnación, le salió agitada al encuentro:

— Ha venío Braulio y quiere hablarte. Ta' en la quinta.

Andrea palideció. Para que Braulio se arriesgara a penetrar en la ciudad, constantemente vigilada, algo muy grave debía suceder. Temió por Pablo y voló a la huerta.

— ¿Qué sucede? — preguntó al gaucho — ¿Está Pablo bien? ¡Habla, por Dios!

— No se alfija niña; el niño Pablo s'tá bien — Yo no lo hi visto porque no hi andao pa'l lao i Salta, pero el teniente Villalobos ha'stao con él y dice que anda guapito nomás.

— ¿A qué has venido?

El viejo se desciñó el ancho cinturón de cuero y con la punta del puñal desprendió una suela que formaba una especie de bolsillo en su parte interior; sacó de allí un papelillo y lo entregó a Andrea, que lo escondió rápidamente en el seno.

— ¿Te han dado de comer?

— ¡Nunca habría comío como esta noche! Lo que es en los campamentos, gracias si alguna vez churrasquiamos; lo más del tiempo lo pasamos a mate y coca.

— No hi visto un viejo más tragón en mi vida — observó la mama Encarnación —; tuavía ha'i estar queriendo más el muy tragaldaba. ¡Gazuzo!

— ¡Cállate! — ordenó Andrea — Vuela a mi cuarto y lleva pluma y tintero a la cocina, por si necesito escribir.

La negra se alejó rezongando; a poco volvió y anunció:

— Ya'stá, niña.

Una vez en la cocina, Andrea desplegó el papel traído por el gaucho. En el acto reconoció la letra alta, angulosa y firme de Pablo. El corazón la golpeaba locamente en el pecho y las palabras parecían bailar en el papel. Por fin leyó:

"El 11 del pasado mes de febrero, el general San Martín ha cruzado los Andes y ha derrotado a los godos en la cuesta de Chacabuco; a estas horas debe estar en Santiago. No digas nada de esto a nadie, excepto al padre Fidelio, suceda lo que suceda. Te abraza: Pablo".

Andrea apenas si podía respirar, una ola de sangre le subió al rostro. La noticia, tantas veces es-

perada en vano, llegaba al fin. El avance de los españoles era ya inútil y tardío. El objeto mismo del ataque: impedir a San Martín su invasión a Chile, quedaba frustrado; pero el godo aún hollaba suelo argentino. Había que derrotarlo, humillarlo, exterminarlo. Por eso, sin duda Pablo recomendaba el secreto. Algo gordo estarían tramando en Salta.

Cogió la pluma y escribió febrilmente:

"El 11 a la madrugada salen tres mil quinientos hombres para Salta. Queda así rectificada la comunicación anterior. Procuro saber detalles que comunicaré por los medios de costumbre. Celebro el triunfo del benemérito general San Martín. Saludos a Rosalía. Buena suerte y te abraza: A".

Se dirigió rápidamente a la quinta y llamó a Braulio.

— Vuela y entrega esto, en propia mano, al teniente Villalobos. Mucho cuidado con dejarte apresar. En marcha.

— Descuide niña; que lo pase bien.

El hombre ocultó el mensaje en una bota, y dirigiéndose a la negra que llegaba en ese momento de la cocina, con voz cómicamente humilde preguntó:

— ¿No quiere ponerme las espuelas, morenita?

— Viejo deslinguao: mándese a mudar, si no quiere que lo bañe en una paila de agua sucia.

El gaucho se alejó riendo entre dientes.

Cuando Andrea volvió al salón, los invitados se despedían. Experimentó algo como un desfallecimiento de su voluntad y un sentimiento de piedad le apretó el corazón. Todos aquellos hombres que frecuentaban su casa, la trataban con cariño y confiaban en ella, iban a caer ciegamente en una trampa, donde los esperaban la humillación, la derrota, la muerte. Su secreto le pesaba como una montaña y temía dejarlo escapar a gritos. Sentía frío, pero su voluntad

volvió de pronto a erguirse. Esos hombres eran los enemigos de su país, de su hermano; los opresores de su pueblo. Siglos de crueldad, extorsiones y violencia los manchaban. ¡No! ¡Mil veces no! Nada de piedad; el destino debía cumplirse. La voz del doctor Trejo la sobresaltó:

— ¿Qué le ocurre, señorita Andrea?

— Nada, doctor, ¿por qué?

— Está usted pálida. ¿Se siente enferma?

— Nada de eso; estoy muy bien.

— En todo caso, no será porque la apesadumbre mucho nuestra despedida. La persona que a usted le interesa permanecerá en Jujuy; también me quedo yo. Ya han andado demasiado mis viejos huesos; es justo concederles un descanso.

Andrea balbuceó una excusa y se marchó en busca de Florencia; la encontró en donde la había dejado; charlaba animadamente con Aráoz.

— ¡Oh Andrea: serás la única en saberlo por ahora. Daniel y yo nos hemos prometido! — exclamó Florencia, gozosa y feliz, apenas la vio.

— A mi regreso de Salta — dijo Aráoz — pediré la mano de Florencia a sus padres.

Andrea los abrazó uno después de otro.

Había algo conmovedor y profundamente triste en esa separación que se realizaba entre las angustias y peligros de la guerra. Andrea tuvo la sensación de que una sombra pasaba por la habitación, pero los enamorados nada advirtieron: se miraban a los ojos, embelesados, silenciosos.

Andrea dejó solos a los novios.

— ¡Adiós! — dijo Aráoz. Y en un impulso súbito e irresistible, estrechó a Florencia entre sus brazos y la besó.

— Adiós — musitó ella —, hasta pronto. — Y se echó a llorar.

El 11 de febrero a la madrugada salió el ejér-

cito realista rumbo a Salta, sonantes los clarines y tambores y desplegadas al viento las banderas. El león hispano, acosado por las bravas avispas gauchas, avanzaba, pronto a hacer pedazos entre sus zarpas cuanto se le pusiera delante.

XV

No habían transcurrido muchas horas desde la salida de los españoles, cuando comenzaron a llegar los carretones de la sanidad. A tres leguas de Jujuy, en los ribazos del río Los Alamos, la vanguardia del ejército invasor había sido atacada por un fuerte destacamento gaucho y sufrido numerosas bajas. Los ataques se sucedieron sin tregua; de cada arroyo, de cada recodo del camino, de cada hondonada o repajo, parecía surgir de la tierra una partida que arremetía furiosamente a las vanguardias y se disipaba de inmediato, dejando tras sí el horror y la muerte; a veces los guerrilleros hasta osaban agredir al grueso de las columnas en marcha; pronto advirtieron los realistas, con alarma, que los gauchos habían recibido orden de asaltar con preferencia a jefes y oficiales. Eran éstos enlazados y arrastrados; muy pocos sobrevivían a este terrible medio de ataque; la víctima moría estrangulada o quedaba inutilizada para el resto de su vida si lograba salvar.

El avance a Salta, que los jefes españoles creyeron iba a realizarse como un paseo militar, se convirtió en un combate continuo, feroz, en una marcha trágica que iba dejando tras sí un reguero de heridos y cadáveres.

Las carretas penetraron en Jujuy al atardecer. El cielo estaba nublado. Una bruma espesa cubría el valle y ocultaba las montañas; de cuando en cuando, caía una garúa fina, casi impalpable, impregnada del olor amargo de las hojas secas en descomposición. El aire se tornaba sordo; el crujir de las carretas y el chirriar de los ejes, a pocos pasos dejaban de oírse, absorbidos por la atmósfera densa y mojada.

Los heridos venían amontonados sobre yacijas de paja, ensangrentados, temblorosos, encogidos bajo sus capotes. Algunos sostenían sobre las rodillas un brazo fracturado; otros se apretaban las sienes, vendadas con hilas manchadas de rojo, con manos trémulas y pálidas; todos tenían en la mirada una expresión de estupor y espanto.

Varios habían muerto ya y sacaban por entre los adrales un brazo rígido, con el puño crispado por el último espasmo de la agonía.

Dos granaderos gigantescos gemían recostados en la valla delantera del carretón. Uno de ellos tenía las piernas aplastadas, deshechas, lloraba. El otro hacía por momentos un esfuerzo para incorporarse, murmuraba palabras entrecortadas y sin sentido; volvía a caer pesadamente hacia atrás y su cráneo resonaba contra las tablas del carro. A sus pies, un tamborcillo del Gerona, casi un rapaz, no cesaba de clamar: "madre"... "madre mía"...

La caravana subió lentamente por la calle de Zegada y empezó a distribuir su carga atormentada en el Cabildo, las iglesias y las casas de familia. En la ciudad, arrebozada en la niebla, tañían lentas y lúgubres, las campanas que doblaban a muerto. Por fin llegó la noche negra y lloviznosa y cubrió con un manto piadoso el dolor de los hombres y la tristeza de las cosas.

Desde el día en que el grueso del ejército re-

alista salió de Jujuy, Torres visitaba con frecuencia mayor la casa de Zenarruza. Quedábale bastante tiempo libre, y el doctor Trejo, que por nada del mundo dejaba las partidas de tresillo que jugaba por las tardes don don Gregorio y algún otro vecino, invariablemente lo arrastraba.

— ¡Vamos, hipocritón! Tú tienes más deseos que yo de ir a casa de don Gregorio.

— Temo ser indiscreto...

— ¡Pamplinas, hombre! Más que tonto sería si no aprovecharas ahora la ocasión de rendir definitivamente a Andrea.

Torres se encogía de hombros. El viejo lo miraba con sorna y continuó:

— Eres un tímido incomprensible. Te has batido como un león contra franchutes y gauchos y tiemblas como un mozalbete ante una muchacha jujeña. ¡La juventud de hoy no sirve para nada! A tu edad, y en tu caso, ya hubiera rendido la plaza por asalto. Las mujeres gustan de la brutalidad del varón, aunque aparentan enfadarse y aún indignarse; mientras más chillan más contentas están.

— Es usted un cínico, doctor.

— O un hombre experimentado. ¡Vamos hombre! ¡Ponte la guerrera y acompáñame! Don Gregorio debe estar esperándonos. ¡Ayer me dio algunos codillos y estoy que ardo por desquitarme! ¡Tiene una suerte ese vejestorio!

Torres, que no deseaba otra cosa, cedía y ambos se dirigían a casa de Zenarruza.

Andrea tratábalo cortés y afablemente, pero él adivinábala siempre hermética, lejana, inabordable. Tenía la sensación de que guardaba un secreto, trágico tal vez, rehundido en algún oscuro repliegue de su alma. Experimentaba algo como parecido al temor que flotaba como una pequeña nebulosa y que se resistía a condensarse, y a presentarse al espíritu en

forma definida y de significado inteligible.

Una tarde que charlaban en la galería que daba al primer patio, Torres le dijo:

— Andrea, es muy poco lo que le pido; sólo deseo una respuesta que me permita esperar.

— Ya se lo he dicho muchas veces, amigo mío. Cuando termine la guerra le contestaré.

— ¿Y por qué no me dice ahora lo que piensa contestarme cuando llegue la paz?

— Sería lo mismo que responderle ahora... Y eso no puede ser... ¡no debe ser!

Torres pensó: "Tal vez Andrea tenga razón. Aunque tratemos de engañarnos, un verdadero abismo se ha abierto entre españoles y criollos y el hermano de Andrea es de estos últimos. El odio se ahonda cada día. Ya no es posible ningún avenimiento y menos una reconciliación. Uno u otro bando debe ser vencido. En circunstancias que la muerte nos acecha a toda hora y puede encontrarnos en cualquier momento, es por lo menos imprudente tomar resoluciones para lo porvenir". Miró a Andrea. Con los ojos bajos y las manos cruzadas sobre el regazo, inmóvil, meditaba. Torres advirtió que en su rostro había una enternecedora expresión de humildad y congoja que nunca le había notado. Como a pesar suyo le dijo:

— Perdone usted mi impaciencia. El amor me torna egoísta. Talvez obro mal pidiéndole una palabra definitiva, cuando ignoro si estaré con vida dentro de algunos días. La lucha, contra lo que pensábamos, arrecia en los alrededores de Jujuy. Diariamente nos vemos obligados a sostener duros combates para mantener nuestras comunicaciones con el ejército y abastecer la guarnición. Y algún día, no volveré...

— ¡Dios mío!

— Quedaré, como tantos otros, atravesado por una lanza o ahorcado por un lazo...

— ¡Cállese, por favor!

Pero Torres, como impulsado por una fuerza irresistible, continuó:

— El jueves — era un lunes — debo ir con un escuadrón a desalojar una partida que se ha apoderado de la capilla de Los Alisos.

Andrea, ensimismada, no dio muestra de haberlo oído.

— ¡Codillo! señor don Gregorio — exclamó en la habitación vecina el doctor Trejo. Se oyeron las risas y voces confusas de los jugadores.

En ese mismo instante estalló en el patio interior un alarido que corrió por toda la casa como una oleada de espanto. Después, durante unos segundos, se hizo un silencio impregnado de horror. El grito, que Andrea reconoció como de la mama Encarnación, resonó de nuevo:

— ¡Han muerto a Pablo! ¡Han muerto a mi hijito, a mi niño!

Andrea y Torres se pusieron violentamente de pie. De la habitación vecina salieron atropelladamente don Gregorio, el doctor Trejo y Zamalloa.

— ¿Qué ocurre? — preguntó don Gregorio.

— No sé — respondió Andrea —. Es la mama Encarnación la que grita — y venciendo su temblor y su miedo, voló hacia el patio interior. Apenas asomó en él, cuando vio a cuatro hombres que conducían una especie de angarillas, en las que se adivinaba un cuerpo, bajo una sábana blanca. El viejo Braulio venía tras ellos, con la barba contra el pecho, y el sombrero en una mano. La camilla fue puesta en el suelo y el gaucho se adelantó hasta quedar frente a su patrón, a muy corta distancia de él.

— Al niño lo han malherío — dijo — frente mesmo a Salta. Parece que un tal García Camba lo ha confundío con el general Güemes y lo ha lanciao. A mí me han permitido que venga trayéndolo en el coche del señor Ovejero.

El viejo gaucho decía la verdad. Pablo Zenarruza fue herido en esas circunstancias. Su sombrero blanco, su lujoso poncho de seda rosa y su perfil nazareno, hicieron que el entonces capitán don Andrés García Camba, lo hiriese gravemente de un lanzazo. tomándolo por Güemes, según lo refiere en sus Memorias.

Don Gregorio calló. Miraba fijamente a su hijo con el rostro demudado y los ojos brillantes y secos. Andrea se arrodilló junto al herido, le tomó una mano y le preguntó:

— ¿Me oyes, Pablo?

— Sí — contestó éste débilmente —. Quisiera ver a mi padre — añadió entrecortadamente —. Me duele mucho el costado cuando respiro.

— ¡Padre! — clamó Andrea, y miró suplicante a don Gregorio. Este que permanecía inmóvil y como anonadado, al oír el llamado de Andrea se acercó a su hijo y le estrechó una mano entre las suyas. Durante unos segundos no pudo hablar; después balbuceó:

— Animo muchacho; esto no será nada.

— ¡Que todo el mundo se retire del lado del herido! — ordenó el doctor Trejo. Y añadió para sí: "A nada bueno conducen estas escenas"; y reparando que los camilleros lo miraban embobados, se dirigió furioso a ellos:

— ¿Qué hacéis, gaznápiros, papando moscas? ¿Pensáis dejar allí al herido hasta mañana? Llevadlo inmediatamente a su habitación. ¡Andando!

Pablo fue conducido a su aposento, el mismo que había ocupado desde su niñez hasta el día en que se alejó para incorporarse a las filas de Güemes. El doctor Trejo, que iba en ese momento, a entrar en el cuarto vio a Torres inmóvil bajo el dintel de la puerta del zaguán. Se llegó a él y le susurró:

— El caso parece ser de gravedad. No hay que

perder ni un minuto. Hazme el favor de correr al cuartel y enviarme al doctor Arancibia y un enfermero. Que traigan hilas y todo lo necesario. ¡Vuela! — Torres partió a todo correr.

El herido fue puesto en el lecho y el médico ordenó que lo dejaran reposar completamente solo. Ni siquiera a Andrea permitió que permaneciese en el dormitorio. Mientras esperaba la llegada del doctor Arancibia, Trejo se paseaba por la galería muy preocupado. "Malo — refunfuñaba — malo. Este dolor al costado no me gusta nada... Posiblemente hay hemorragia interna... malo"... — Aproximósele don Gregorio y le preguntó:

— ¿La herida es de gravedad, doctor?

Trejo juzgó preferible decirle la verdad:

— Sí; según todas las apariencias, tiene un pulmón lesionado y la hemorragia que esto provoca es siempre cosa muy peligrosa.

— ¿Hay alguna esperanza?

— Es lo último que se pierde. Si no la hubiera no estaría yo aquí. Cuento con la juventud del enfermo — Calló unos instantes, y con voz suave y cariñosa, inusitada en él, añadió:

— Prepárese para lo peor, amigo mío. Cuente con que lucharé con todas mis fuerzas. Se hará cuanto la ciencia aconseja hacer. No puedo decirle más.

Y con una extraña luz en sus ojos claros, le puso una mano en el hombro, mientras le decía:

— Vaya usted, descanse y trate de tranquilizarse. Yo me ocuparé de su hijo como si se tratara del mío.

— Gracias — musitó don Gregorio y se alejó, cabisbajo, en silencio.

Andrea se sintió como acometida por un vértigo de movimientos. Voló a la habitación de su madre a la que dijo que Pablo estaba herido, pero que el

doctor Trejo aseguraba que no habría peligro. La dejó algo apaciguada, rezando.

Entró varias veces en la cocina, en la huerta, en la despensa. No quería pensar en nada. Mientras llenaba su mente con trivialidades domésticas, evitaría enfrentarse con la realidad que por la cara de su padre adivinaba pavorosa. Rendida al fin por el cansancio, se refugió en su dormitorio, en donde por una ventana, junto con la luz del crepúsculo llegaba el piar de los pájaros en la quinta. Una sorda angustia la sofocaba. Comenzó a anochecer y la sombra invadió la habitación. La ventana formaba un cuadro de luz cenicienta y triste que lentamente iba oscureciéndose. El silencio era tan hondo que la atemorizó. Escuchó con avidez, con toda su voluntad, sin saber si en realidad deseaba oír algo. Nada. La casa, el pueblo, el mundo entero callaban. En el hueco de la ventana, de un azul sombrío ahora, se encendió una estrella y el silencio de los universos se sumó al de la tierra sumergiéndola como un océano de misterio. En ese instante llegó rumor de voces en el patio. Andrea salió presurosa.

Precedidos por don Gregorio avanzaban el doctor Arancibia y un sargento que traía un maletín. Penetraron en el aposento de Pablo y cerraron la puerta a sus espaldas.

Andrea quedó a solas con su padre en la galería. Don Gregorio murmuró:

— ¡Ah, hijo mal aconsejado!

Andrea no respondió.

XVI

La herida resaltaba en la blancura del torso como una boca de labios túmidos, aglutinados por un coágulo negruzco. Exteriormente había sangrado muy poco; el doctor Trejo la lavó cuidadosamente con agua tibia y de acuerdo con su colega el doctor Arancibia, resolvió cauterizarla.

— Si esto supura estamos aviados — murmuró.

El doctor Arancibia asintió con un gesto.

— Creo que en casos como éste, sería ineficaz recurrir a emolientes. Prefiero el espíritu de vino al aceite; quema menos y su efecto es el mismo. Aquí tienen un aguardiente peruano que llaman "pisco" que nos servirá de maravilla; voy a pedirlo. Se dirigió a la puerta del aposento y llamó:

— ¡Señorita Andrea!

— ¿Ha ocurrido algo a Pablo? ¿Cómo se encuentra? — preguntó aquella a pocos pasos del médico.

— Nada nuevo ha ocurrido a Pablo, y está todo lo bien que puede estar; estese tranquila... ¿podría usted proporcionarme un jarro de pisco y un anafre?

— En seguida.

Andrea se dirigió al comedor. La mama Encarnación cabeceaba allí repantigada en su sillón.

— ¡Un vaso de pisco y un anafre, pronto! — La negra se puso de pie de un salto y corrió hacia el interior de la casa con una celeridad increíble en su corpulencia.

El doctor Trejo tomó de manos de Andrea el aguardiente y el anafre y diciéndole: — "Ya la llamaremos" — volvió al cuarto del herido.

La cauterización, salvo algún lamento ahogado del paciente, se efectuó sin tropiezos. Momentos después el enfermo se aletargó, pero su somnolencia de vez en cuando era interrumpida por fuertes accesos de tos que le llenaban la boca de espumarajos sanguinolentos; horas más tarde vomitó sangre y a partir de ese instante casi constantemente subía a sus labios una espuma rojiza, que Andrea - ya admitida a su cabecera - enjugaba con un pañizuelo; la respiración del enfermo convertíase en un penoso jadear, entrecortado por hipos, que sacudían dolorosamente el pobre cuerpo exangüe.

El doctor Arancibia salió a puntillas de la habitación y desde el umbral hizo señas a Trejo que lo siguiera; una vez en la galería éste preguntó:

— ¿Para qué me llamas?

— Creo que ha llegado el momento de hacer venir al confesor y considero de nuestro deber advertírselo a la familia.

— Ya sabes que soy un ateo empedernido; ni siquiera se me había pasado por el magín que existiese semejante deber. Mi obligación y la tuya es hacer cuanto esté a nuestro alcance para salvar el enfermo; ni puedo concebir otra; pero si la gente es tan necia que encuentra algún consuelo en creer que va entrar en el paraíso sin más que hacer una de estas pantominas de confesión, allá se lo hayan y nada tengo que decir; por lo que te encargarás tú solo de advertir a

la familia; yo permaneceré al lado del enfermo.

— ¡Volteriano incorregible!

— Discípulo del divino Epicuro, dirías mejor; nunca he podido explicarme este insensato afán de los hombres por la inmortalidad. ¿Acaso no es preferible acabar de una vez? ¡Cerrar los ojos, no ver, no sentir, no sufrir para toda la eternidad; sumirse en la nada, desaparecer en el anonadamiento absoluto y definitivo!

— En lo que atañe al cuerpo así es, pero ¿y el alma?

— ¿Crees tú en su existencia?

— Claro.

— Pues, entonces, hemos terminado; vé y advierte a la familia, mejor dicho a don Gregorio.

— Así lo haré.

El doctor Trejo volvió de inmediato al lado de Pablo.

Su fatiga aumentaba por instantes, y los vómitos de sangre se hacían más frecuentes y violentos, el rostro se desencajaba, marcábanse los pómulos y la nariz se afilaba; una palidez mate se extendía por la faz demacrada, contraída, atormentada; cuanto le restaba de vida parecía haberse concentrado en los ojos brillantes, lúcidos y ardientes bajo la frente sudorosa. Sufría una sed constante.

El doctor Trejo se arrellanó en una mecedora; cerró los ojos, y permaneció meditando acerca del pavoroso misterio que se realizaba a pocos pasos de él, en la habitación de una anónima aldea sudamericana; el más desconcertante y universal, el de la muerte.

Allí, a su lado, un ser joven, unas horas antes vigoroso y sólido, comenzaba a desintegrarse, a hundirse, como atraído por fuerzas ineluctables, en el fondo de la nada fría y eterna; toda esa maravillosa y compleja unidad de emociones, de instintos, de sen-

timientos, de inteligencia, amor y pasión que forman la individualidad humana, en un instante es destruída, deshecha, aniquilada,

¿Por qué y para qué nacer entonces? ¿Qué finalidad atribuir a esta desconcertante aventura de la vida? ¿Cuál la razón de tanto sufrimiento y martirio? En la imposibilidad de responder a estos trágicos interrogantes, el hombre ha inventado a Dios, el cual, nacido del dolor y de la miseria, se ha convertido a su vez, con su crueldad inexorable, en una nueva causa de temor y de tormento; por eso Epicuro consagró su vida a tratar de ahuyentar del alma humana los vanos terrores de ultratumba.

Sus meditaciones fueron interrumpidas por Andrea, que en ese momento dejó la cabecera del enfermo, y cruzó la habitación. El doctor leyó en sus ojos tales profundidades de dolor y de ternura, que se puso de pie, la siguió al corredor, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

— ¡Animo hija!

Ella le sonrió.

Don Fidelio y don Gregorio llegaron en ese momento; parecía que el aire se helaba alrededor del fraile; en el rostro de una amarillez de cadáver, brillaban como ascuas unos ojos afiebrados; todo en su persona revelaba pasión reprimida; el impulso obstinado de la idea fija domeñado por la voluntad. Se dirigió a la habitación del herido; saludó al doctor Arancibia con una leve inclinación de cabeza y éste abandonó el cuarto. La confesión iba a comenzar.

En la galería a pocos pasos del aposento del moribundo detuviéronse Andrea y don Gregorio; la hija inclinaba la cabeza para ocultar sus lágrimas al padre; éste parecía empequeñecido, agobiado bajo una carga inmensa. Un silencio lúgubre y solemne llenaba la casa; sólo lo interrumpían vagos murmullos que llegaban de la habitación del agonizante; la voz fatiga-

da, desfalleciente de Pablo; la grave y profunda del sacerdote.

Por fin abrió la puerta y asomando por ella el padre Fidelio anunció:

— Podéis pasar; la confesión ha terminado, voy a revestirme para administrarle la extremaunción.

Andrea acompañó al sacerdote a una habitación interior. Don Gregorio entró tambaleante al cuarto de su hijo; se dejó caer en un sillón; allí se acurrucó en silencio y permaneció inmóvil; como entre sueños le llegaban de la galería los zollozos de la mama Encarnación y los ecos de la voz ronca y conmovida de Braulio que trataba de consolarla.

El padre Fidelio, revestido de estola y sobrepelliz, entró en la habitación de Pablo, seguido de Andrea y el doctor Arancibia; la mama Encarnación, Braulio, la Vicenta y Pedrito se arrodillaron bajo el dintel; el franciscano se aproximó al lecho del moribundo y dio comienzo al ritual del último sacramento; de la unción sagrada que limpia de toda reliquia del pecado al cuerpo miserable, para que mediante el perdón divino, sea digna el alma de gozar de la eterna bienaventuranza.

"La oración hecha con fe - ha dicho el apóstol - salvará al enfermo; y el Señor le dará alivio; y si estuviere en pecado, le será perdonado".

— "*Per instam sanctam unctienem* — resonó la voz del sacerdote — *et suam piísima misericordiam* — y ungió con óleo santo los párpados, la nariz, los labios y los oídos del moribundo —, *indulgeat tibi Deus Yquiquid per - visum aut odoratum, gustum, tactum deliquiste*".

— ¡Amén! — murmuraron Andrea, don Gregorio y el doctor Arancibia, arrodillados junto al lecho de Pablo.

— ¡Amén! — murmuró la servidumbre en el

dintel.

— ¡Amén! — murmuró débilmente el herido.

A medida que avanzaba la noche, Pablo empeoraba; sus fuerzas se consumían, su respiración se tornaba cada vez más dificultosa; de cuando en cuando oíase el siniestro estertor de la agonía; la piel parecía perder su flexibilidad, acartonarse, tomar la consistencia de la masilla; los ojos comenzaban a vidriarse.

El doctor Trejo, entumecido, salió al amanecer en puntillas de la habitación. Junto a la puerta, con la espalda apoyada en una jamba, el viejo Braulio velaba encogido, en la actitud de un felino pronto a saltar; sus ojos alertas y feroces escrutaban el patio en sombras, como si esperase ver avanzar por él de un momento a otro a la muerte y se dispusiera a cerrarle el paso a puñaladas.

El alba era fría y desapacible; el ábrego soplaba de las montañas y despertaba en el valle ecos quejumbrosos; las estrellas tenían un resplandor glacial y la luna corría entre las nubes circundadas de un halo iridiscente.

El doctor Trejo volvió a la habitación del enfermo. Una mirada le bastó para cerciorarse que el fin estaba muy próximo; el estertor era ya continuo y los labios comenzaban a tomar un color violáceo y resaltaban como una mancha en el rostro cada vez más pálido del agonizante.

— Esto se acaba — murmuró el doctor. Su colega asintió.

Pero la lucha, la suprema y terrible lucha entre la vida y la muerte, se prolongó, sin embargo, durante unas horas más; de pronto el herido, dejaba de respirar: todo parecía concluído, pero de nuevo el pecho se levantaba y continuaba el angustioso jadeo cada vez menos frecuente y más débil.

Cuando el lucero destelló sobre Zapla, Pablo

dejó de respirar; su rostro convulsionado por la agonía fue poco a poco aquietándose hasta adquirir la augusta serenidad de la muerte.

El doctor Trejo, al cerrarle los ojos murmuró:

— El sueño eterno, en la noche eterna.

Trinó un zorzal en el limonero del patio y un furtivo rayo de sol encendió fulgores de púrpuras en los rosales del huerto.

XVII

La muerte de Pablo sumió a Andrea en un dolor mudo, reconcentrado, huraño. Sintióse en los primeros momentos, aturdida, confusa. Una especie de niebla oscurecía su entendimiento y le impedía percibir con claridad los sucesos y las cosas. Cuanto ocurría parecía acaecer en un mundo extraño a su persona. Conservaba sin embargo una aguda lucidez para el desempeño de los cotidianos menesteres de la vida; recibía visitas de pésame; cuidaba a sus padres, vigilaba a la servidumbre. Nadie notaba en ella nada anormal, a no ser la rara expresión de sus ojos que parecían fijos, agrandados, absortos en la contemplación de visiones que solo ella percibía. Hasta hubo personas que la juzgaron indiferente y fría.

En ese estado de ánimo pasó muchas horas; de pronto, y sin que ella supiese el cómo ni el por qué, sintió un dolor agudo, lacerante, una desesperación infinita, extrañamente mezclados a un vago sentimiento de sorpresa ante eso incomprensible y tremendo que es la muerte. Con ser el fenómeno más frecuente y vulgar, siempre que nos arrebata un ser querido, tenemos que esforzarnos para aceptarlo de inmediato como cierto; sólo con el tiempo podemos

admitir su realidad brutal y aceptar lo trágico e irremediable de una eterna separación.

A Braulio, tomado prisionero junto con Pablo el día en que éste fue herido, diéronle los españoles por cárcel la casa de Zenarruza. El gaucho no perdía su tiempo. Por medio de la mama Encarnación y aun de Pedrito, se informaba del movimiento de las tropas, de los rumores callejeros y de cuanto ocurría en la ciudad; él mismo escuchaba sin el menor escrúpulo, detrás de las puertas cuando oficiales españoles visitaban la casa de su patrón. Día y noche pensaba en la manera de fugarse y no quería volver a las filas patriotas con las manos vacías.

Una tarde dijo el viejo a Andrea:

— Quisiera ser pájaro, niña, aunque juese cuervo.

— ¿Estás loco, Braulio?

— No niña; es que no me amaño a pasarme los días aquí de manos cruzadas. Si juera pájaro me iría volando pa'los campamentos.

En ese instante, Andrea oyó la voz: "el jueves debo ir con un escuadrón a desalojar a los gauchos que se han apoderado de la capilla de Los Alisos"... No parecía un recuerdo ni una alucinación; sonó presente, vívida, real en sus oídos.

Se sintió aterrada. ¿Iba también a contribuir a la muerte de Torres? ¿Iba a sacrificar a ese hombre que la amaba? La vacilación fue breve. Pablo también había sido ultimado sin piedad. Ante este pensamiento moría toda compasión y callaba todo escrúpulo. El odio al realista revivió incontenible en su corazón. Su deber se le presentaba claro e intergiversable: luchar sofocando toda emoción, o sentimiento personal. Ella lo había dicho muchas veces a sus amigas: ante la libertad de la patria, carecía de importancia la vida de un hombre, fuese éste quien fuese; ni valía la pena pensar en esas cosas, insignificantes

como su propio dolor.

— ¿Crees posible huir? — preguntó al gaucho.

— Es cuestión de suerte, niña.

En ese momento apareció la Vicenta. Debió haber estado escuchando la conversación, porque se mostró perfectamente al tanto de lo que se trataba.

— Yo creo que puedo ayudar a que don Braulio se escape.

— ¿Lo dices en serio? — preguntó Andrea.

— Sí, niña.

— Habla, pues.

— Conozco a un soldado potosino que va'star de centinela mañana por el lao de la bajada i San Pegrito; él tamién tiene ganas d'irse con los patriotas; yo lo vo' a hablar pa que lo deje pasar a don Braulio.

— ¿Y dónde vas a encontrarlo ahora?

— El va venir a hablarme por la puerta de la quinta una vez que se ponga oscuro — contestó la Vicenta ruborizandose.

— Hazlo — ordenó Andrea.

Y se retiró, algo avergonzada de tener que valerse de los turbios amoríos de una criada para servir a su causa.

El gaucho logró escapar por este medio y llegó a la hora del alba al rancho de Marcos González. Ya andaba éste de pie trafagando en el corral.

— En güena ocasión i cáido, Marcos. ¡Bien dicen que más vale llegar a tiempo que ser convidao! Güenos días.

— Güenos días ¿qué andáis queriendo que te convide? De balde no hubieras venío pa estos laos.

— Has acertao; vo'a precisar un caballo.

— Escasos andan; pero hi podío esconder unito tras la loma. Iremos a trairlo.

Braulio montó en pelo en el caballo de González a fin de no llegar con él hasta la casa, situada de-

masiado cerca del camino donde era posible toparse con enemigos, y partió a campo traviesa rumbo a Los Alisos. Antes de mediodía topó con tropas gauchas a cuyo jefe entregó el pliego que Andrea le había confiado.

A esa misma hora, el comandante Torres se ponía al frente de su escuadrón y se encaminaba en dirección a Palpalá, con el propósito de envolver a las tropas de Villalobo que suponía acampado en los alrededores de la Capilla de Los Alisos; pero el jefe gaucho que por medio de sus numerosos espías seguía todos los movimientos de los realistas, subía por su mano derecha en dirección al Pongo y preparaba el ataque por ese rumbo inesperado.

No iba el comandante Torres de buen humor. Había pasado en vela la noche anterior y sentíase afiebrado y nervioso. La muerte de Pablo — pensaba — venía a poner un nuevo y tal vez insalvable obstáculo a su amor. A pesar de la reserva y el recato con que Andrea siempre lo había tratado, él creía haber adivinado su alma apasionada y ardiente y la fervorosa adhesión a su hermano. Ahora hay sangre entre los dos...

La brusca detonación de un arma de fuego interrumpió sus pensamientos. De un bosquecillo situado al frente, hacia la diestra del camino, partía un fuego graneado, aunque no muy certero.

El escuadrón realista remolineó bajo el inesperado tiroteo de un enemigo invisible.

Cayeron algunos hombres.

Torres, espada en mano, ordenó concentrarse. Sabía que una vez disparados sus fusiles, los gauchos arremeterían a boleadoras, lanza y cuchillo. Cesaron de pronto los disparos y por brevísimos instantes se hizo un silencio torvo y angustioso.

Los gauchos salían del bosque, se formaban impasibles en el camino y acometían dando alaridos,

revoleando sus lazos y boleadoras por sobre sus cabezas y apuntando sus lanzas y chuzos al pecho del enemigo. Torres logró ensartar en la punta de su espada al atacante que se le vino encima; a otro lo derribó del caballo de un sablazo en el cráneo, pero su tropa empezaba a retroceder y él iba encontrándose aislado en medio del entrevero. Combatía con tal denuedo que un claro se hizo a su alrededor. De pronto sintió que algo silbaba cerca de él. Creyendo que se trataba de un lazo alzó en alto un brazo para desviarlo, pero en ese mismo instante una boleadora se le enroscó en el cuerpo como una serpiente y lo paralizó; un lanzaso le desgarró el pecho y lo tendió de espaldas sobre las ancas del caballo, éste se encabritó y el cadáver cayó pesadamente a tierra. Los españoles, alebronados por la muerte del jefe, huyeron rumbo a Jujuy. Los gauchos tocaron retirada y, en previsión de que el enemigo fuera reforzado se dispersaron en un santiamén.

Un capitán tomó el mando de los realistas y reconcentró a la tropa; envió un mensajero al cuartel de la ciudad a dar cuenta del combate, pedir refuerzos y solicitar que se le enviara la sanidad para que llevase a muertos y heridos; quince eran los primeros y más de treinta los segundos. Luego ordenó continuar la marcha en persecución de los atacantes.

Las tropas de la guarnición formaron frente al Cabildo para rendir los debidos honores al jefe muerto. Cuando desembocó en la plaza el carretón que conducía sus restos, elevóse, junto al canto fúnebre de los clarines, el lúgubre doblar de las campanas, como un clamor de congoja y de muerte.

Zenarruza, que se encontraba con el doctor Trejo en la habitación de su esposa, al oír las clarinadas y dobles, exclamó:

— ¡Otra desgracia, sin duda!

Alguien dio en ese momento recios aldabona-

zos en la puerta de calle. Era un soldado que venía en busca del médico. La emoción apenas si le permitía hablar.

— ¿Qué ha ocurrido? — preguntó el doctor saliendo a su encuentro.

— Heridos, doctor, heridos y muertos.

— ¿De qué cuerpo?

— Del escuadrón que salió esta mañana con el comandante Torres, y a éste... a éste... lo han muerto, doctor. ¡Una desgracia horrible! Era tan bondadoso, tan llano, tan noble el señor comandante... todos lo queríamos...

Andrea oyó las palabras del soldado. Palideció y un violento temblor agitó su cuerpo. Las piernas se negaban a sostenerla. Se vio obligada a apoyarse en la pared. Sentía deseos de gritar y a duras penas consiguió no hacerlo. Apretó los dientes y tambaleándose llegó a su habitación y se arrojó en el lecho. — "Dios mío — musitó —. ¡Yo lo he muerto! ¡Perdóname, Dios mío!" — Después perdió el conocimiento.

La partida gaucha, entretanto, dispersa después del ataque se reunió en el lugar señalado de antemano, situado como a una media legua al sur del punto de combate.

El teniente Villalobo acampó bajo un pacará gigantesco, a la ribera de un regajo que descendía por la ladera de una loma, espumoso y sonante. Estaba levemente herido, pero lo disimuló para no alarmar a sus hombres. Ordenó una hora después continuar la retirada por una senda que ascendía, oculta por el bosque, en la falda de una colina. A medida que subían la arboleda se hacía más rala y más baja. Después de casi dos horas de marcha llegaron a una hondonada pastosa y sombría, fácil de defender y difícil de descubrir desde el bajo.

— ¡Alto! — ordenó el teniente. Y dirigiéndose

a un sargento añadió: — Decíles a los muchachos que desensillen. Vamos a dar un resuello a los animales y a tomar nosotros también un bocado. Coloca centinelas en el bajo donde comienza la senda.

Se apeó, y algo derrengado se dirigió al pie de una barranca, a cuyo abrigo se tendió sobre las jergas de la montura, cubierto por su poncho. La herida, un balazo de refilón en la parte superior del muslo comenzaba a molestarle. Cerró los ojos, sin prestarle atención, oía a su alrededor el murmullo de la charla de los hombres y el piafar de los caballos. Un soldado se le aproximó y le preguntó si deseaba que le preparase un asado; rehusó.

— ¿Hay alguna novedad? — le preguntó.

— Ha llegao don Braulio.

— Decile que se arrime.

El viejo, que andaba por ahí cerca, se presentó de inmediato y saludó:

— Güenos días, señor teniente. ¿Lo han lastimao?

— Un arañazo. ¿Has oído algo de Salta?

— Sí, señor.

— ¿Qué ocurre por allá?

— Mal van los godos, señor. A gatas si pueden salir del pueblo. Cuantito se retiran un poco, se llevan una buena garrotiada. En una de esas lo han muerto a ese tal don Sardina tan mentao. Dicen que ya se vienen juyendo pa este lao.

Villalobos, con excepción de la muerte de Sardina, ya estaba enterado de estos hechos, había tenido noticias de los triunfos obtenidos por los patriotas en territorio salteño y de la retirada de los españoles; y tenía órdenes de vigilar y atacar sin descanso a los realistas en su marcha retrógrada hacia el norte. Sintió un júbilo intenso al pensar que la victoria era cosa asegurada, y en su entusiasmo se hubiera puesto de inmediato en marcha a no ser la nece-

sidad de dejar descansar a los caballos, convertidos casi en esqueletos después de tanto tiempo de continuas y duras correrías.

Braulio le lavó la herida con una infusión de quimpi y se la vendó con los restos de una toalla que convirtió en hilas con su cuchillo.

— Y los caballos ¿cómo andan por allá?

— Mal, señor. Si no juera por eso, no llegaría godo ni pa muestra al Perú; últimamente andaban diciendo que el general Belgrano iba a mandar caballada de Tucumán. ¡Ojalá sea cierto!

Villalobos ordenó al sargento que tomara las disposiciones necesarias para que la partida estuviera pronta a marchar a boca de noche y tornó a dormitar sobre sus pellones. A la hora del crepúsculo los hombres ensillaron y se alinearon en silencio a la espera de órdenes.

La hondonada ya estaba oscura cuando el teniente pidió su caballo; montó y dispuso que la tropa descendiera por la misma senda por donde había venido y se emboscara junto a la carretera de Salta al acecho de los realistas dispersos que tratasen de guarecerse en Jujuy.

La columna inició, silenciosa, su descenso. El teniente trepó a la cumbre de un morro cercano y contempló satisfecho y orgulloso a sus gauchos. Iban encorvados sobre sus caballos, hambrientos, trapajosos, desgreñados, sucios, pero avanzaban hacia el triunfo con el empuje ineluctable, lento y seguro de la fatalidad; ya ni la muerte podría detenerlos o desviarlos.

Y la efigie ecuestre del jefe gaucho, en alto el brazo y la lanza, se destacó victoriosa sobre el fondo azul de la noche.

Indice

Este libro
se terminó de
imprimir el 31
de agosto de 1973
en los talleres gráficos
Aráoz Anzoátegui Impresores
en Limache, Salta, República
Argentina-Dirección Postal:
Casilla de Correo 49
Sucursal 2-Salta.

Opera Omnia

Este libro se terminó de imprimir en el año de gracia de

MCMLXXIII